



PRECARIIDADES

*Una etnografía sobre las formas de provisión
en un barrio popular de Montevideo*

María Noel Curbelo, Gonzalo Gutiérrez Nicola y Marcelo Rossal
Prólogo de Andrea Vigorito

PRECARIIDADES

**UNA ETNOGRAFÍA SOBRE LAS FORMAS DE
PROVISIÓN EN UN BARRIO POPULAR DE
MONTEVIDEO**

Edición al cuidado de Maura Lacreu y Silvia Rodríguez Gadea
de la Unidad de Comunicación y Ediciones,
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República

Foto de portada: equipo de investigación.

© María Noel Curbelo, Gonzalo Gutiérrez Nicola y Marcelo Rossal, 2022

© Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República,
2023

Uruguay 1695
11200, Montevideo, Uruguay
(+598) 2 409 1104-06
<www.fhce.edu.uy>

ISBN: 978-9974-0-2057-3

PRECARIIDADES

**UNA ETNOGRAFÍA SOBRE LAS FORMAS DE
PROVISIÓN EN UN BARRIO POPULAR DE
MONTEVIDEO**

María Noel Curbelo

Gonzalo Gutiérrez Nicola

Marcelo Rossal

Fondo Sectorial Seguridad Ciudadana

Montevideo, 2022

**PROYECTO
ANII**



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

AGRADECIMIENTOS

Al Fondo Sectorial de Seguridad Ciudadana de la Agencia Nacional de Innovación e Investigación (ANII), que, junto con el Ministerio del Interior, resolvieron financiar este proyecto en su convocatoria de 2019.

Al funcionariado administrativo y técnico de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y de la ANII.

A Silvia Rodríguez Gadea por la edición del texto y a Maura Lacreu por la diagramación del libro.

A Fanny Rudnitzky por el registro fílmico.

A colegas, amigos y amigas, fundamentales en el proceso de interlocución, vida en el campo y escritura.

A los vecinos y las vecinas de Tres Ombúes y La Teja, en particular a quienes formaron parte directa o indirectamente de esta investigación.

CONTENIDO

9	Prólogo
17	Introducción
25	I. Recorrido
57	II. La vivienda
67	III. La experiencia del delito
83	IV. Ganarse la vida
141	V. Las mercancías
155	VI. Estado, solidaridad, política
185	VII. Conclusiones
191	VIII. Referencias bibliográficas
199	Los autores

PRÓLOGO

Andrea Vigorito¹

Este libro recoge los resultados de un cuidadoso trabajo etnográfico llevado a cabo en un barrio de Montevideo por un equipo que desde hace ya varios años desarrolla investigaciones sobre las condiciones de vida de los sectores populares urbanos capitalinos. Su trabajo, con una perspectiva novedosa y a la vez profunda, aporta a la comprensión de las desigualdades económicas y sociales de la sociedad uruguaya.

Dos de los tres investigadores que escribieron este libro residieron durante un año en una zona límite entre La Teja y Tres Ombúes. Allí, participaron de la vida del barrio de diversas formas, intercambiaron con los vecinos, compraron en los comercios locales y las ferias vecinales, fueron al gimnasio, entre otras acciones. En síntesis, desplegaron actividades que les permitieron apreciar de cerca las múltiples facetas de la vida cotidiana de la zona, de la cual, sin intención alguna de mimetizarse, formaron parte a lo largo de esos meses. Según sus autores, «esta investigación es una etnografía basada en la máxima inmersión posible en el terreno de investigación, en el abandono a las circunstancias cotidianas de la vida en una comunidad» (p. 3), pero, advierten, «sin amplificarla y sin procurar una pornografía de la precariedad» (p. 8). El resultado es una aproximación vívida al entramado de moralidades sobre la precariedad,

1 Profesora titular en el Instituto de Economía, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, Universidad de la República. Actualmente integra los grupos de investigación «Desigualdad y pobreza» y «Ética, justicia y economía». Ha realizado numerosas investigaciones en las temáticas de la desigualdad, la pobreza y las políticas públicas.

la forma como se vive la mezcla de lazos de solidaridad, mandatos sociales y múltiples privaciones, ejemplificadas en la insuficiencia y la inestabilidad de ingresos, las viviendas inadecuadas, las carencias médicas, la presencia del delito o la contaminación ambiental.

De los innumerables aspectos que aborda, quisiera destacar los aportes del libro con respecto a la conceptualización de la precariedad y el estigma a la pobreza, la interpretación de sus posibles causas y las visiones que emergen sobre las políticas públicas.

El trabajo profundiza en las formas que adopta la precariedad y en las narrativas sobre esta de los habitantes del barrio, y contribuye en un terreno en el que trabajos anteriores del equipo y de otros autores (por ejemplo, Filardo y Merklen, 2019; Rossal *et al.*, 2020) han ahondado en los últimos años. Para ello, se entretienen con sutileza la observación de campo, las transcripciones de las libretas de registro de los investigadores y la discusión e interpretación teórica, que pone de relieve la insuficiencia de los conceptos disponibles y la necesidad de adaptarlos o transformarlos. Así, el trabajo evidencia el dinamismo de las transiciones y las formas de inestabilidad que encierran las expresiones reales de la precariedad o de la vulnerabilidad, que no podrían captarlas clasificaciones estáticas basadas en un análisis descontextualizado de las estadísticas oficiales (Qizilbash, 2003).

El libro da cuenta de aspectos difícilmente abarcables desde enfoques o disciplinas que abordan estas problemáticas con base en metodologías no inmersivas, y muestra la necesidad del abordaje de las privaciones desde disciplinas variadas, evitando el predominio de enfoques específicos (Hulme y Toye, 2006). Devuelve preguntas y posibles caminos a las búsquedas desde la economía y la sociología que intentan capturar la multidimensionalidad del bienestar, la desigualdad o la pobreza (Sen, 1995; Sumner, 2004; Vu, 2010).

Desde el contexto de un barrio que enfrenta numerosas privaciones, esta investigación también contribuye a visibilizar los logros y los límites de la caída de la pobreza monetaria que experimentó

Uruguay en las últimas dos décadas y el posterior efecto de la crisis económica originada en la pandemia, particularmente en las trayectorias vitales de adultos y jóvenes. Las experiencias de estos sectores traducen los límites de la caída de la pobreza sobre el bienestar que muestran numerosos estudios: si bien se aliviaron privaciones en el corto plazo, las vulnerabilidades frente a contextos de menor crecimiento económico no se redujeron de manera sustancial.

Al presentar un caso de compartimentación del espacio urbano actual, el estudio jerarquiza la importancia de la perspectiva territorial, que muchas veces no se considera en el análisis de las desigualdades económicas. Se señala que difícilmente ingresen en este barrio personas de otras partes de la ciudad, en particular de las zonas céntricas. A la vez, debido al conocimiento mutuo, muchas estrategias de provisión solo son viables en ese contexto. Esta constatación se refleja también en varios estudios cuantitativos sobre Montevideo que indican que, luego de la crisis de 2002, la segregación residencial se acentuó como resultado de la interacción de diversos factores, entre los que se cuentan el valor del suelo, políticas públicas de vivienda, privaciones habitacionales.

Un punto de particular interés es la problematización de la definición del barrio por parte de sus habitantes, que fluctúa en pocas cuadras entre La Teja, Tres Ombúes, Cachimba del Piojo y Cantera del Zorro. La Teja se asocia a un pasado obrero, estructurado en torno al trabajo industrial, la sirena de la fábrica como organizadora del día y la ética del trabajo como elemento de identidad barrial. Por eso, sus habitantes no siempre concuerdan en qué barrio están y atribuyen los problemas de la zona a vecindarios inmediatos que consideran peores. Una conversación con el equipo de investigación en la que intervienen una mujer y una niña ilustra bien este aspecto. Vale la pena detenerse en ese extracto del libro.

Arjun Appadurai (2004) y Garance Genicot y Debraj Ray (2017) alertan sobre las limitaciones en la formación de puntos de referencia

y aspiraciones en sociedades polarizadas, en las que las ventanas por las que se mira al mundo son limitadas para todos los sectores sociales, se reduce el horizonte de opciones disponibles y se compromete aún más la posibilidad de reversión de las desigualdades económicas. Desde las ventanas estrechadas por la segregación residencial, las personas se esfuerzan por diferenciarse de quienes habitan en el mismo lugar, pero que, desde su punto de vista, se ganan la vida de formas indignas. Se presentan estos matices en las formas de provisión y obtención de ingresos en las historias de Aníbal, Cata, Julio, Pablo, Diego, Elías, Karina y Vanesa.

Aparece entonces el estigma de ciertas formas de vida, usos del dinero y formas de obtenerlo («malos pobres»), consumos («malos consumidores de sustancias»), donde el modelo consumista permea, pero también está muy presente la falta de niveles básicos de consumo. Como se señala en el texto, esta estratificación centrada en el barrio agudiza diferencias, que podrían resultar imperceptibles para los habitantes de otros barrios de Montevideo.

Si bien se hace referencia a varias iniciativas de participación social, el trabajo subraya que la búsqueda de la diferenciación desdibuja los problemas comunes y entorpece las posibilidades de organización colectiva, que, según algunas entrevistadas, habrían posibilitado las experiencias de relaciones laborales asalariadas y formales.

Robert Walker (2014) sugiere que el estigma y la vergüenza asociados a la pobreza se originan en la norma social de las sociedades capitalistas actuales, en las que se espera que las personas sean autosuficientes en términos económicos. Por ende, quienes no lo logren pueden ser cuestionados por su falta de esfuerzo individual. La condición de pobreza indicaría que la norma social fue transgredida y por lo tanto se constituye en una marca de fracaso personal. Ello se asocia con el planteo de los autores en cuanto a que el sujeto popular convive con otro, neoliberal, utilitarista, y a que la lógica del trabajador fue sustituida por la del proveedor.

El trabajo es una excelente ilustración de cómo se construye y manifiesta el estigma en términos relacionales y con referencia a los puntos de partida. Ello se manifiesta tanto en las trayectorias pasadas de trabajo familiar con residuos, cría de cerdos, etc., que se traducen en distintas valoraciones sobre estos trabajos, como en la reminiscencia de un pasado fabril, con empleo formal y estable para todos, que se opone a un presente en el que esas fábricas se cerraron y las oportunidades de trabajo estable son escasas.

Aunque es difícil determinar en qué medida ese ideal de pleno empleo estable y formal que refieren los entrevistados refleja las épocas que vivieron las generaciones de sus padres, más allá de lo ocurrido en esta zona específica, lo cierto es que se trata de una zona con una fuerte percepción de movilidad económica descendente. En estas percepciones se reflejan la rigidez de la estructura social y económica, la falta de oportunidades de movilidad intergeneracional, la preocupación de los adultos por el futuro de los jóvenes. Los mayores ven crecer a los niños y lamentan una historia que se repite, agravada en muchos casos. En su relato, han visto deteriorarse el barrio y ponen la responsabilidad en la falta de trabajo y en la droga.

Otro aporte del trabajo radica en detallar las formas en que la población del barrio obtiene sus ingresos, su pasaje fluido de una forma de provisión a otra, en situaciones de precariedad, de insuficiencia de ingresos y de inestabilidad laboral. Esta mirada es especialmente reveladora para identificar los límites de las categorías de empleo, trabajo, ingreso que habitualmente se hacen desde los estándares de las encuestas. Por ello, los autores diferencian el trabajo de «ganarse la vida», observan la fluidez en el tránsito entre las formas ilegales y legales para conseguir dinero cuando no es alcanzable el ideal del trabajo estable, formal y bien remunerado.

Así, reelaborando interpretaciones sobre los efectos de la imposibilidad de los varones de estratos bajos de cumplir con el rol de proveedores, descritos en los trabajos de Carlos Filgueira y Rubén

Kaztman de la década del noventa, en el libro se los asocia con las precariedades laborales, el surgimiento del mercado ilegal de drogas y el delito *amateur*, el *habitus* furibundo, el vínculo de muchas personas con el sistema penal y el trato habitual con formas delictivas de provisión. Al visibilizar esta espiral, difícilmente aprehensible en otros formatos de investigación, los autores afirman que «esta etnografía puede aportar a los debates en torno a las moralidades en pugna en un mismo barrio, con énfasis en conocer la vida cotidiana y los mecanismos de subsistencia que desarrollan personas en situaciones de precariedad, consideradas de extrema vulnerabilidad» (p. 56).

Las visiones predominantes sobre el origen de estas situaciones de precariedad, privación o desigualdad y, en particular, el rol que se asigne al esfuerzo en los logros socioeconómicos individuales, así como los discursos públicos en torno a las políticas redistributivas y su implementación podrían moldear las autopercepciones de quienes se encuentran en condiciones de privación o reciben asistencia estatal (Walker, 2014), así como el apoyo a estas políticas.

En conexión con lo anterior, surge el rol de las políticas públicas, en especial, las de asistencia social y seguridad, y la forma en que su amplificación en medios de comunicación y discursos públicos se percibe y opera en el barrio, al tiempo que proyectan una imagen del barrio al resto de la ciudad. Al respecto, el trabajo continúa el análisis planteado en el libro anterior (Rossal *et al.*, 2020). Al mismo tiempo, se subraya la falta de Estado, su reciente retracción y la rotura de vínculos de proximidad. Específicamente, la percepción sobre las políticas de seguridad, los operativos policiales, planes como el Siete Zonas avivan la imagen de Tres Ombúes como «zona roja». Con respecto a las políticas de asistencia social, si bien contribuyen al sostén económico de los hogares y se intercambian conocimientos sobre requerimientos, formas de acceso, etc., muchas veces no está claro a quiénes les corresponden prestaciones, al tiempo que el acceso a requisitos tecnológicos para ser parte de las políticas es dificultoso.

Se indica una oposición entre saberes locales y centralización en el formato de las políticas que abre preguntas para trabajos futuros de cara al rediseño del sistema de protección social.

La focalización y las visiones legitimadoras del trabajo como única fuente de ingreso contribuyen a crear la categoría «los del MIDES». Por las razones antes mencionadas, las personas en condición de pobreza y, específicamente, quienes reciben algún tipo de asistencia estatal, son uno de los grupos sociales potencialmente proclives a la vergüenza. Walker (2014) resalta que los programas gubernamentales destinados al alivio de la pobreza podrían propagar este tipo de vergüenza, ya que no solo señalizan a las personas que experimentan privaciones, sino que además vuelven notorio su carácter de receptores de ayuda estatal. En el caso uruguayo, ello es particularmente visible en los formatos de canastas, tarjetas prepagas con logos, etc. Por lo tanto, si las personas dejan de solicitar los beneficios a los que tienen derecho, la vergüenza asociada a la pobreza puede empeorar la situación y se constituye en un factor de perpetuación de la pobreza, que agudiza sus causas y socava el impacto de las políticas públicas diseñadas para abatirla.

Al indagar en las formas de la precariedad, el libro no solo contribuye a la distinción entre sus formas y grados, sino que abre preguntas sobre las no precariedades, la coexistencia de realidades que no se tocan, el alcance de la segregación residencial y en qué medida la experiencia de ciudad es compartida (Romero Gorski, 2020).

Finalmente, es importante recordar que, si bien la precariedad y la vulnerabilidad permiten miradas más abarcativas que el concepto de pobreza, su transformación requiere considerar las desigualdades en general y abarcar también a la población que no experimenta precariedades. Contribuir a mitigar las variedades de la precariedad en las formas de provisión económica de las personas y la trama de relaciones sociales que se teje a su alrededor no solo involucra políticas públicas y soluciones específicas, sino que requiere una

transformación de la sociedad uruguaya que también afecte a los sectores medios y altos para lograr mayores niveles de igualdad y justicia social.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Appadurai, A. (2004). The capacity to aspire: Culture and the terms of recognition. *Culture and Public Action*, 59, 62-63.
- Filardo, V., y Merklen, D. (2019). Detrás de la línea de pobreza. La vida en los barrios populares de Montevideo. Colección Etnografía de los Sectores Populares. Buenos Aires: Gorla.
- Genicot, G., y Ray, D. (2017). Aspirations and inequality. *Econometrica*, 85(2), 489-519.
- Hulme, D., y Toye, J. (2006). The case for cross-disciplinary social science research on poverty, inequality and well-being. *The Journal of Development Studies*, 42(7), 1085-1107.
- Qizilbash, M. (2003). Vague language and precise measurement: the case of poverty. *Journal of Economic Methodology*, 10(1), 41-58.
- Romero Gorski, S. (2020). Reseña Detrás de la línea de la pobreza. La vida en los barrios populares de Montevideo de Verónica Filardo y Denis Merklen. *Revista Uruguaya de Antropología y Etnografía*, 5(2), 115-123.
- Rossal, M., Bazzino, R., Castelli Rodríguez, L., Gutiérrez Nicola, G., y Zino García, C. (2020). La pobreza urbana en Montevideo. Apuntes etnográficos sobre dos barrios populares. Colección Etnografías de los Sectores Populares. Buenos Aires: Pomaire, Montevideo: Gorla.
- Sen, A. (1995). *Nuevo examen de la desigualdad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Sumner A. (2004). *Economic Well-being and Non-economic Well-being. Understanding Human Well-Being*. Basingstoke: Palgrave MacMillan.
- Vu, C. M. (2010). The influence of social science theories on the conceptualization of poverty in social welfare. *Journal of Human Behavior in the Social Environment*, 20(8), 989-1010.
- Walker, R. (2014). *The shame of poverty*. Oxford: Oxford University Press.

INTRODUCCIÓN

En este documento se presenta el trabajo etnográfico de un equipo integrado por dos antropólogos y una antropóloga. Entre diciembre de 2020 y junio de 2021, dos de nosotros vivimos en una casa que, de acuerdo a muchos de nuestros interlocutores, se encuentra en una zona límite entre los barrios La Teja y Tres Ombúes, a tres cuadras de la Cachimba del Piojo, uno de los asentamientos más antiguos y de mayor precariedad económica del oeste de Montevideo, y a siete cuadras de Cantera del Zorro, otro asentamiento histórico de la ciudad. De todas formas, toda esa zona del oeste montevideano, sea considerada Tres Ombúes o La Teja, tiene las características de un barrio popular, habitado principalmente por familias trabajadoras de baja escolarización y escasa formalidad laboral.

Esta investigación procura exponer y comprender la trama de moralidades¹ que conviven en un barrio popular del oeste de Montevideo en relación con las formas de acceso a la vivienda y los modos de provisión de sus habitantes, los intercambios solidarios entre los vecinos del barrio y las distintas formas de ganarse la vida, sean formales o informales, lícitas o ilícitas.

Este estudio se acerca a una etnografía de corte clásico, *estando allí*. Una antropóloga y un antropólogo, con la coordinación de otro profesional de la misma disciplina, alquilaron una casa en el barrio y participaron de su vida cotidiana durante la mayor parte del tiempo de trabajo de campo.

1 En el sentido de Jarrett Zigon (2013), entendemos moralidad(es) como ensamblaje que se hace carne en la trayectoria de cada sujeto, interpeándolo con relación a sí mismo y a los otros. Cada espacio social, cada sujeto son territorio de disputa y convivencia de moralidades de distintos orígenes.

Esta inmersión en el campo nos permite ver los cruces entre la historia del barrio, los espacios de fronteras, el conocimiento directo de personas que lo habitan, la observación cotidiana de los modos de provisión y nuestro propio proceso de acceso a la vivienda: aspectos centrales para nuestro anclaje teórico-metodológico y nuestra producción de distintas textualidades (Da Rocha y Eckert, 2008).

ETNOGRAFÍA

Esta investigación es una etnografía basada en la máxima inmersión posible en el terreno de investigación, en el abandono a las circunstancias cotidianas de la vida en una comunidad (Descola, 2010). Este enfoque permitió estar en contacto diario con el barrio, dando especial atención a los sentidos que sus habitantes les dan a sus modos de proveerse. Es decir, cómo viven y de qué viven. Indagamos para ello en ciertas trayectorias de vida de personas en el barrio, lo que fue fundamental cuando la emergencia sanitaria por la pandemia de covid-19 nos obligó a mantenernos en nuestras casas y las actividades y los encuentros barriales se vieron en pausa durante el transcurso de gran parte de la investigación. De todas formas, una buena inmersión etnográfica debe eludir una tematización excesiva en las interacciones etnográficas, ya que las interacciones tematizadas podrían resultar negativas para la construcción de vínculos sólidos con los interlocutores.²

2 La reflexión sobre la tematización la iniciamos los integrantes del equipo cuando formamos parte del Taller II de la Licenciatura en Antropología Social de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, donde Gonzalo Gutiérrez y María Noel Curbelo eran estudiantes y Marcelo Rossal era docente junto con Nicolás Guigou, responsable del curso y principal propiciador

Desde el inicio del vínculo con nuestros interlocutores, informamos de los temas de interés de la investigación, de nuestras preguntas, pero ello no implica restringir las interacciones, por el contrario, se trata de situar estas temáticas de interés (asunto, objetivos y preguntas del proyecto) en un contexto más general que posibilite su comprensión.

Se procura el desarrollo del intercambio a modo de un pensamiento situado a la vez que trascendente: la idea es reflexionar junto con nuestros interlocutores y descubrir el mutuo interés por abordar ciertos asuntos, partiendo del interés por comprender un mundo que nos es inherente. Cada experiencia de trabajo de campo nos ha brindado el encuentro con la idea gramsciana de que cada ser humano es filósofo, de que es posible el intercambio a profundidad luego de atravesadas las barreras impuestas por los prejuicios. Y también sabemos que es necesario registrar cuando el intercambio no es posible, cuando el sujeto se expresa como un grito (Hinkelammert, 1998) o cuando una persona considera a otras como «bichos» (Gatti, 2022). Nadie es ajeno a la experiencia de la más extrema precariedad provocada por el dolor (afectivo o corporal), como tampoco somos ajenos a la experiencia de la eficacia simbólica, corporal (Lévi-Strauss, 1961), que unas palabras o unas caricias pueden tener para dar sentido al grito o incluso al aullido que algunas veces queda como único recurso expresivo del sujeto.

Para comprender determinadas cuestiones entrelazadas —la provisión cotidiana o la vivienda—, se requiere cierto nivel de confianza entre los etnógrafos y los interlocutores de la investigación,

de estas reflexiones metodológicas. Tener cuidado en evitar la tematización del trabajo de campo implica, en términos prácticos, una coincidencia con la crítica a las *antropologías de*, por ejemplo, la religión, la economía, el trabajo, etcétera, que realizan Pablo Wright y César Ceriani (2007).

así como la vivencia del espacio físico de vida, razón por la cual un supuesto central del planteo metodológico fue vivir en la zona. Al modo más tradicional (Malinowski, 1986), vivimos buena parte del tiempo etnográfico en el barrio.

Esta metodología, como fue dicho, supone abandono e inmersión, ponernos a nosotros mismos en juego, generando espacios dialógicos donde nuestras propias percepciones de la cotidianidad se desarrollen en un territorio nuevo y un universo de interlocución diario reconocido en tanto alteridad, el espacio etnográfico como espacio del otro. Una otredad objetivable en forma dialógica. En este punto, recordamos la objetivación participante de Pierre Bourdieu (1999), la comprensión compartida como herramienta y la reflexividad sistemática como parte del ejercicio etnográfico. Además de poner nuestros cuerpos como herramientas de percepción (Esteban, 2004), también nuestras concepciones se tornan fuentes de conocimiento en tanto campo de representaciones a intercambiar con nuestros interlocutores.

Por ello, hay un especial énfasis en dar cuenta de momentos en que las personas, en su vida cotidiana, hablan y llevan adelante sus distintas prácticas de provisión, afectivas, lúdicas, etc., teniendo en cuenta que la consideración de distintas prácticas es a los efectos analíticos, ya que, por lo general, las prácticas no son unívocas, instrumentales ni unifuncionales, sino que abarcan emociones, moralidades y sentidos ensamblados de formas diversas que se despliegan en el contexto de una metodología participante, como es la etnografía. De comprar en la feria del barrio, arreglar una canilla junto con un interlocutor o conseguir una cita con el médico para otro se pasa a diálogos morales, a reflexiones sobre la vida y el amor, a la discusión política o al juego identitario que excita las identidades futbolísticas. Con algunos interlocutores, para obtener un conocimiento, nos relacionamos de forma estrecha, violando todos los cánones de la investigación positivista (Bourgois, 2010),

con otros interlocutores nos saludamos, hablamos del estado del tiempo, intercambiamos sobre la inseguridad en el barrio o el uso del pasto que crece en la vereda para la alimentación de los caballos.

El trabajo etnográfico nos permitió ser parte de los eventos cotidianos del lugar y conocer de primera mano los secretos a voces vecinales, los movimientos de solidaridades barriales y sus relaciones con una estructura de gestión de la pobreza a nivel municipal, nacional y, en términos analíticos, también global. Es que los modos de gestión de la pobreza, incluso los discursos que la rigen, exceden a las oficinas de intendencias y ministerios y se entroncan con una agenda que incluye organismos y fundaciones transnacionales. Así, puede cambiar el gobierno nacional y, con él, los énfasis y los presupuestos, pero hay continuidades que responden a políticas de Estado que se entroncan con agendas y discursos globales sobre comunidad, descentralización, participación y líneas de pobreza (Fraiman y Rossal, 2012; Filardo y Merklen, 2019; Rossal, Bazzino, Castelli Rodríguez, Gutiérrez Nicola y Zino García, 2020). De igual forma, la historia se exhibe en todo su presente en el cuerpo y el discurso de hombres y mujeres veteranos de un mundo industrial desaparecido y también en las carcacas de fábricas que hoy son *achiques*³ y espacios desistidos de un tiempo posindustrial que para algunos jóvenes no ha ofrecido

3 Un achique es un espacio para pasar al abrigo de la intemperie, pero también un lugar peligroso (Fraiman y Rossal, 2011), especialmente para una mujer. Una usuaria de pasta base dijo en una entrevista que ir a un achique o a una boca de pasta base implica donarse: «Te estás donando» (Rossal, 2017). Llama la atención lo preciso del término usado para explicitar los riesgos de un espacio donde «estás regalada», en riesgo de la integridad física y afectiva. En enero de este año fue asesinada y prendida fuego una mujer en una de las grandes fábricas abandonadas de la zona. Ni el nombre de esta mujer trascendió en el «supuesto» femicidio. Disponible en <https://ladiaria.com.uy/justicia/articulo/2022/1/una-mujer-fue-asesinada-y-prendida-fuego-en-la-teja-y-se-investiga-si-se-trata-de-un-femicidio/>.

otras oportunidades que las de un mercado ilegal, a veces violento, ya que su capital de fuerza corporal hoy no es tan requerido por el mercado laboral formal, por lo que quedan destinados a bucear en una omnipresente precariedad de la que solo están a salvo quienes han logrado jubilarse. Pero esto último también hay que relativizarlo, porque hemos visto cómo las derivas de la precarización de algunos jóvenes arrastran a todos los integrantes de sus hogares.

Entre nuestro acceso a la casa donde vivimos, la llegada al barrio, los acontecimientos como robos o tiroteos, las categorías con las que somos catalogados en el barrio por sus habitantes, los gastos de servicios básicos y de alimentación, los vínculos que tejemos en el propio lugar de residencia, entre otras tantas cuestiones de la propia vida diaria en el lugar, hacen de la etnografía un trabajo constante de escritura de diarios, registros y fotos de las experiencias de un antropólogo y una antropóloga con una diferencia de casi veinte años.

Esto es relevante en los dos aspectos que planteamos: las diferencias entre ser mujer y ser varón en un barrio popular, pero además la diferencia etaria, en el entendido de que las cuestiones de género y edad son relacionales y se tornan relevantes en este y todos los contextos de investigación.

Mediante nuestros relatos de campo, basados en el acceso a la vivienda donde desarrollamos la investigación, las conversaciones con vecinas y vecinos, la objetivación continua de nuestras observaciones y nuestros diálogos como equipo de investigación, este informe analiza la experiencia etnográfica de inmersión con relación al entramado que fuimos conociendo en el barrio vinculado a las modalidades de provisión como el objeto base de análisis de esta etnografía y las moralidades vinculadas a cómo proveerse.

Por esto, expondremos algunos hechos significativos que, como escenas etnográficas (Katzer y Samprón, 2011), nos permiten situar el proceso de trabajo de campo que venimos llevando adelante en la compleja red de relaciones barriales, territoriales, morales

y económicas de nuestro universo de estudio, que es un universo de interlocución y objetivación participante. Y el abandono en la inmersión etnográfica implica (re)conocer los olores del barrio, los ladridos de los perros, los barullos de las fiestas de cumpleaños y también los tiros, los gritos de una madre que no puede controlar a sus niños, las bromas de los lunes por los partidos de fútbol del fin de semana, el muchacho que pasa las tardes vendiendo copos de azúcar, el camioncito del gas que anuncia su presencia con «Para Elisa» a todo volumen. Las condiciones de la casa, el moho que aparece entre los muebles y se va extendiendo rápidamente, los cuartos húmedos y la propia condensación de toda la casa que, a merced del otoño, va agravando su humedad. Las visitas que recibimos, las que otros reciben y las visitas que hacemos. Los cambios en los colores del barrio cuando llueve o cuando hay sol; las novedades y lo que se repite, lo que para nosotros era novedad y se fue naturalizando, lo que fuimos aprendiendo y pasó a ser cuerpo en cada uno, y también etnografía.

Hay una coexistencia temporal y espacial con el otro, y hay discontinuidades que permiten la comprensión, la reflexividad y el pensamiento. No se trata de registrarlo todo, como lo haría Funes,⁴ se trata de un juego de inmersión y abandono en el campo etnográfico, junto con el ejercicio de objetivar, a veces con el equipo de investigación y con otros colegas, así como con los propios interlocutores. El famoso «distanciamiento» no es, necesariamente, una cuestión física, sino analítica y reflexiva, un ejercicio del pensamiento, siempre colectivo. La cotidianeidad se realiza en tanto continua actividad corporal perceptiva, visual, espacial, de memoria, mientras que la discontinuidad necesaria para el pensamiento es central en el

4 El personaje de Jorge Luis Borges no tiene discontinuidad en su proceso cognitivo, es pura memoria, por tanto no puede pensar.

proceso etnográfico en tanto praxis colaborativa y relacional. Esta discontinuidad —entendemos que podría resultar paradójal— permite el descubrimiento-establecimiento de relaciones significativas entre acontecimientos, corporalidades, normas, infraestructuras, moralidades, conflictos, que se (re)ensamblan en discursos, pensamientos, textualidades.⁵

Así, en nuestro estudio, buscamos construir un diálogo que piense la precariedad —exhibida en la cotidianeidad hasta en formas obscenas—, sin amplificarla y sin procurar, parafraseando a Philippe Bourgois (2010), una pornografía de la precariedad, sino un ejercicio que vaya más allá de la denuncia o el utilitarismo, una serie de encuentros reflexivos que permitan el ejercicio de la solidaridad en el diálogo y el pensamiento, a modo de intercambio de dones que rearmen un lazo social, un mundo en común.

5 Bruno Latour y Pierre Bourdieu plantean la centralidad de lo relacional para pensar e investigar cualquier asunto. Habitualmente se confrontan los planteos de estos autores. Incluso Latour dedica un texto a desacreditar lo que llama la sociología de lo social, la sociología de Bourdieu, entre otras. Sin embargo, en la teoría del actor red, en las asociaciones que busca el planteo de Latour, como dice Bourdieu, «lo real es relacional» (Vandenbergh, 2010; Rossal, 2017).

I. RECORRIDO

Nuestra unidad de análisis no es únicamente el barrio, ya que Tres Ombúes es multifacético e inabordable en su totalidad. Además, sus límites responden a configuraciones identitarias que sus vecinos definen de formas diversas: incluso para algunos el barrio es La Teja, y Tres Ombúes sería algo nuevo e inconsistente. De todas formas, nuestra mirada se enfoca en las relaciones entre vecinos y vecinas entre sí y con el mundo que los rodea, en sus prácticas, en sus formas de ganarse la vida y en lo que dicen sobre ellas. Parafraseando a Clifford Geertz, quien sostuvo que «los antropólogos no estudian aldeas (tribus, pueblos, vecindarios...); estudian en aldeas» (2003, p. 33), en nuestro caso no estudiamos un barrio, sino *en* un barrio o, mejor dicho, en una zona liminar entre dos barrios. Pero esto no solo es un dato a mencionar, la configuración histórica, simbólica y territorial que se denomina *barrio* adquiere una relevancia que será discutida a lo largo del libro.

LA TEJA

La Teja es uno de los barrios tradicionales de Montevideo, ubicado al oeste de la ciudad, sobre la bahía y recostado sobre el margen oriental del arroyo Pantanoso. Durante el siglo XVIII, el terreno perteneció a la Compañía de Jesús y fue adquirido por el Estado en 1814, cuando ya se lo conocía con el nombre de La Teja. En 1841, el empresario inglés Samuel Lafone adquirió los terrenos e instaló un saladero en el sitio denominado Rincón de La Teja, que funcionaba con mano de obra esclava. En 1842, Lafone fundó Pueblo Victoria.

A principios del siglo XX, los saladeros de la zona habían ido cerrando y comenzaron a instalarse frigoríficos del otro lado del Pantanoso: Artigas, Swift, EFCSA (integrado por los dos anteriores

luego de su cierre), Castro, Frigorífico Nacional. Además, del lado de La Teja existían hornos de ladrillos, una fábrica de almidón, dos tambos y una carpintería (Barrios Pintos, 1971, p. 36).

A partir de la década del treinta, las políticas de sustitución de importaciones promovieron el desarrollo industrial (Anichini, 1969; Lecomte, Rebella y Suárez, 1987; Arnabal, Bertino y Fleitas, 2011). Montevideo fue por lejos el lugar que alcanzó el mayor desarrollo industrial del país y el oeste de la ciudad fue el lugar que concentró el mayor número de fábricas y emprendimientos. En 1934, se instaló en La Teja la refinería de petróleo de Ancap, en el predio donde había funcionado el primer Frigorífico Nacional, que fue trasladado al Cerro. A lo largo de los años se fueron instalando numerosos emprendimientos, como curtiembres, metalúrgicas, carpinterías y muchos otros, por ejemplo, la fábrica Bao (jabones), Ferrosfalt (metalúrgica), Vidplan (vidrio), Codarvi (envases de vidrio), Lustrino (cerámicas), Reciplast (envases).

Esta concentración fabril favoreció la llegada a la capital de mano de obra proveniente de distintos lugares del país. La Teja y barrios aledaños, como el Cerro, Belvedere, Nuevo París, Paso Molino y Capurro, recibieron a un importante contingente de trabajadores y trabajadoras que, con sus familias, se establecieron en el lugar, y así se fue delineando el oeste de la ciudad, transformándolo a partir de un doble proceso de industrialización y urbanización (Lefebvre, 1978, p. 23).

«La vocación industrial de la zona se multiplicó. Lejos del ajetreo urbano surgió el humo de sus plantas fabriles y una población modesta y numerosa de obreros marginó estas sedes» (Barrios Pintos, 1971, p. 36).

En 1944, cuando tenía diez años de edad, Juan Carlos Mechoso —quien luego sería uno de los fundadores de la Federación Anarquista Uruguaya— llegó al barrio con su familia, originaria de la ciudad de Trinidad. Su padre, peluquero de profesión, comenzó a trabajar en la fábrica de vidrios Ganchou y luego en el frigorífico Swift.

El barrio estaba lleno de comercios. De alguna manera era el efecto de un consumo que crecía. También era el arrastre de la ocupación que proporcionaban los frigoríficos y las muchas fábricas de la zona. El laburante comenzaba a construir su casita, entonces había ferreterías, barracas, vidrierías, carpinterías. Los almacenes y los bares también tenían mucha vida (Jung y Rodríguez, 2006, p. 27).

Foto 1. Publicidad de la compañía Bao



Fuente: <http://enlaces.powweb.com/Janeybao.htm>

Según relata Mechoso, en esos años el ingreso al mundo del trabajo se daba tempranamente y por eso muchos niños y adolescentes abandonaban los estudios: «En esa época y en esos barrios, la mayoría de los chicos trabajaban y [...] era raro un negocio que no tuviera un cartelito que dijera “Se precisa muchacho”» (Gilio, 2001, p. 22). En su caso, abandonó la escuela al finalizar cuarto año.

Foto 2. El edificio de la fábrica Bao en la actualidad



Fuente: Foto del equipo investigador.

La presencia de frigoríficos y fábricas de distinto tipo, junto con la creación de los Consejos de Salarios, en 1943, favorecieron el desarrollo de la actividad política y sindical, a la que el componente migratorio había traído las ideas anarquistas, socialistas y comunistas.⁶ Así, con trabajadores provenientes de distintos puntos del país y también del exterior, se fue configurando lo que Rodolfo Porrini (2005) denominó «nueva clase obrera» uruguaya, que surgió a partir de la década del cuarenta.

6 Desde fines del siglo XIX, el aporte de inmigrantes italianos, españoles y franceses, principalmente anarquistas, fue fundamental para el surgimiento de asociaciones de trabajadores y la formación de la conciencia obrera (Daverio, Geymonat y Sánchez, 1987, p. 25).

Fotos 3 y 4. Las estructuras fabriles que aún quedan en el barrio



Fuente: Foto del equipo investigador.

En esos espacios se fue formando una nueva clase obrera y con ella se fueron desarrollando nuevos espacios de sociabilidad: viviendas, clubes barriales, mercados locales e instituciones públicas. En esos lugares, donde se concentraba un número importante de trabajadores, se forjó su subjetividad, que también se extendió al barrio y a los hogares.

El desarrollo industrial de la zona se sustentó en la proletarianización de importantes segmentos de la población y también en el trabajo invisibilizado de las mujeres que, a través de su esfuerzo cotidiano en el trabajo doméstico —llamado en su tiempo *labores*—, lograron no solo reproducir la vida, sino poner a disposición del capital la fuerza de trabajo que este requería, porque «el trabajo doméstico es mucho más que la limpieza de la casa. Es servir a los que ganan el salario, física, emocional y sexualmente, tenerlos listos para el trabajo día tras día» (Federici y Cox, 2013, p. 55). A su vez, muchas mujeres trabajaban en fábricas, como en el caso de alguna de nuestras interlocutoras, pero, por lo general, ganando menos y trabajando con menor formalidad laboral que sus compañeros varones, y obligadas a desarrollar la doble jornada de trabajo (dentro y fuera del hogar) y a veces incluso una triple jornada que incluía la militancia sindical o política.

Junto con esa nueva clase trabajadora, muchos de quienes llegaron desde el interior del país con ánimo de integrarla, de conseguir trabajo en las fábricas, en el comercio o en los servicios, no pudieron hacerlo y quedaron en sus bordes, en la informalidad, con trabajos zafrales, de menor remuneración, o utilizando sus conocimientos y oficios rurales para criar cerdos, producir corderos y manejar caballos para recorrer la ciudad, recolectando residuos para alimento de sus animales y otras formas tempranas del reciclaje. En el libro *Se vive como se puede*, este proceso se describe así:

El índice de industrialización no pudo compensar el de urbanización. Por lo tanto, ese alto número de personas —hombres y

mujeres, adultos y niños— que procuraba un mejor destino para sus vidas se vio obligado a quedar al margen de la vida normal de los medios urbanos. Sin trabajo seguro, dependió de las changas que pudo conseguir, o de quehaceres clandestinos, o no tuvo más remedio que intentar ganar algunos pesos por medio del azar o a través de acciones indebidas (Anónimo, 1969, p. 116).

De este modo, la urbanización, así como la formación y la consolidación de asentamientos, se produjeron en relación con el desarrollo industrial y comercial de la ciudad, pero esa relación se dio tanto en el auge de ese desarrollo (por la llegada de migrantes internos que no lograron acceder a los empleos formales) como en su declive (por la pérdida de los empleos formales tras el cierre de las fábricas).

Otro factor que se debe tener en cuenta tiene que ver con los cambios en las políticas municipales de tratamiento de los residuos, sumados a las nuevas modalidades de consumo de las clases medias (Rossal *et al.*, 2020). A principios de la década del cincuenta, la Intendencia de Montevideo cerró las plantas incineradoras de residuos urbanos y abrió vertederos a cielo abierto en antiguas canteras para su disposición final; eso propició que muchas familias vivieran de la recuperación y la venta de residuos.

Estos trabajadores informales establecieron asentamientos irregulares, denominados *cantegriles*,⁷ muchos de ellos vivían en «microfundios» (Bon Espasandín, 1963) junto a sus animales, se relacionaban con los más pobres de quienes vivían en la capital del país, y formaron, como contracara de esa nueva clase trabajadora, una nueva pobreza suburbana, marginal —en términos de estar en

7 María José Bolaña (2018) hace una reconstrucción histórica del surgimiento de los cantegriles en Montevideo y de la forma en que ese fenómeno fue conceptualizado por la academia en diferentes periodos.

los márgenes de la ciudad—, que desafiaba a las políticas urbanas y a las políticas sociales, que en esos tiempos hacían del orden urbano moderno y el empleo formal su núcleo duro y su enfoque principal,⁸ desafiando también los controles policiales y municipales que, conforme pasaban los gobiernos de turno, aumentaban o disminuían la represión sobre ellos.

En ese proceso, y en paralelo con los trabajadores de la industria y el comercio, estos trabajadores informales fueron formando sus cuerpos y moralidades, adquiriendo y resignificando sus saberes, y transmitiéndolos de generación en generación. Así encontramos hoy en los asentamientos de la zona a familias de criadores de cerdos de varias generaciones, que aprendieron el oficio al acompañar a sus padres en carros de caballo o que empezaron a salir de niños con carros de mano a ofrecerles puerta a puerta a los vecinos llevarse sus residuos a cambio de una moneda. En barrios donde no existía el servicio de recolección municipal o donde el camión recolector pasaba una o dos veces por semana, era común que hubiese niños y adolescentes (aunque también podían ser adultos) que se desplazaban con chatas y carros de mano y ofrecían llevarse los residuos domiciliarios a cambio de dinero, que por lo general era a criterio del vecino. De esos residuos luego se recuperaba lo que se podía

8 Las asignaciones familiares muestran la impronta de las políticas sociales de dos tiempos distintos. Ambas formas de apoyo a la infancia y la adolescencia conviven, y existen las denominadas «contributivas» y «no contributivas». Había asignaciones familiares para hijos de trabajadores, eran de carácter contributivo, parte del sistema de protección social en el marco del Banco de Previsión Social. El monto era una pequeña contribución para materiales escolares de niños y adolescentes en edad escolar, hijos de trabajadores y trabajadoras con ingresos medios y bajos. Las asignaciones familiares que se desarrollaron en el marco del Plan de Equidad, luego de la creación del Ministerio de Desarrollo Social (MIDES), alcanzan a los niños y adolescentes de las familias más pobres, más allá del trabajo formal.

vender o reciclar, y lo que servía para alimento de los cerdos y otros animales de cría; el resto era descartado en basurales ilegales que se encontraban en esquinas o en baldíos en el propio entramado urbano. La recorrida puerta a puerta servía también para llevarse otras cosas que los vecinos pudieran ofrecer: comida, ropa, muebles, electrodomésticos, al tiempo que brindaba la oportunidad de conseguir trabajos puntuales en jardinería, limpieza, pintura u otras de las «mil pequeñas changas» con que describe Daniel Vidart (1969) al «sieteoficios» urbano. De este modo, a edades tempranas se aprendía a «ganarse el peso» con el carro, algo que persiste en vecinos y vecinas de asentamientos hasta el presente.

En Antía Arguiñarena, Luisina Castelli, Gonzalo Gutiérrez, Marcelo Rossal y Camilo Zino (2019a, pp. 155-157) recogemos testimonios de vecinos de Cantera del Zorro que narran cómo comenzaron, cuando eran niños, a recuperar residuos. Un vecino relata que, tras tener un incidente en la escuela, su madre decidió que no estudiara más, el mismo día le compró un carro de mano y le hizo comprar tres lechones, luego le dijo: «Ahora dales de comer». Al año siguiente ya salía con un carro de caballo. Eso fue a fines de los años setenta, pero hasta la fecha ese vecino y su familia se ganan la vida con su carro. A su vez, en el libro colectivo *Se vive como se puede* se muestra el deseo del niño de un cantegril de tener chanchos para obtener dinero con la venta de los lechones (Anónimo, 1969, p. 42).

Los límites entre la nueva clase trabajadora y esta nueva pobreza urbana no siempre estaban claros, y esta última actuaba como un reservorio de mano de obra disponible para el capital, al influjo del cual las personas podían «entrar» y «salir» de una y otra, o incluso ser parte de ambas. En la medida en que crecía la demanda de trabajo en las fábricas, en los comercios o en los servicios, muchos de estos nuevos pobres accedían a empleos que les garantizaban un ingreso estable y —por lo general, aunque no siempre— mayor del que tenían en la informalidad. Esto no siempre conllevaba la posibilidad de «salir»

del cantegril, ya fuera porque el salario que proporcionaba el empleo no permitía cambiar el lugar de residencia o porque no implicaba una estabilidad y una continuidad en el tiempo que favorecieran el abandono de las formas de subsistencia de la informalidad —como la cría de animales y el reciclaje de residuos—, que, en gran medida, estaban ligadas al lugar de residencia. Para muchas familias de los asentamientos, renunciar a esas formas de trabajo, renunciar a tener el carro y el caballo podía significar renunciar a una forma de ganarse la vida que les brindaba una cierta seguridad ante lo cambiante de la situación económica. A su vez, en muchos casos el trabajo asalariado podía coexistir con ocupaciones informales, como la cría de animales, la venta en ferias, las changas, entre otros.

Foto 5. La fábrica hoy



Fuente: Foto del equipo investigador.

En Rossal *et al.* (2020), se presentan casos recientes de resistencia de clasificadores y clasificadoras de residuos de Montevideo a abandonar su oficio y a deshacerse de sus carros y sus caballos, no obstante los bajos precios del mercado de materiales reciclables y los cambios en las disposiciones municipales sobre los residuos urbanos que impiden su acceso a las zonas de mayor poder adquisitivo de la ciudad. El carro y el caballo proporcionan la seguridad de que, con menor o mayor esfuerzo, al final de la jornada se va a obtener el sustento que requiere la familia. Por su parte, Débora Gorbán (2014) muestra que, para algunas mujeres del Gran Buenos Aires, salir a cartonear es más que una actividad económica: les permite salir de sus hogares y tener «un tiempo y un espacio particular que es vivido como propio» (p. 90). Como sostiene Mariano Perelman (2021), comprender estas actividades —y por qué se continúan haciendo— requiere tener una visión más amplia que la dimensión económica.

Foto 6. Microfundio en Cantera del Zorro



Fuente: Foto del equipo investigador.

TRES OMBÚES

Como fue dicho, es difícil establecer el límite entre La Teja y Tres Ombúes; para unos vecinos, es la calle Alaska, para otros, es Zubillaga, otros dicen no tenerlo claro. Por lo pronto, Tres Ombúes fue fundado en 1957, ubicado al norte de La Teja e igualmente recostado sobre el margen oriental del arroyo Pantanoso. No obstante su fecha de fundación, el proceso de población y urbanización del barrio fue más lento que el de La Teja. Fue poblado con familias de clase obrera, algunas españolas o italianas y muchas venidas del interior del país. Muchos hombres y algunas mujeres de estas familias trabajaban en fábricas, curtiembres y chacras de la zona. En la medida en que el barrio fue creciendo y expandiéndose hacia el norte, la urbanización coexistió con áreas semirurales, donde tenía lugar la cría de animales y el cultivo hortifrutícola, tanto para el autoconsumo como para la venta en ferias y comercios de la zona. De este modo, el barrio creció con una fuerte conexión con La Teja, tanto porque ahí estaba el trabajo como porque estaban los compradores de lo que allí se producía.

Cantera del Zorro es un asentamiento que forma parte de Tres Ombúes. Ya en el siglo XXI, Tres Ombúes y, en particular, Cantera del Zorro fueron lugares priorizados dentro del Plan Siete Zonas, creado en 2012, que incluyó cuatro zonas de Montevideo y tres de Canelones. El plan se dio en un contexto en el que se valoró la necesidad de focalizar la intervención en «territorios» donde había un «núcleo duro de la pobreza», así como una serie de problemas vinculados a la falta de servicios públicos e infraestructura, la inseguridad, la presencia de jóvenes en «situación de riesgo», etc., lo que requería un abordaje específico, de «proximidad»,⁹ que involucrara distintas áreas

9 A partir de ello, se crearon tres programas específicos de proximidad: Jóvenes en Red, Uruguay Crece Contigo y Cercanías. *Territorio, núcleo duro de la pobreza*,

del Estado (tanto su «mano izquierda» como su «mano derecha», al decir de Bourdieu [1999]). El plan tuvo entre sus ejes el mejoramiento de la infraestructura urbana, junto con el despliegue de programas sociales y de iniciativas en seguridad en los territorios seleccionados.¹⁰

En el marco del Plan Siete Zonas, el Estado marcaría una importante presencia en el barrio, principalmente con la construcción del Centro Cívico y la plaza Tres Ombúes, inaugurados en 2014 con la coordinación de la Intendencia de Montevideo, el Municipio A¹¹ y el Ministerio de Desarrollo Social (MIDES). En el Centro Cívico funciona una oficina del MIDES, entre otros servicios, y hay espacios para distintas actividades sociales y culturales. En la plaza hay una cancha de fútbol, otra de básquetbol y zonas de juegos, además de un escenario donde se llevan a cabo eventos artísticos. La plaza es un espacio que suele ser utilizado por las generaciones más jóvenes,

situación de riesgo y estrategias de proximidad son categorías usadas como parte de las estrategias del Estado uruguayo en aquellos años.

- 10 El Plan Siete Zonas fue liderado por Presidencia de la República, el Ministerio del Interior y el MIDES en conjunto con las Intendencias de Montevideo y Canelones. El plan se conformó en tres ejes: 1) *Mejoramiento urbano*: desarrollo de infraestructura, equipamiento y servicios sociales básicos; construcción de plazas de convivencia, espacios deportivos y centros cívicos. 2) *Profundización de los programas sociales orientados a niños, jóvenes y adultos*: ampliación de la cobertura del Plan CAIF (Centros de Atención a la Infancia y la Familia) a partir de la construcción de nuevos centros; priorización de la intervención de programas (Uruguay Crece Contigo, Cercanías y Jóvenes en Red), y del Programa de Alfabetización de Adultos. 3) *Fortalecimiento de la seguridad*: nuevo sistema de patrullaje, despliegue de unidades especiales para el combate del crimen organizado y presencia de la Policía Comunitaria.
- 11 La Teja y Tres Ombúes están comprendidos dentro del territorio del Municipio A y, dentro de este, en el Centro Comunal Zonal 14.

pero también, cuando el tiempo está agradable, por familias que van allí a tomar mate y a disfrutar del entorno.

En el barrio hay distintos centros educativos, CAIF, policlínica de ASSE y locales de instituciones, como el colegio Montserrat, y organizaciones sociales que funcionan desde hace bastante tiempo en la zona. Esta configuración da cuenta del ensamblaje entre organizaciones que ya estaban en el barrio desde varias décadas atrás y la llegada con mayor énfasis del Estado, que implicó una transformación que se percibe cuando se transita por algunas cuadras.

Al barrio ingresan dos líneas de ómnibus urbanos: la 524, que conecta la plaza Tres Ombúes con el Centro, y la L38, que se sumó a fines de 2021 y hace el trayecto entre la plaza y la terminal del Cerro.

Foto 7. La línea 524 próxima a llegar a su destino



Fuente: Foto del equipo investigador.

La avenida Carlos María Ramírez conecta el Cerro con el Paso Molino. En esa avenida hay un centro comercial y también funcionan distintos servicios públicos. Es un lugar de referencia para los vecinos y las vecinas tanto de La Teja como de Tres Ombúes, ya que también es una vía de acceso hacia otras zonas de la ciudad. Para el caso de este último, también la avenida Luis Batlle Berres cumple esa función.

Hacia el sureste de ambos barrios, el Paso Molino (a lo largo de la avenida Agraciada) es la principal área comercial del oeste montevideano y un lugar bastante frecuentado por los vecinos tanto de La Teja como de Tres Ombúes, ya sea porque allí trabajan, compran, hacen trámites o porque hacen trasbordos para ir a otros barrios de la capital.

Mapa 1. El límite entre Tres Ombúes y La Teja que se muestra en el mapa no coincide con lo que sostienen los vecinos



Fuente: Sistema de Información Geográfica del MIDES con base en Open Street Map.

Se puede decir que un trayecto usual de vecinos y vecinas de Tres Ombúes y del norte de La Teja que deben salir del barrio para trabajar, formal o informalmente, es trasladarse hasta Carlos María Ramírez o hasta Agraciada. Para muchos, ese es un recorrido casi diario, según pudimos observar, mientras que conocimos a vecinos y vecinas que no han salido del barrio en mucho tiempo.

EL BARRIO

Lo que llamamos *el barrio* tiene ciertas complejidades, por lo que el relato de nuestros interlocutores sobre la cuadra donde vivíamos resultó fundamental para entender que muchos de ellos no consideraban estar viviendo en Tres Ombúes, sino en La Teja. Tres Ombúes es denominado con frecuencia en los medios como una *zona roja*, con lo cual se equipara simbólicamente a *cante*. Por otra parte, La Teja es un barrio tradicional de Montevideo que, de alguna forma, contiene dos barrios más: Pueblo Victoria y Tres Ombúes, además de dos asentamientos: la Cachimba del Piojo y Cantera del Zorro (radicada de modo inequívoco en Tres Ombúes). De La Teja fueron originarios un presidente y un vicepresidente de la República,¹² de La Teja es el Club Atlético Progreso¹³ y de ahí provienen murgas importantes del carnaval uruguayo. Tres Ombúes, claramente, tiene una identidad menos consolidada, que ha ganado visibilidad en los últimos años también por haber sido parte del Plan Siete Zonas, por lo que se

12 Tabaré Vázquez fue presidente en los períodos 2005-2010 y 2015-2020; Hugo Batalla fue vicepresidente en el período 1995-1998, y falleció antes de finalizar su mandato.

13 Se trata de un club tradicional del fútbol uruguayo, con una fuerte identificación con el barrio, donde es frecuente ver pintadas y camisetas con los colores rojo y amarillo.

equipara a los otros barrios que reúnen aquello que estigmatiza en la ciudad: pobreza y delito.

Dos términos estigmatizantes, *pichi* y *lumpen*, aúnan delito y pobreza en personas concretas. «Está lleno de pichis» o «está lleno de lúmpenes» son expresiones sinónimas. Sin embargo, una persona de cultura popular vinculada a la izquierda política y social de La Teja difícilmente usará el término *pichi* (Rossal, 2018a). *Lumpen*, por otra parte, vinculado a la tradición marxista derivó en una utilización estigmatizante, configurándose como un término nativo de nuestras clases populares. Por esa razón, no usamos el concepto de Bourgois (2010) y de Bourgois, Fernando Montero Castrillo, Laurie Hart y George Karandinos (2013) de *subjetividades lumpenizadas* para pensar las derivas hacia delitos e insolidaridades entre personas de clases populares cuyos padres y abuelos eran trabajadores formales.

Así, mientras La Teja es identificado como un barrio de clase trabajadora, Tres Ombúes es un barrio estigmatizado. Esto se debe a que en los últimos años se ha ido perfilando como una de las «zonas rojas» de Montevideo, dado que su aparición en los medios de comunicación suele estar relacionada con hechos de violencia que ocurren allí. Y todo esto incide en la forma en que los vecinos se identifican con uno u otro barrio y en cómo desplazan la fuente de los problemas: para quienes son de La Teja, algunos de los problemas del barrio vienen de la Cachimba y de Tres Ombúes; para quienes son de Tres Ombúes, los problemas vienen del lado de Cantera. E incluso tiene incidencia en cómo son percibidos en otros ámbitos: conocimos personas de Tres Ombúes que si bien tienen claro que son de ese barrio, cuando están buscando trabajo o incluso ante sus compañeros de trabajo, prefieren decir que viven en La Teja para desvincularse del estigma asociado al barrio.

Según datos del Observatorio Nacional sobre Violencia y Criminalidad del Ministerio del Interior, entre el 1.º de enero y el 31 de diciembre de 2021 se produjeron ocho homicidios en Tres

Ombúes-Pueblo Victoria (un 4,7 % del total de homicidios en la capital en ese período) y uno en La Teja (un 0,6 %). Es así que Tres Ombúes se ubica en cuarto lugar entre los barrios con mayor cantidad de homicidios consumados en el año (lugar que comparte con otros barrios: La Paloma-Tomkinson, Nuevo París y la Unión, también con ocho cada uno) y por detrás de Casabó-Pajas Blancas, con 12 homicidios (7,1 % del total), Casavalle, con 11 (6,5 %), Peñarol-Lavalleja, con diez (5,9 %) y Villa García-Manga Rural, con nueve (5,3 %) (Ministerio del Interior, 2022a, p. 48).

Si se consideran los datos por jurisdicción policial, en el período comprendido entre el 1.º de enero y el 31 de diciembre de 2021 en la zona de la Seccional Policial 19 (correspondiente a La Teja, Tres Ombúes, Nuevo París y Conciliación) se produjeron 17 homicidios (10,1 % del total), por lo que comparte el tercer lugar con la Seccional 18, con igual número de homicidios en el mismo período, y se ubica por detrás de la Seccional 17, con 22 homicidios (13 % del total), y de la 24, con 20 (11,8 %) (Ministerio del Interior, 2022a, p. 43).

En 2020, en el territorio correspondiente a la Seccional 19 se produjeron 22 homicidios, lo que la había ubicado en segundo lugar en cantidad de homicidios por seccional, detrás de la Seccional 17, con 25 homicidios en el período (Ministerio del Interior, 2022a, p. 46). Esta zona se ubica en lo que Gabriel Tenenbaum, Mauricio Fuentes, Nilia Viscardi, Ignacio Salamano y Fabiana Espíndola (2021) llaman «cinturón de homicidios».

En lo que refiere a denuncias por rapiñas, en el período comprendido entre el 1.º de enero y el 31 de diciembre de 2021, en Tres Ombúes-Pueblo Victoria hubo 385 denuncias (corresponden a 1,9 % del total de denuncias por ese motivo en Montevideo), en tanto en La Teja hubo 334 denuncias (1,6 % del total). Con esas cifras, ambos barrios se ubican lejos de la cantidad de denuncias en otros barrios; ese *ranking* en 2021 es encabezado por Casavalle, con 1.152 denuncias (5,6 % del total), seguido por Colón centro y noroeste,

con 787 (3,8 %) y la Unión, con 781 (3,8 %) (Ministerio del Interior, 2022b, p. 15).

En cambio, si se consideran las seccionales policiales, en 2021 la Seccional 19 se ubicó en segundo lugar, con 2.081 denuncias recibidas por rapiña (10,1 % del total), detrás de la Seccional 17, donde hubo 2.185 denuncias (10,7 %) (Ministerio del Interior, 2022b, p. 16). Este cambio se debe a que se suman las denuncias en otros barrios que corresponden a la Seccional 19, que tuvieron mayor número de denuncias, como Conciliación y Nuevo París.

Por su parte, en lo que refiere a denuncias por hurtos en el período 1.º de enero a 31 de diciembre de 2021, en Tres Ombúes-Pueblo Victoria hubo 774 denuncias (1,3 % del total) y en La Teja, 735 (1,2 %) (Ministerio del Interior, 2021b, p. 28). Con esas cifras, ambos barrios quedan próximos a los últimos lugares en el *ranking* de denuncias de hurtos en 2021 en barrios de Montevideo.

Pero, nuevamente, si se consideran las seccionales policiales, la Seccional 19 recibió en 2021 un total de 3.699 denuncias por hurtos (6,2 % del total), lo que la ubica en tercer lugar en el *ranking* de denuncias por hurto en seccionales policiales de Montevideo, por detrás de la Seccional 9, con 4.243 (7,2 %) y muy cerca de la Seccional 13, con 3.809 denuncias (6,4 %) (Ministerio del Interior, 2022b, p. 29).

Los números presentados muestran que la imagen de Tres Ombúes como un «barrio peligroso» se sustenta, antes que en las cifras de delitos, en que en los últimos años han tenido lugar homicidios por conflictos vinculados al narcotráfico, que han ocupado titulares en los medios de comunicación, al tiempo que también tenían lugar noticias sobre operativos policiales en el barrio. En 2018, el Ministerio del Interior llevó a cabo el operativo Mirador IX con el fin de desestructurar una red vinculada al narcotráfico en Tres Ombúes, que tenía su base en Cantera del Zorro. La noticia salió en varios medios de alcance nacional, y en esa oportunidad se destacó que la organización criminal tenía instaladas cámaras de videovigilancia en

columnas del alumbrado público y seis animales exóticos, además de un importante control del territorio. Noticias como esas reforzaban la idea de que Tres Ombúes era una «zona roja», pero además con una delincuencia que contaba con mayor poder organizativo que el de otras zonas de la ciudad.¹⁴

Durante nuestra vivencia, en el barrio nos enteramos de algunos episodios de robos, además de sonidos de tiros que se escuchaban durante la noche, también de una fuerte presencia policial por tierra y aire. Al convivir con ello, también fuimos parte de numerosos lazos de solidaridad y de un complejo entramado de moralidades alrededor de qué es vivir en el barrio y cómo se vive allí. También fuimos testigos de la experiencia cotidiana del hambre, de la precariedad de las viviendas, de la falta de atención médica ante situaciones que exigían soluciones inmediatas y que se solventaban solo con dinero, de humedades propias de vivir en una zona baja y próxima a un bañado que fue urbanizado, de atravesar una emergencia sanitaria, como fue la pandemia de covid-19, en extrema vulnerabilidad, donde las cuestiones de higiene básicas eran difíciles de sostener.

EL COSTO DEL DESARROLLO

El desarrollo industrial del oeste de la ciudad, que se originó en la primera mitad del siglo xx, dejó un impacto ambiental que persiste hasta el día de hoy. En un par de décadas quedaron muy contaminados los arroyos Pantanoso y Miguelete, debido principalmente al volcado de efluentes industriales sin tratamiento. Ambos arroyos desembocan en la bahía de Montevideo, que también se vio seriamente afectada por

14 Véase, por ejemplo, <https://www.subrayado.com.uy/17-detenidos-megaoperativo-contra-el-narcotrafico-tres-ombues-n520433>

la contaminación de la planta de Ancap y otras industrias. La playa de Capurro, que había sido un lugar de veraneo para las clases altas hasta bastante entrado el siglo xx, quedó inutilizable.

Los márgenes de los arroyos, al ser zonas bajas, también sufrieron los impactos de la contaminación. En algunos casos, se trataba de ecosistemas de bañado que por sus características dificultaron la ocupación humana, en cambio, otras zonas de más fácil acceso fueron ocupadas y se transformaron en cantegriles. En otros casos, se generaron vertederos ilegales de residuos, tanto por la utilización de vecinos que se dedicaban a la clasificación como por la acción de empresas que hacían sus descargos.

Los suelos y las aguas se vieron contaminados por cadmio, cloro, plomo y otros metales pesados. La contaminación del aire también pasó a ser una característica de la zona y era fácilmente percibida por el olor y el aire espeso, producto de la combustión de industrias y de actividades informales, como la quema de residuos.

Además del aire, el suelo y las aguas, la contaminación tuvo su efecto en las personas. En febrero de 2001, cobró estado público el problema de la plumbemia, un problema que afectaba principalmente a niños y niñas de La Teja y otros barrios del oeste montevideano. Según estudios que se elaboraron sobre el origen del plomo en Montevideo, se concluyó que se debía al uso de nafta con adición de tetraetilo de plomo en vehículos a motor;¹⁵ pero, además de ello, en zonas como La Teja se sumaban diversas fuentes, entre las que se encontraban

terrenos contaminados con residuos de fundición como pasivos ambientales, la exposición por actividades laborales informales contaminantes, la presencia de cañerías de plomo

15 Ancap dejó de producir naftas sin plomo en 2004 (PNUD-PNUMA, 2010, p. 10).

para abastecimiento de agua, el *recuperado de plomo a partir de baterías*, la *quema de cables* para obtener cobre (PNUD-PNUMA, 2010, p. 10, cursivas en el original).

La contaminación por plomo afectó durante décadas a distintas generaciones que debieron convivir con ese «enemigo invisible», que se va acumulando en el cuerpo y que origina efectos para toda la vida, entre los que se pueden incluir problemas cognitivos, orgánicos, trastornos comportamentales e incluso discapacidad intelectual.

La eclosión de esa problemática y la inacción estatal en torno a ella motivaron asambleas barriales que dieron lugar a la conformación, entre los vecinos, de la Comisión Vivir sin Plomo (CVSP), donde se congregaron vecinos y organizaciones sociales de la zona. La plom-bemia movilizó las redes preexistentes de militancia y solidaridad barrial que, por su articulación entre la visión ambiental, de salud y de democratización del conocimiento, dieron lugar a un movimiento de justicia ambiental (Renfrew, 2011).

El rápido proceso de transformación del oeste de la ciudad y las consecuencias sociales y ambientales, como la contaminación de la bahía y de los dos principales arroyos que desembocan en ella, así como los efectos sobre la salud de las personas fueron consecuencia del rápido desarrollo industrial.¹⁶ Henri Lefebvre denominó como «asalto de la industrialización a la ciudad» (1978, p. 29) al proceso de implantación de industrias que arrasan con la vida urbana y rural preexistente. Más recientemente, Michael Truscello (2020) denominó «brutalismo infraestructural» a esta implantación acelerada de industrias y grandes emprendimientos que subsumen la vida humana y la naturaleza a las ganancias capitalistas.

16 En 1930 Uruguay tenía una de las economías más industrializadas de la región, solo superada por Argentina, México y Brasil (Porrini, 2005, p. 75).

La industrialización no se propuso dañar intencionalmente el ambiente, pero el compromiso con el crecimiento económico y el desarrollo¹⁷ estuvo por encima de todo (Mosley, 2010, p. 109). La protección de la naturaleza no fue prioridad de los gobiernos locales y nacionales, y tampoco los sindicatos tuvieron una visión crítica sobre los impactos ambientales que conllevaba el desarrollo industrial. Si bien, como sostiene Stefania Barca (2012), los trabajadores son la interfaz entre sociedad y naturaleza, y la conciencia política de los daños al ambiente y a la salud humana causados por la industrialización comienza en el entorno laboral y se materializa en los cuerpos de los trabajadores, ese fue un proceso que llevó varias décadas, y, en el caso que estamos considerando, el ambiente ya se encontraba severamente deteriorado y la salud de muchos trabajadores y trabajadoras, así como vecinos y vecinas del barrio ya acumulaban años de exposición a la contaminación cuando sus efectos cobraron estado público.

OCUPACIÓN DEL SUELO

Al descender desde Carlos María Ramírez hacia el norte se observa que las viviendas comienzan a cambiar su calidad. A pocas cuadras ya se puede observar una diversidad de viviendas y más adelante es necesario caminar por la calle, ya que no hay vereda o no es transitable. En una misma cuadra pueden coexistir distintas formas de tenencia de viviendas: habitadas por sus propietarios, habitadas

17 La idea de progreso que predominaba en la clase política y en la intelectualidad del país se conectaba con la idea de desarrollo (Bury, 2009, p. 340). En los sectores de izquierda, ello también se conectaba con la necesidad de lograr transformaciones sociales profundas y el fin de las injusticias y la desigualdad social.

por sus propietarios que a su vez subarriendan en el mismo predio, habitadas por arrendatarios (de manera formal e informal) y habitadas por ocupantes. Asimismo, se pueden encontrar terrenos baldíos dispersos en el entramado urbano.

A tres cuadras de donde vivíamos, recostada sobre el arroyo Pantanoso, está la Cachimba del Piojo, un asentamiento que tiene ese nombre porque, a mediados del siglo XIX, de allí se extraía agua para abastecer al oeste de la ciudad. La Cachimba es uno de los cantegriles históricos de Montevideo. En la década del sesenta allí se gestó uno de los embriones del surgimiento del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros.¹⁸ Esto ubica a la Cachimba del Piojo como uno de los lugares históricos de la izquierda uruguaya.

Hacia el norte, también junto al Pantanoso, se encuentra Cantera del Zorro, otro asentamiento de larga data. Está ubicado junto a un bañado contiguo al arroyo, rodeando el lugar ocupado por la antigua cantera de balasto que le da nombre. La calle Alaska lo atraviesa de forma transversal. Si bien no hay registros claros de cuándo se formó, en una nota publicada en 1962 en el semanario *Marcha*, un periodista relata una visita a un lugar de cría informal de cerdos «ubicado en la calle Alaska al cierre» (Jaurena, 1962). Cuando la cantera de balasto fue abandonada debido a que se inundó, el gran lago era utilizado por vecinos de la zona para bañarse, pero luego de varios ahogamientos se resolvió rellenarla. Una vecina nos contó que «le decían “el campo de la pena” porque se tiraban a nadar en la cantera y murieron muchos ahí. Mi padre y otros vecinos se iban a bañar ahí. Se ahogaron unos cuantos muchachos».

El terreno donde está ubicado el asentamiento presenta altos niveles de contaminación producto de distintas fuentes, en primer

18 <https://municipioa.montevideo.gub.uy/comunicacion/noticias/nuevo-centro-educativo-en-la-teja>

lugar, de los distintos vertidos industriales arrastrados por el arroyo, que se fueron acumulando durante décadas en el bañado contiguo. Además, los materiales con que se rellenaron los terrenos, los residuos que fueron arrojados ilegalmente por empresas, la actividad de clasificación de residuos, la cría informal de cerdos que se desarrolló en la zona y las aguas residuales de los hogares agravaron la contaminación local.

Durante años, camiones de empresas de servicios de recolección de residuos y de volquetas hicieron sus descargas en áreas contiguas al asentamiento. En algunos casos, esto permitió que algunos vecinos recuperaran esos residuos para su venta o para alimentar a los cerdos y otros animales de cría. Incluso algunos eran consumidos por los propios habitantes del lugar (Arguiñarena *et al.*, 2019a).

«ACÁ ANTES NOS ORGANIZÁBAMOS LA VIDA POR LAS BOCINAS DE LAS FÁBRICAS»

Por muchos lados se ven hoy en día los testimonios materiales que dan cuenta de un pasado que le asignó a La Teja su impronta de barrio obrero: edificios de antiguas fábricas dispersos en las cuadras, fácilmente identificables en algunos casos, en otros no tanto porque su fisonomía fue cambiando. Algunos presentan un gran deterioro, otros son usados como viviendas, otros fueron reacondicionados y funcionan como depósitos de mercaderías de empresas.

Pero también los testimonios de aquella época están vivos en la memoria de los vecinos más veteranos, hijos e hijas de aquellos que forjaron la nueva clase trabajadora. Fábricas, curtiembres y comercios daban trabajo a miles de familias: «Acá antes nos organizábamos la vida por las bocinas de las fábricas», dice Gloria, una vecina que nació en el barrio, pero su familia llegó del interior en la década del

cuarenta.¹⁹ Las bocinas marcaban los turnos de trabajo y se escuchaban en varias cuadras a la redonda.

Foto 8. La vida comunitaria en torno al trabajo fabril



Fuente: <http://enlaces.powweb.com/Janeybao.htm>.

En los recuerdos, aquello siempre se valora como una buena época, no solo porque permitía obtener ingresos a los hogares, también por toda la dimensión social y comunitaria que implicaba una

19 Los nombres, al igual que algunas referencias, fueron modificados para preservar la identidad de las personas. Todos nuestros interlocutores fueron informados del alcance de esta investigación.

vida que estaba muy marcada por la organización del trabajo fabril. De madrugada se veía a los vecinos y las vecinas salir de sus casas, juntarse para ir caminando a las paradas, encontrarse allí o arriba del ómnibus y compartir el mate y los bizcochos. Héctor, otro vecino veterano, recuerda que viajaba en el 129, un ómnibus de línea que ya no existe, que en su época llevaba gente hasta el Frigorífico Nacional. Allí, quienes se encontraban eran todos conocidos.

Surgen así también los recuerdos de la vida comunitaria, de los vínculos en el trabajo y en el barrio. Las historias familiares dan cuenta de ello, historias como la de Gloria, que comienzan con «mi padre se vino del interior a trabajar en el frigorífico», o de familias que se formaron a partir de que un hombre y una mujer que provenían de distintas partes del país se conocieron al cruzarse en el barrio o en las instalaciones de una fábrica.

Con Mónica y Gabriel conversamos una tarde, a pocos metros de una de esas antiguas fábricas que hoy se encuentra fraccionada y donde se crearon habitaciones que se arriendan informalmente. Mónica tiene setenta años y Gabriel, poco más de sesenta. Ambos trabajaron allí y concuerdan en que la fábrica cerró en la década del setenta. Fabián también se suma a la conversación y dice que no puede ser, que él tiene cuarenta y recuerda haberla visto funcionando, por tanto, no puede haber cerrado cuando ellos dicen. Pero Mónica y Gabriel siguen enfrascados en su conversación; una vez que se pusieron de acuerdo en que la fábrica cerró en la década del setenta, intentan ponerse de acuerdo en qué año fue exactamente. Para ello buscan puntos de referencia: situaciones (un incendio), personas que trabajaron ahí, y así continúan ordenando acontecimientos y buscando mojones en su memoria que les permitan ubicarse en aquel pasado. Fabián los interrumpe intentando una vez más hacer valer su argumento, pero está lejos

de disuadirlos de su viaje al pasado, así que finalmente se queda callado y escucha lo que los otros dicen.

Fabián nació a fines de los setenta, así que si tiene recuerdos, efectivamente son a partir de la década del ochenta. Sus recuerdos, o mejor dicho él mismo, podían ser el mojón que Mónica y Gabriel buscaban aquella tarde para ordenar sus recuerdos, pero no lo escucharon (Registro de campo de Gonzalo).

Pero más allá de su precisión temporal, esos recuerdos cada tanto forman parte de las conversaciones entre los vecinos con más años. Muchos de ellos trabajaron en aquellas fábricas, y si no lo hicieron, de alguna forma su vida estuvo marcada por las dinámicas de aquella época, que le dieron al barrio su carácter de obrero.

A medida que la distancia temporal con aquella época es mayor, los recuerdos se decantan hacia los aspectos más positivos. No solo porque había trabajo asalariado y la vida barrial en gran medida se organizaba en torno a ello, sino también por el contraste de ese tiempo con la actualidad,²⁰ cuando el trabajo estable escasea y a ello se asocia que la vida comunitaria ha ido perdiendo terreno y se han instalado una serie de «males» que afectan principalmente a las nuevas generaciones.²¹

20 En su tesis de maestría en antropología, Francisco Abella López (2019) analiza las memorias colectivas en el marco del proceso de desindustrialización de la localidad de Juan Lacaze, en el departamento de Colonia.

21 En gran medida, esta reivindicación del mundo del trabajo se vio potenciada por el hecho de que la visión predominante de la izquierda idealizaba una sociedad de trabajadores. Anselm Jappe (2011) y otros autores de la denominada *escuela crítica del valor* sostienen que en Marx hay una ambigüedad con relación al trabajo «entre el programa de una liberación *del* trabajo (en consecuencia, a través del

En muchos aspectos del barrio se ve ese contraste entre un pasado más o menos reciente con una fuerte impronta en el trabajo fabril y un presente en el que el trabajo ha ido perdiendo ese lugar centralizador de la vida, dando lugar a mayor presencia de trabajos informales y precarizados. De mañana se ven vecinos y vecinas que van hacia Carlos María Ramírez o hacia la parada del 524 y se escuchan los ruidos de carros de mano y de caballo que van en el mismo sentido. El trabajo sigue siendo un organizador de la vida barrial, pero ya no son las bocinas de las fábricas las que marcan los tiempos de cada jornada, ahora es cada vecino o vecina quien lo hace por su cuenta, sea porque concurre a otro barrio donde es empleado o porque sale a ganarse el peso por cuenta propia.

De este modo, se procesa un pasaje del trabajo como algo colectivo al empleo como algo privatizado e individual. Surgen entonces las dificultades para pensar el trabajo como algo colectivo. Los problemas emergentes se ven como específicos de un determinado trabajo, y no como problemas *del* trabajo. Y esto implica tanto a quienes logran acceder a empleos como a quienes no, porque, como sostiene Kathi Weeks (2020),

el trabajo es crucial no solo para quienes organizan su vida en torno a él, sino también, en una sociedad que supone que la gente

trabajo) y el de una liberación *con respecto* al trabajo (en consecuencia, liberándose del trabajo)» (Jappe, 2011, p. 140, itálicas en el original). Si bien la tradición predominante del marxismo adscribió a la primera concepción, que consideraba una centralización y un elogio del trabajo, otras corrientes, entre ellas la escuela de Frankfurt, los situacionistas y vertientes del marxismo autonomista, fueron críticos de esta perspectiva, haciendo énfasis en aspectos como la alienación y la pérdida de libertad a la que conduce el trabajo. Para una visión crítica del rol del trabajo se puede consultar el libro de Kathi Weeks (2020).

tiene que trabajar por un salario, para quienes han sido expulsados o excluidos del trabajo y han quedado marginados (p. 17).

Foto 9. Los caballos son parte del paisaje del barrio



Fuente: Foto del equipo investigador.

Si en las décadas anteriores la tendencia en el barrio se había expresado en la proletarianización de importantes segmentos de la población, a partir de los años ochenta y noventa, con el avance de políticas de corte neoliberal, comenzó a producirse un movimiento inverso de desproletarianización. Este proceso está signado por la precarización, fenómeno complejo que implica diversos factores que hacen a la reproducción de la vida: factores económicos se ensamblan complejamente a cuestiones morales y políticas.

Foto 10. Pareja de clasificadores desde la reja de entrada a nuestra casa. Los cuidados y las decoraciones de los caballos y los carros son variados



Fuente: Foto del equipo investigador.

Tras el fracaso del llamado *socialismo real*, el horizonte colectivo situó su perspectiva en la posibilidad de vivir entre distintas versiones del capitalismo —donde la mejor propuesta era una menos salvaje o más humana—, pero, sobre todo, en buscar una salida individual. En ese contexto, la emigración fue una alternativa de muchos jóvenes que buscaron más allá de las fronteras el trabajo estable que no lograban conseguir en el país, desandando el camino que sus abuelos y abuelas habían andado décadas antes. En otros casos, fue la incorporación de esos jóvenes al trabajo precario, con ingresos bajos y fluctuantes, y con pocas perspectivas de futuro.

La historia de este barrio, de estos barrios, es la historia de su transformación industrial favorecida por acontecimientos internacionales,

de su poblamiento y urbanización, de la proletarización de importantes sectores de sus pobladores, del desarrollo de la conciencia de clase, del despliegue de las luchas sindicales y sociales por mejorar las condiciones de vida de la gente, de la puesta en práctica de la sociabilidad obrera, del surgimiento de una identidad barrial que encontró en expresiones artísticas como las murgas un canal donde narrarse, y de la génesis local de una forma de vida y de una forma de entender y habitar el mundo asociadas a distintas corrientes de la izquierda (anarquistas, socialistas, comunistas). Y es también la historia del cierre de las fábricas, de la formación de cantegriles, de la precarización del trabajo, de la resistencia frente al autoritarismo, del avance del deterioro ambiental que se percibe en el aire y que silenciosamente se acumula en los cuerpos, y es, además, la historia de múltiples solidaridades barriales que emergieron una y otra vez para dar cuenta de los más perjudicados durante las últimas crisis de nuestra historia reciente, como lo son las ollas populares que surgieron tanto en la crisis de 2002²² como en la pandemia de 2020. En definitiva es, como otras, una historia de *conexiones* (Wolf, 2005): una historia ligada al devenir de la ciudad y del país, y a acontecimientos mundiales que llevaron a que esa zona fuera el locus en un determinado período de un importante desarrollo industrial para las dimensiones del país.

22 En 2002 tuvo lugar una de las mayores crisis de la historia uruguaya. Si bien su origen es multicausal, la insolvencia financiera alcanzó a una parte importante del sistema bancario y terminó con el cierre de algunas instituciones. Las consecuencias de la crisis fueron el aumento del desempleo, la emigración y el incremento de la pobreza y la marginalidad, entre otras. En Arguiñarena, Gutiérrez Nicola, Mariana Matto Urtasún y Rossal (2019b), describimos el surgimiento de los *bolseros*, personas que pasaron a vivir de la recuperación de residuos, principalmente en zonas céntricas de Montevideo, como resultado acumulado de la crisis social, el ingreso de la pasta base al país y la introducción del sistema de contenedores de residuos.

II. LA VIVIENDA

En este apartado ilustraremos, a través de una narrativa etnográfica, lo que fue el proceso de búsqueda de casa en el barrio, la llegada allí y nuestras experiencias como investigadores en cuanto cuerpos y moralidades que se ensamblan con este universo de investigación que hemos venido presentando.

Como bien nos trae Bourgois, entrevistado por Álvaro Garreaud y Darío Malventi (2006):

Hay una intensidad emocional muy fuerte en la experiencia etnográfica, los lazos afectivos tienen un papel bastante importante. Yo creo que uno se protege parcialmente a través del análisis etnográfico, pues la crisis no deja de estar allí. Me parece que toda la subjetividad y los sentimientos que implica este tipo de experiencia pasa a formar parte del análisis mismo, porque el relato antropológico es parte de un proceso de producción de subjetividad, un proceso colectivo de conocimiento. El conocimiento es parte de una producción tanto de sentido emocional como analítico, y, en la etnografía, los acontecimientos diarios superan constantemente las categorías de análisis antropológico, ya que afectan la vida y la muerte. Esta es para mí la magia de la etnografía, te enfrenta en carne propia» (p. 104).

Un sábado de agosto de 2020, iniciamos la búsqueda de vivienda para alquilar en el barrio. Era nuestra segunda recorrida, la anterior la habíamos hecho hacía menos de un año atrás, cuando estábamos trabajando en la formulación del proyecto de investigación.

En el ómnibus venían pocos pasajeros, pero poco a poco por Agraciada fue subiendo más gente (con tapabocas) y en el Paso Molino algunas personas más. Luego comenzaron a descender

con más frecuencia hasta que, cuando nos bajamos, a poco de llegar al destino, éramos menos de diez personas las que quedábamos.

Sobre las 12.30 bajamos en Pedro Giral y Alagoas. El día estaba soleado y la temperatura era bastante agradable para ser invierno.

La única visita que pudimos concertar fue con Vanesa, una vecina de Cantera del Zorro que conocimos en febrero de 2019, cuando formaba parte de un emprendimiento cooperativo. Hicimos algo de tiempo en la plaza del Centro Cívico esperando que nos contactara el mensaje y nos confirmara que estaba. Ni bien lo hizo, nos dirigimos hacia su casa.

En la plaza, un muchacho de unos veinte años tomaba mate al sol y fumaba recostado sobre la pared del Centro Cívico. Algunos niños estaban en el parque de juegos, un hombre jugaba a la pelota con dos niños en la cancha de fútbol, y en la de básquetbol no había nadie. El guardaparques de la plaza conversaba con gente que estaba sentada allí, cerca del centro. Dos muchachos jóvenes también conversaban al sol sentados cerca del edificio del centro y uno pasaba y los saludaba. El ambiente era tranquilo, cálido.

Cuando le comentamos a Vanesa sobre nuestro proyecto y nuestra intención de mudarnos al barrio, nos dijo que había una casa en alquiler frente al Centro Cívico, así que allá fuimos, pero, tras recorrer la zona buscando una casa con cartel de alquiler, no la encontramos. «Es la zona más linda del barrio, por decirlo así», dijo. Vanesa luego nos avisó que ya había sido alquilada por una familia a la que le están construyendo una casa. Alquilaron por pocos meses hasta que terminen de construir la otra, pero no podemos saber cuánto tiempo será, así que la descartamos. Nos

despedimos, recorrimos el barrio y luego fuimos a la parada del 524 para retornar. Frente al Centro Cívico hay una casa que tiene un cartel de «olla popular».

Una mujer mayor nos saludó y se sentó también a esperar el ómnibus. De pronto se escucharon cuatro detonaciones y vimos venir por Pedro Giralt, desde la esquina de Alagoas, a un hombre joven vestido con un buzo de *jogging* que parecía que traía un revólver en el bolsillo. Caminaba rápido, se lo veía nervioso. Se fue caminando rápido por Giralt hacia abajo. Dos jóvenes se le sumaron y se fueron caminando juntos. Todo pasó muy rápido. Luego la mujer que estaba en la parada nos dijo: «Tiró cuatro balazos», mientras intentábamos procesar lo que había ocurrido. Ella nos comentó que lo conocía desde chico, había sido su vecino, pero hacía años que no lo veía y que no sabía que andaba en «esas cosas». Desde una casa de enfrente salió un hombre y le gritó algo a una mujer que estaba en la plaza. Ella cruzó y se llevó a unos niños que estaban ahí. Otros niños seguían en la plaza como si nada hubiera ocurrido. Enseguida vino el 524 (Registro de campo conjunto).

BÚSQUEDA DE CASA

Para continuar la búsqueda de casa, nos juntamos para ver qué había en internet. Para comenzar la búsqueda en Mercado Libre, tuvimos primero en cuenta que el barrio no es un buen motor. El estigma de su nombre hace que los propietarios y las inmobiliarias que tengan opciones de vivienda ahí prefieran «ubicarlas» en La Teja, barrio con una identidad fuerte que no carga con el estigma de Tres Ombúes.

Buscamos una vivienda de dos dormitorios y que estuviera dentro de Tres Ombúes. Hay alguna opción que alquila solo un cuarto, varios

depósitos y algunas viviendas del complejo habitacional.²³ Decidimos no ver apartamentos, sino casas. Algunas muestran, ya en sus fotos, condiciones precarias de habitabilidad. Todas rondan entre 9.000 y 13.000 pesos mensuales, y exigen variadas garantías. Anotamos algunas opciones y mandamos mensajes de consulta para visitarlas.

Al recorrer el barrio, también nos dimos cuenta de que hay pocos carteles de casas que se alquilen. El entramado del barrio incluye algunas unidades relativamente segregadas de otras. Hay grandes complejos de viviendas hacia la zona norte del barrio; ya en sus confines, está la zona circundante a la gran plaza y el Centro Cívico, una zona indistinguible del barrio amanzanado de La Teja, con casas en estado variado, que en su mayoría siguen el patrón de producción familiar e informal de la vivienda que se ha observado en otros barrios (Di Paula y Romero, 2008).

Luego de varios intentos y visitas a casas en alquiler, encontramos una que no solo nos permitía condiciones contractuales adecuadas, sino unas condiciones generales en la construcción que parecían razonables para su inmediata habitabilidad.

A esta casa se entra por una reja que da a un espacio de cochera grande y, desde ahí, a la izquierda se encuentra la puerta al interior de la vivienda, que tiene de frente la cocina-comedor, un cuarto grande a la derecha, con una ventana hacia el frente, y otro cuarto más chico a la izquierda, con una ventana hacia el patio o cochera. Entre la cocina y el cuarto grande está el baño.

En ese patio estuvimos bastante tiempo porque la reja grande permitía ver qué y quién pasaba por la calle. Niños jugando en las veredas, jóvenes sentados en los cordones, solos o con otros, gente que camina por la calle, ya que a esa altura las veredas no son transitables.

23 En Uruguay también se le denomina *vivienda* a los apartamentos que son producto de políticas habitacionales del Estado.

Fotos 11 y 12. La entrada a nuestra casa. Por el día, desde adentro. Por la noche, desde afuera



Fuente: Foto del equipo investigador.

ALQUILAR

El alquiler de la casa costaba 12.000 pesos mensuales, lo que es sensiblemente menor al valor que tendría esa casa en otros barrios de la ciudad; incluso diríamos que es entre dos tercios y poco más de la mitad del costo de alquiler que tendría en los barrios de donde provenimos (Aguada y Reducto). Si bien la negociación fue directa con el propietario, la garantía de alquiler fue a través de una aseguradora, que nos cobró unos 11.000 pesos por darnos la garantía, con los requisitos de no estar en el Clearing,²⁴ tener un mínimo de un año de antigüedad laboral y, por el monto de alquiler exigido, tener un ingreso mensual mínimo de 40.000 pesos entre quienes habitarían la casa.²⁵

El contrato de alquiler fue de un año, que era el plazo que necesitábamos a efectos de cumplir con el tiempo del proyecto. Una dificultad que tuvimos a la hora de alquilar por la vía formal fue que tanto las inmobiliarias como los propietarios querían firmar contrato por dos años. Con estos últimos intentamos negociar, les explicamos que queríamos alquilar por un año porque éramos parte de un proyecto universitario que tenía esa duración, pero no tuvimos suerte. Así, con cierta pena, tuvimos que descartar otras opciones que nos parecían buenas.

En la última casa que fuimos a ver, aunque el contrato era por dos años, el propietario accedió a firmar por uno. Si bien no vive

24 Es una base privada de datos crediticios que revelan el grado de cumplimiento o incumplimiento de contratos comerciales, crediticios y la capacidad de pago de las personas. Dependiendo del comportamiento financiero que revela esta base, se otorgarán o no créditos y se harán o no negocios con esa persona.

25 El alquiler de la casa no fue financiado por el proyecto, sino que se pagó con los ingresos del equipo de investigación.

en el barrio, también es dueño de otras casas en la manzana, todas bajo el régimen de alquiler. Durante el tiempo en que estuvimos allí, mantuvimos bastante contacto con él y con un albañil de su confianza, dado que tuvimos varios problemas con la casa. La vivienda es una de las de aspecto más saludable de la cuadra. Sin embargo, tuvo diversos problemas, algunos particulares y otros que comparte con todo el barrio, como la humedad general, que se hizo sentir con fuerza al empezar el otoño, y los defectos de fabricación, con materiales de baja calidad.

MUDANZA

Una de las categorizaciones que se le ha atribuido a la definición de barrio es «opuesto al centro de la ciudad»:

El centro de la ciudad se concibe diferente a la categoría de barrio, categoría que se conforma alrededor de un conjunto de valores o paradigma de lo barrial. Algunos de ellos son la «tranquilidad», el carácter distintivo de lo obrero (de «gente de trabajo»), la solidaridad vecinal, la confianza y el conocimiento mutuos (lo que llamamos *relacionalidad*), la pobreza como rasgo reivindicativo de tipo moral, etcétera (Gravano, 1995, p. 55).

Para uno de los fleteros que contratamos para la mudanza, el barrio La Teja supone una fuerte relación con la historia de su padre, ya fallecido, hinchado de Progreso y cuyas cenizas fueron esparcidas en el estadio de ese club. Para otro, parte de una empresa de mudanzas, ese barrio «es complicado», pero también explicita que en realidad «está en todos lados así», refiriéndose a la inseguridad.

La muerte de Tabaré Vázquez, que a la que referimos en un siguiente apartado, provocó un aplauso en la noche del domingo.

Oímos algunos ruidos y salimos. Nos juntamos con gente que había en el comité del Frente Amplio que está en la cuadra de enfrente. Después fuimos hasta la esquina, donde encontramos a una mujer que estaba aplaudiendo con tres niños: una de unos 11 años y otros dos de entre tres y cuatro.

Las bengalas se veían en el cielo y se escuchaban algunas bocinas. Mucha gente del barrio se había ido al Club Progreso, donde el expresidente era ovacionado.

Nos acercamos a la mujer e iniciamos una conversación:

—¿Son nuevos acá? —nos pregunta.

—Sí, nos mudamos ayer.

—¿Y de dónde vienen?

—De la Aguada y Reducto.

—¿Y hasta acá se vinieron, teniendo todo a la mano ahí?

—¿Qué a la mano?

—Se vinieron acá, que está bravo, lleno de tiros.

—¿Hay tiroteos acá?

—Sí, bueno, alguno hay.

—¿Y qué es acá? ¿Tres Ombúes?

—Noo, acá es La Teja.

La niña interrumpe la charla y dice que no, que donde estamos es Tres Ombúes, que el límite es Zubillaga. La mujer no dice nada. Luego nos cuenta que hace treinta años que vive acá, que tiene cuarenta, que sus primeros diez años los vivió en Los Bulevares y que era más tranquilo allí.

Ella nos deja entrever una percepción del barrio como «complicado», en línea con lo que nos había dicho uno de los fleteros durante la mudanza, poniendo énfasis en los tiroteos que a veces se escuchaban. Luego, viviendo ahí, los vecinos nos dicen que los tiros vienen «del lado de la Cachimba», lo cual no es fácil de constatar. A

veces escuchamos un tiro perdido, pero otras veces son verdaderas ráfagas, «esa es una Glock, son las mismas que usa la Policía, no sabés cómo escupe balas», nos dijo un vecino una vez que escuchamos juntos un tiroteo. Los tiros no son cosa de todos los días, pero son una realidad angustiante. Principalmente son en la madrugada. Algunas veces, al otro día buscamos en las noticias si había personas heridas o muertas, pero en la prensa no había publicado nada. La información, más que nada, circulaba por los propios vecinos, que nos contaban que habían herido a alguien a unas cuadras de ahí, pero la mayor parte de las veces no nos enterábamos de cuál era el motivo de esos disparos ni su resultado. Tampoco los vecinos lo sabían, incluso nos decían que no habían escuchado nada. A nosotros mismos nos pasaba que uno los había escuchado de madrugada y el otro no.

Estamos a tres cuadras de la Cachimba, pero la distancia con ese asentamiento parece que fuera mayor. La distancia es más simbólica que física. Algunas actividades delictivas que ocurren en el barrio se atribuyen al asentamiento: «Andan rapiñando en moto, son los del cante». También conocimos vecinos que habían nacido o que tenían familiares viviendo allí. Además del intercambio de objetos que se dan en la Cachimba y Cantera: materiales de construcción, animales, posibilidad de vivienda en momentos de conflicto o ruptura de pareja, y el mercado de las drogas, que está presente en todo el barrio, pero que tiene mayor densidad en los asentamientos.

Definidos mediáticamente como «lugares de malvivir» o «refugio de delincuentes» (estigma con el que cargan estos espacios desde su surgimiento, en los años cuarenta), los cantes son conjuntos de viviendas muy precarias en zonas marginalizadas de la ciudad (Rossal, 2013).

III. LA EXPERIENCIA DEL DELITO

ENTRAR AL CAMPO

Existió cierta complejidad al identificar los fenómenos que pautaron la entrada al campo de esta investigación etnográfica. Complejidad como parte de un entramado que tiene su debate antropológico y que nos plantea diversas interrogantes sobre cuándo se entra al campo, qué significa en el marco de la investigación —con el agregado de las limitaciones de hacer etnografía en contexto de pandemia—, así como la metodología etnográfica como proceso y texto para la comprensión de las relaciones en un barrio popular.

Nos mudamos al barrio un sábado de los primeros días de diciembre de 2020. Un día después falleció Tabaré Vázquez, expresidente de la república de dos gobiernos del Frente Amplio, coalición de partidos de izquierda fundada en 1971, que en 2004 obtenía su primera victoria electoral, rompiendo la alternancia en el gobierno de los dos partidos tradicionales del país: el Partido Nacional y el Partido Colorado. Además de la relevancia política de Vázquez, en el barrio esta muerte tuvo implicancias importantes: nacido en La Teja, había sido fundador del Club Arbolito y presidente del Club Atlético Progreso cuando llegó a ser campeón uruguayo de fútbol en 1989, a la vez que mantuvo una fuerte presencia militante allí, por lo que su muerte provocó una gran conmoción barrial y vecinal. Banderas del Frente Amplio comenzaron a verse desde el domingo temprano en nuestra cuadra, también vimos gente arrimarse a los comités del barrio y una multitud que llegaba en caravana para el entierro en el cementerio de La Teja, a 12 cuadras de nuestra casa.

*Fotos 13 y 14. Entierro de Tabaré Vázquez
en el cementerio de La Teja*



Fuente: Foto del equipo investigador.

A las 21 horas, se escucharon bombas desde la plaza Lafone y vecinos salieron de sus casas a aplaudir. La pandemia no permitiría muchas más formas de manifestarse que el aplauso en la vereda.²⁶

Este primer acontecimiento en el barrio fue muy importante: La Teja volvió a la escena nacional por medio de su vecino más renombrado, pero el contexto de pandemia redujo las posibilidades de encuentro personal con nuestros potenciales interlocutores.

Pero fue otro acontecimiento, el robo a la casa de una vecina, el que puede ser considerado como aquello que nos presentó al barrio como vecinos, lo que inauguró nuevos lazos, más fuertes y duraderos. Claro que desde que llegamos al barrio habíamos tenido ciertos encuentros aleatorios con algunas vecinas y vecinos que comenzamos a ver seguido y a saber dónde vivían, pero la oportunidad de reflexionar junto a ellos sobre un acontecimiento en tanto evento que se sale de la rutina, que marca un hito en los sujetos y del cual devienen variadas interpretaciones, versiones y relatos, además de una objetivación con nosotros como etnógrafos y vecinos, nos la ofreció el robo a la casa de una vecina.

Consideramos entonces el *estar ahí* no solo como una vivencia física que pasa por el cuerpo del etnógrafo, sino que se hace etnografía si este está poniendo en relación lo que vive y experimenta en el campo con las complejas redes en las que se encuentran él y sus interlocutores.

26 Los aplausos y los caceroles (golpear una cacerola con algo, haciendo mucho ruido) se convirtieron en formas de expresar apoyos y descontentos durante la pandemia, momento en el que estaba restringida la circulación en lugares públicos, lo que impedía manifestarse de la forma tradicional.

ROBO Y ENTRADA AL CAMPO

El robo como acontecimiento permitió conocer personas y una red de relaciones en la cuadra, cosa que no sucedió el día de la mudanza porque no inauguró vínculos en el lugar. Fue este hecho lo que permitió la salida a la calle y la entrada al barrio, y, con ello, al campo.

Eran las 11 de la mañana del lunes. La noche había sido rara: había escuchado algunos ruidos, pero rápidamente terminaron. Cuando me levanto, me encuentro a Gonzalo en la cocina, que me comenta que anoche escuchó muchos ruidos, como pasos en el techo y en la casa de al lado. Le comento que yo también, pero que no habían sido muchos de mi lado. Enseguida, escucho que alguien me llama desde la reja:

—¡Vecina!

Veo a alguien de refilón en la reja del lado de afuera. Es una mujer. Salgo.

Me pregunta si tengo el número de quien alquila estas casas, porque le robaron a Lola, la vecina de al lado. Le levantaron la puerta y ella está afuera y no contesta el celular, y hay que ver si el dueño puede arreglar la puerta, porque le van a seguir entrando y robando. La vecina cuenta que volvía recién de hacer mandados y vio cómo un hombre quería entrar de nuevo «¡en pleno día!» y ella lo corrió. Hay que ver cómo cerrar esa casa hasta que Lola vuelva. Todo me lo cuenta rápido, como si quisiera concentrar en estos pequeños minutos todo lo que había pasado, todas las soluciones posibles y todas las justificaciones para venir a golpear nuestra puerta.

Le digo que sí, que tengo el número, que me comunico, claro. Mientras hablamos, vamos, casi sin saberlo, hasta la casa de Lola. La puerta está levantada por la parte de abajo, como una pollera que se levanta con el viento. Con una palanca levantaron, además, una gran parte del marco que sostiene la puerta de metal, y picaron un costado de la pared que la enmarca. No se ve demasiado para adentro, pero la vecina me dice que seguramente le robaron el televisor y el microondas, que Lola está afuera, que se fue por varios días, que ella se dio cuenta hace poco de que ya le habían robado una ropa que había dejado colgada, que «pobre, es retrabajadora», hacen feria juntas y ella le ha dicho varias veces que se mude al apartamentito más chiquito de atrás porque «es sola» y los hijos vienen cada tanto, pero no mucho, pero que Lola no se quiere mudar porque tiene estufa a leña.

La vecina me dice que el barrio es tranquilo, que ella vive acá de toda la vida, que «no te digo que no me han robado, porque, sí, me han robado», pero esto así no. Pasa que Lola se fue muchos días y en la vuelta anda un pibe que roba «porque está pasado».

Nos empezamos a ir de la puerta de la casa de Lola y nos acercamos a la mía: le digo que me comunico con el dueño a ver qué se puede hacer y que si quiere darme su número. Me lo da y de paso le pregunto por su nombre y la vecina pasa a ser Sandra, con su número agendado en mi teléfono (Diario de María Noel).

El robo, en tanto evento fuera de la cotidianeidad, se hace público, se vuelve un hecho barrial desde el que emergen diversas interpretaciones y versiones. Al pasar a esa esfera de lo público, se hace un acontecimiento de todos, del que todos fuimos partícipes como integrantes de este territorio.

En el trabajo etnográfico no solo es estar ahí, sino que se trata de estar ahí en la máxima expresión que dos antropólogos pueden estar: objetivando, poniendo en relación las distintas versiones del hecho, aprendiendo de lo que dicen los vecinos y las vecinas al respecto, pero además siendo parte del barrio: ese día nos volvimos una parte del acontecimiento, nos volvimos un canal de comunicación entre Lola y el dueño de la casa, y el hermano de Lola, Sandra y Pablo: nos volvimos vecinos.

Mientras estoy conversando con tres vecinas en la vereda, se acerca Lola, la vecina a la que robaron. Ella dice que «no sabía que el barrio era así» cuando se mudó, de haberlo sabido, no se hubiese mudado. Cuando le responden, noto que las tres vecinas se sienten ofendidas por la forma en que se refiere al barrio, y necesitan relativizar sus palabras, aunque lo hacen con cuidado porque entienden que Lola se siente afectada por lo que acaba de sucederle.

Esther le responde que los vecinos son «buenas personas», que «hay algunos que desentonan, pero la mayoría es gente de trabajo», que en todos lados está brava la situación y que lo que le pasó a ella no es algo que pase con frecuencia en la cuadra.

Otra de las vecinas recuerda que una vez le quisieron robar, habían amontonado cosas en el patio, pero ellos justo llegaron y no se las pudieron llevar; pero eso pasó una vez y vive ahí desde hace varias décadas.

Luego hablan de Lucas, el muchacho que algunos señalan como el posible autor del robo. Esther dice que conoce a la familia de toda la vida, que fue a la escuela con el padre del muchacho y que lo ha visto deteriorarse. La otra vecina dice que ya ni quiere pasar

por la esquina porque cada vez que pasa le pide plata. La otra le responde que cuando le pide a ella le contesta: «Salí de acá». Él le dice: «No me hable así, tía». Pero Esther ya perdió la paciencia con él, dice que «si lo veo en la vereda, lo saco cagando». Mabel se suma diciendo que ella haría lo mismo, aunque ninguna de ellas tuvo problemas con él, solamente lo ven todos los días en la vuelta o se enteran de cosas que hace.

Lola nos dice que habló con la madre, que habló con otros consumidores de pasta. Les dijo que no quiere que el problema pase a mayores. Pero nada surtió efecto.

En sus relatos se nota que han perdido la paciencia con Lucas, lo conocen desde chico y han ido viendo su trayectoria, saben que es difícil que el muchacho cambie, mientras tanto, no es mucho lo que pueden hacer más que evitarlo.

Por otra parte, Mabel le dice a Lola que no debió dejar la ropa colgada tantos días, que así se dieron cuenta de que no había nadie en la casa. Lo que Mabel le dice es algo que varios vecinos comentaron luego del robo. Lola, que ahora es la ofendida, dice que ella trabaja, que igual se dan cuenta de que no hay nadie porque «están vigilando todo el día» (Diario de campo de Gonzalo).

A diferencia de la vecina que nos cruzamos en la calle la noche del aplauso a Tabaré Vázquez, quien de entrada nos dijo que el barrio era «complicado», estas vecinas más veteranas, si bien comentaban y reconocían lo mismo entre ellas, también sentían la necesidad de relativizarlo frente a personas que no eran originarias de ahí, como era el caso de Lola. Así pudimos ver que muchos de los problemas se atribuían a Lucas y a «unos pocos» que están severamente afectados por el consumo de pasta base. Una vez, mientras caminábamos,

vimos a una mujer joven increpar a Lucas en plena calle, le preguntaba por algo que supuestamente había robado, y este respondió: «[De] todo me echan la culpa a mí».

También las vecinas relativizaban el hecho, dejando entrever un comportamiento «incauto» de Lola al dejar la casa sola y la ropa colgada. De este modo, la forma en que se producen, pero sobre todo en cómo se procesan determinados hechos y en lo que los vecinos y las vecinas dicen en torno a ello nos revela mucho del barrio, pero también de las distintas formas de ver las cosas.

En nuestro proceso etnográfico, nuestros vecinos-interlocutores construyen narrativas en torno al barrio en el barrio mismo. Esto se convierte en una gran fortaleza de la etnografía, ya que permite elucidar de forma constante las variaciones del campo-territorio y de pertenencia en tanto la propia narrativa en el propio lugar, además de ser parte del entramado barrial de (des)confianza que se adquiere en la rutina diaria barrial.

Lo anterior se profundizó por una cuestión temporal: nos mudamos antes del comienzo del verano, lo que hace que la gente pase más tiempo afuera y nosotros, también. Respecto a esto, una cuestión importante es que nuestra casa tiene la entrada por una cochera donde estamos en varios momentos del día y podemos vincularnos con lo que pasa en la calle observando o forjando vínculos desde el saludo vecinal.

TECHO

El techo de nuestra casa es de chapa, eso permite una vía de comunicación con el exterior a partir de los ruidos. Con los días pudimos identificar el origen de los distintos sonidos, ya fueran de los picos de los pájaros que al amanecer comen los insectos o las semillas que caen, de las corridas cortas de gatos que hemos visto deambular por

las azoteas y hacen de los techos su coto de caza de roedores (que también hemos visto), de las gotas de lluvia que, a juzgar por el ruido que hacen al repiquetear la chapa, parecen de mayor entidad de lo que es afuera. Pero, luego de un tiempo, identificamos los ruidos de pisadas humanas en el techo y al otro día comprobamos que nos habían robado dos sillas plegables que teníamos en la cochera. Alguien trepó por el techo, bajó a nuestro fondo y sacó las sillas a través de la reja del frente.

De mañana fui al almacén y al regresar a la casa estaba María Noel en una reunión por Zoom. Me abrí un yogur, me fui a sentar afuera y ahí vi que no estaban las sillas. Eso significa que anoche alguien subió al techo y saltó a nuestro patio. Luego vimos que también se llevó el jabón líquido de lavar ropa que estaba sin abrir. Revisamos si se habían llevado algo más, pero nos pareció que no.

Tal vez otras veces ya habían entrado, cuando la casa estaba en refacción y no se quedaba nadie de noche; es probable que hayan escalado por los techos y ya conozcan nuestro patio. El albañil nos había contado que, cuando estaban reparando la casa, a ellos les robaron un alargue que habían dejado colocado; nos dijo que lo habían robado desde afuera y no entendía cómo habían hecho para destornillarlo, pero ahora me doy cuenta de que es probable que lo hayan robado desde adentro.

También es probable que otras veces hayan ingresado a nuestro patio con nosotros adentro de la casa. La pinza que no encuentro por ningún lado tal vez quedó en el patio y se la llevaron. Y es posible que nos falten otras cosas menores, incluso ropa, y no nos hayamos dado cuenta (Diario de campo de Gonzalo).

Luego de ese episodio, que esta vez nos ubicó a nosotros como «incautos», no dejamos nada afuera. Pero también nos dimos cuenta de que nuestro techo era transitado con asiduidad. Una vecina nos dijo que había visto a alguien en su techo, y a partir de ahí habló con el dueño de la casa para que colocara alambres de púas.

El robo nos llevó a sentir lo que sienten otros vecinos, y de este modo también sentirnos vecinos, y a la vez darnos cuenta de que habíamos sido imprudentes al dejar cosas en el patio.

La cuestión del robo nos hizo replantearnos algunas cosas. Lo primero fue tomar algunas precauciones para que no nos robaran de nuevo. Siempre tiene que estar al menos uno de los dos en la casa. Si estamos en los cuartos o en la ducha, hay que cerrar la puerta de la casa con llave. El problema parece ser más bien durante la noche, pero no está de más tomar algunos recaudos durante el día. No dejar cosas afuera, lo que se pueda entrar hay que entrarlo. Tampoco, durante el día, hay que dejar cosas que se puedan ver desde la vereda (Diario de campo de Gonzalo).

Si bien nos pareció que se trataba de personas que intentaban encontrar algo rápido y fácil para vender en la *boca*,²⁷ sin buscar otros problemas, entendimos que era prudente tomar esas precauciones para evitar males mayores. También nos replanteamos lo que considerábamos objetos que podían ser robados: botellas retornables, macetas, una manguera, distintas cosas que dejábamos en el patio podían justificar que alguien quisiera entrar a llevárselos.

Es así que se comprende cómo se van delineando determinados comportamientos defensivos de los vecinos, como no dejar nunca la casa sola, y cómo también se van delineando las fachadas y los

27 Expendio de drogas ilícitas, en general, casas de familia.

contrafrentes de las casas para evitar que se ingrese o que se vea desde afuera. En un contexto donde casi cualquier objeto es pasible de intercambiarse por droga, casi todo puede llamar la atención de un consumidor.

Así, el comportamiento de Esther, que echa a Lucas cuando lo ve cerca de su casa, es porque ella entiende que Lucas anda todo el tiempo mirando qué robar. A veces, incluso, cuando pasan otros consumidores, ella les sostiene la mirada y ellos miran para otro lado. Se conocen desde hace años y ella sabe en qué andan, por eso no alcanza con cerrar la puerta de su casa, también con esa mirada les está diciendo que se vayan de la cuadra, que no roben ahí. Y ellos saben que ella sabe, y entonces siguen hasta la otra cuadra, o hasta la otra, y así van, hasta que encuentran a algún «incauto».

La reacción de estos jóvenes ante la mirada de una vecina —no de cualquier vecina, sino de una que los vio crecer— nos muestra que, al contrario de discursos que subrayan la «falta de códigos» y de «valores» de algunos jóvenes, hay una moral que sostener. No es solo que intenten disimular lo que están haciendo, intentan disimular en lo que se convirtieron, y eso solo puede ser porque hay una moral que les dice que están haciendo algo que no está bien.

Por otra parte, en algún sentido, el robo que sufrimos nos hizo salir de una cierta inocencia a un costo bajo, porque el costo de las sillas no nos significaba gran cosa. El tema era que hasta ese momento sentíamos que teníamos un espacio privado en nuestra casa, donde podíamos bajar la guardia, desconectarnos de lo que sucedía afuera. La reja del frente nos transmitía esa seguridad. Pero los pasos en el techo, que cada tanto escuchábamos, nos recordaban que estábamos en un barrio donde los fondos de las casas se comunican, donde es fácil acceder a los techos y donde las noches son una oportunidad para que algunos asuman el riesgo de obtener aquel objeto que pueda garantizar una dosis. Y sobre todo que, al estar viviendo ahí, nuestro campo etnográfico también seguía por las noches.

NIÑO

Es una mañana fría de otoño y jugamos con Agustín en el patio de casa a pasarnos la pelota. Agus es un niño atento, sobrino de Damián, un vecino del barrio. El sol nos pega en la cara y hablamos mientras la pelota va y viene desde nuestros pies. Tomamos mate cada tanto y conversamos de fútbol cuando veo su mano que toca la pelota para bajarla a sus pies: «Esa manito es para roja directa», le digo bromeando. Veo otra mano que pasa sutilmente cuando la pelota pasa por encima de su cuerpo aún en crecimiento y yo pienso que es muy sutil: «La tiró tan, tan sutil que hay que ir al VAR», le comento a su tío, que me mira y me dice: «Este no sabés lo que es». No es la primera vez que Damián remarca lo bien que juega Agus al fútbol. Aunque ahora no está pudiendo ir a la escuela y tampoco va a ningún cuadro a jugar, va a la cancha de la esquina, donde juega con otros amigos del barrio.

Aunque los espacios de la práctica del fútbol sigan siendo mayoritariamente masculinos, hay una creciente normalización de que las mujeres podamos también jugarlo y hablar sobre el deporte a la par que los varones. Lo noto en Agustín cuando me cuenta de una amiga suya con la que juega habitualmente al fútbol en el barrio, y también cuando no toma ningún discurso reactivo a que sea yo, mujer, quien lo acompañe a jugar en nuestro patio. No hace tantos años, en la década de los noventa, cuando yo hice la escuela, la niña que jugaba al fútbol era considerada «machona», por ser un deporte cuya exclusividad masculina refiere a lo «macho» que se debe ser al jugarlo: tener fuerza, valor y correr riesgos no aptos para «el sexo débil», que debe no solo mantener su feminidad para su hipersexualización, sino también su moral de madre en potencia (Castelli, 2015; Garton e Hijós, 2018).

Al rato nos sentamos y Agus me dice que lo que quisiera es irse para otro país, jugar al fútbol y ser millonario, tener mucha plata.

Damián agregó que en ese caso le gustaría que le comprara tremenda casa. Pero a Agus lo rodea la pobreza en sus expresiones más violentas. La falta de todo: desde las medias que no tiene hasta los remedios para una enfermedad resistente que está cursando. Sus referencias masculinas exageran las configuraciones morales exclusivas de los varones, y las mujeres de su familia tienen un relato de la masculinidad que se debe seguir. En una conversación entre Agustín, Damián y su pareja, esta le dice al niño en reiterados momentos que es un «marica» por tenerle miedo a la oscuridad. Asimismo, en esta masculinidad que se le exige a Agus desde la valentía, también se le exige desde la conformación de su moralidad proveedora.

Foto 14. Niño jugando a la pelota en el patio de nuestra casa



Fuente: Foto del equipo investigador.

Uno de sus hermanos adolescentes hizo «una movida» hace poco que si salía bien, «dejaba parada a toda la familia». Pero no sucede eso: lo que se ganan son unos pesos para comprarse ropa, unos championes, comer bien y gustoso un par de días, y no mucho más. Sí puede ganarse un relato, una forma inmediata de proveerse ante

esa falta de todo. Y también un prestigio de masculinidad basado en el honor y la valentía.

Una noche de sábado voy al almacén y Damián se ofrece a acompañarme. Me cuenta que Agustín estaba insoportable pidiendo plata para comprarse figuritas para el álbum de la Copa América y que él le dijo que «si no hay plata, no hay», que no va a salir a robar por plata. Estaba su hermano adolescente y le dice que sí, que si no hay plata, hay que salir a robar. Discuten. Damián se enoja por la imagen que le está dando al niño y le dice que, como hermano, debe darle «buenos ejemplos» (Registro de campo de María Noel).

¿Cómo es el paso de la niñez a la adolescencia y la juventud entre los más pobres de las clases populares? Para los varones, puede estar acompañado de cierta conformación de violencia y de «*habitus furi-bundo*» (Bourgois *et al.*, 2013): saber andar la calle, saber defenderse de otros, insertarse rápidamente en mercados informales y desprotegidos.

En estas construcciones de masculinidad con un fuerte capital de violencia,

la importancia fundamental de los ingresos de la venta de drogas y el aprecio por el capital cultural de la violencia generan una dinámica de violencia simbólica [...] que equipara la dignidad masculina con la avidez por absorber los riesgos que debiera asumir un bichote en defensa de su monopolio sobre su punto de drogas (Bourgois *et al.*, 2013, p. 215).

En el siguiente relato podemos ver cómo «el capital de violencia se torna útil» porque es valorado en vínculos de familia, amigos y porque sirve para saber cómo andar en espacios de violencias, pero también podemos ver cómo se vuelve destructivo físicamente, sobre todo para los varones (Bourgois *et al.*, 2013).

PIBE

Al poco tiempo de mudarnos al barrio, comenzamos a saludarnos con el Pibe: un muchacho flaco de no más de 20 años, que muchas veces vemos en una esquina solo. A la vuelta, sin embargo, hay con frecuencia unos cuatro o cinco jóvenes charlando y casi siempre hay algún auto. Los hemos visto subirse e irse en él. Pero al Pibe lo vemos siempre solo, sentado en la entrada de su casa o caminando por la calle. Siempre saluda.

—¿Cómo andás? —le digo.

—Bien, ¿y usted? —me responde.

El *usted* sugiere un *señora*.

Desde entonces nos saludamos siempre en forma afectuosa. De un momento para otro, lo dejamos de ver y luego nos enteramos de que al Pibe lo habían baleado y estaba internado. Si lograba salir, sería en silla de ruedas porque ya no podría caminar. El relato que nos hace un vecino del hecho es complejo y, aunque para él es reprochable que haya sido en un contexto de delito, asegura que «eso no se le desea a nadie».

Una negociación no llegó a buen puerto y recibió tiros en su cuerpo. La construcción como hombre joven en ciertos contextos se produce con la acumulación de valor (en el sentido de osadía y de utilidad). En cuanto productores de riqueza, el Pibe y sus compañeros tienen valor en sí mismos: sus cuerpos son útiles en tanto sean cuerpos jóvenes.²⁸

28 Los delitos violentos contra la propiedad son cometidos, en su gran mayoría, por varones jóvenes (Kerouglan, Ramírez y Suárez, 2019).

Pero hay otras formas de producir valor con el cuerpo: la profesora en el gimnasio del barrio lo hace y la muchacha que nos corta el pasto, también. Otro vecino, Pablo, produce un valor distinto, sumido en el ser hombre, no joven y usuario de pasta base: su cuerpo debe, es una carga castigable.

Dos días después vemos que pusieron un comercio en la esquina donde habitualmente veíamos al Pibe y a los muchachos con autos que se juntaban allí. Es un establecimiento aún sin nombre. Dos carteles anuncian que estará abierto 24 horas. Nos cuenta una vecina que lo pusieron las hermanas y la madre del Pibe, para ver si podían «sacarlo del delito» y dejar de tener vínculos con el mercado de las drogas.

De este modo, vemos cómo son las mujeres las que actúan para restaurar las consecuencias del despliegue de ese *habitus* furibundo, las que cuidan y reorganizan la vida del Pibe ante esta nueva realidad que debe afrontar. El despliegue de este cuidado también tiene un fuerte componente moral.

Vemos cómo el paisaje del barrio, también construido de las formas de provisión de las personas, va cambiando. Hace poco trajeron al Pibe de nuevo a su casa y lo vemos pasar. Ahora va en una silla de ruedas, donde se oculta, pero en la que se puede distinguir su gorrito.

IV. GANARSE LA VIDA

En este apartado veremos algunas de las formas que tienen las personas de generar ingresos para sustentarse día a día en el barrio. En el sentido de Perelman (2021), hacemos énfasis en las formas de ganarse la vida antes que en el trabajo y lo económico, considerando esto último en un sentido amplio; allí están en juego valoraciones y moralidades de los sujetos insertos en tramas de significado. Durante el tiempo de la investigación, observamos varias formas de conseguir ingresos que resultan excluyentes de trabajos formales, que originan, entre otros efectos, el paso por «economías subterráneas» (Bourgois, 2010).

Desde el patio y por la reja vemos pasar gente que vive sus vidas: pasa un hombre con un carrito de supermercado lleno de cosas, pasan dos jóvenes con una máquina de cortar pasto, pasan adolescentes en grupos de tres o cuatro amigas, pasan niños, pasa un hombre con una niña en un monopatín eléctrico que viene tocando una bocina muy fuerte, pasa un muchacho en una bicicleta, pasan varias personas en moto, pasa algún taxi libre y otro que no, pasan autos modernos y antiguos, pasa un *delivery*, pasa un hombre en una patineta.

Veremos, a través de varias trayectorias, cómo se transitan formas legales e ilegales de conseguir dinero (estas últimas son más excepciones que actividades diarias). Sin embargo, esa posibilidad de recurrir a formas de «delito *amateur*» (Kessler, 2006) o «delito precario» (Fraiman y Viscardi, 2014) muestra la ambigua legitimidad de cometer delitos para cumplir con deseos y necesidades, y esto va más allá del uso de drogas o actividades motivadas por el consumo de bienes más o menos básicos. Pero este delito precario, que *a priori* parecería ser lo contrario del crimen organizado que supone la participación en la cadena productiva de las drogas ilícitas, está en la base del mercado de las drogas: buena parte de quienes son formalizados y privados de libertad participan del mercado de drogas

ilícitas como clientes, como vendedores, como intermediarios. Entre las personas privadas de libertad, más de un tercio de los varones lo están por delitos que implican, de una forma u otra, las drogas ilícitas, y las mujeres tienen una participación creciente en dicho mercado (Keuroglan, Ramírez y Suárez, 2019). Es decir, es claro que ni la pasta base ni la «pérdida de valores» explican el aumento del delito, como diría cierto sentido común, pero sí resulta significativa la asociación de: i) precariedades laborales; ii) la existencia de un mercado próspero, ilegalizado por las leyes inspiradas en el prohibicionismo, que proporciona mercancías que son objetos de deseo para muchos consumidores; iii) una masculinidad anclada en los valores más tradicionales del varón proveedor y dotada de un *habitus* furibundo, y iv) el vínculo creciente de muchas personas con el sistema penal y el trato habitual con formas delictivas de provisión.

Gabriel Kessler (2006) plantea el paso de una lógica del trabajador a una lógica del proveedor que habilita estos delitos. Ricardo Fraiman y Rossal (2009) plantean una moralidad de la provisión que es, principalmente, masculina y no se opone a la moralidad del trabajo. Bourgois (2010) habla de «subjetividades lumpenizadas» y, directamente, de una «lumpenización» (Bourgois, 2010) de vastos sectores de las clases populares que encuentran en el mercado de las drogas la oportunidad para proveerse, impactando en las moralidades de los sujetos y sus comunidades. De esta forma, el complejo prohibicionista (Rossal, 2018b) que justifica y lleva adelante la guerra contra las drogas provoca la expansión criminal de delitos muy violentos en buena parte del planeta. Se trata de una economía que reproduce formas de acumulación violentas en toda su cadena productiva, así como vínculos que lumpenizarían a empresarios, agentes estatales, pequeños emprendedores del narcomenudeo y usuarios que participan del mercado de drogas, en especial de la cocaína y la pasta base de cocaína. Está claro que a esa lumpenburguesía, sobre la que ha escrito André Gunder Frank (1973), no le sería difícil participar de la

trama que incluye transporte de drogas, acumulación, exportación, coimas a autoridades estatales que, como ha mostrado Michel Misse (2005), detentan «mercancías políticas» que facilitan el flujo de las mercancías ilegales por el territorio de los Estados. Si usamos esta categoría nativa de las clases populares, todos los agentes de esta cadena comercial se lumpenizan, pero por efectos del prejuicio solo puede verse como lumpen al andrajoso usuario de drogas o al pequeño «emprendedor» local que se las vende, ya que, como fue dicho, en Uruguay *lumpen* es tan estigmatizante como *pichi*, en lo que se muestra como un éxito paradójico de la contrahegemonía marxista desarrollada en Uruguay desde la primera mitad del siglo xx.²⁹

29 Karl Marx y Friedrich Engels introducen el concepto de lumpenproletariado en *La ideología alemana* y en el *Manifiesto del Partido Comunista*, en cuya edición en inglés aparece traducido como «la clase peligrosa». En ambos casos discuten con autores anarquistas, como Max Stirner y luego con Mijaíl Bakunin, ya que estos consideraban a ese sector marginado de la sociedad como una clase revolucionaria. Por el contrario, Marx y Engels lo veían como un instrumento de la reacción y, por tanto, contrario a los intereses históricos de la clase obrera. El término luego fue retomado en obras como *La lucha de clases en Francia* y *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, donde Marx y Engels señalan el papel reaccionario que jugó el lumpenproletariado al brindar su apoyo a la dictadura de Luis Bonaparte, conformando milicias para combatir a trabajadores e intelectuales radicales (Barrow, 2020).

Desde la óptica de Marx y Engels, si bien el lumpenproletariado tuvo un papel reaccionario durante las revoluciones del siglo xix, el desarrollo de la industrialización iba a derivar en la consolidación de dos clases antagónicas, la burguesía y el proletariado, y en la consiguiente desaparición de las demás clases sociales, entre ellas el lumpenproletariado. Esta fue, con matices, la visión que prosperó dentro del marxismo durante gran parte del siglo xx. A partir de la década del sesenta, las revoluciones anticoloniales del denominado Tercer Mundo y el alzamiento de minorías dentro de los países desarrollados propiciaron el surgimiento de sujetos revolucionarios, como el movimiento afro, indígena y otros, que cuestionaron

En general, las políticas progresistas en el gobierno desarrollaron un discurso contrario a la estigmatización de los más pobres. De todas formas, este no es un asunto totalmente resuelto en la izquierda política: el exministro del Interior Eduardo Bonomi³⁰ (Tagliaferro, 2016) utilizó el término *lumpen* para referirse a la «mentalidad de delincuente»:

Nos dicen «esos muchachos son consecuencia de un problema social», ¡claro que lo son! Y yo vengo combatiendo ese problema social desde los 18 años, pero hay consecuencias que no se pueden tolerar. Yo leí sobre el burgués y el proletario, y leí que también existe el lumpen. Y leí que el lumpen es enemigo de la revolución. Y es enemigo de la gente también.

Efectivamente, la lectura marxista del exministro le permite ejercer sin culpa la autoridad para proteger a los verdaderos trabajadores de los lúmpenes. Para teorías más contemporáneas de la vulnerabilidad, la precariedad o «los derechos» (Fonseca y Cardarello, 2005), esta visión nativa uruguaya de inspiración marxista del lumpen es inadmisibles. Es que si el lumpen es «enemigo de la gente», el exministro

el lugar del proletariado como única vanguardia revolucionaria. En 1961, tras la publicación de *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon, resurge la discusión en torno al potencial revolucionario del lumpenproletariado. Para saber más sobre esta discusión que Clyde Barrow denomina «el problema del lumpenproletariado», véase Barrow (2020), también Fanon (1983) y Peter Worsley (1972).

30 Eduardo Bonomi (1948-2022) fue ministro durante los tres gobiernos del Frente Amplio: en el período 2005-2010 fue ministro de Trabajo y Seguridad Social, y en los dos períodos que van de 2010 a 2020 fue ministro del Interior. Su actividad política comenzó de forma clandestina en el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, por lo cual fue detenido en 1972 y liberado en 1985, tras la apertura democrática. Falleció en febrero de 2022, cuando se desempeñaba como senador por el Frente Amplio.

asume que hay en nuestra sociedad seres humanos que no son gente. Y, para entender la complejidad de este fenómeno, la relativización comprensiva que ofrece la etnografía es central: el joven que disparó un arma en la plaza Tres Ombúes sería un lumpen, claramente incurrir en prácticas «enemigas» de la gente, pero también es hijo de una familia, con parientes queridos, fue un niño que jugó con hijos de otros vecinos muy pocos años atrás, pero además es un joven con sus derechos vulnerados desde su nacimiento. En el barrio estas cosas se visualizan desde esa complejidad que permite la proximidad, pero, cuando las acciones son del orden de lo intolerable (ciertos crímenes sexuales, secuestros extorsivos, etc.), sí llegamos a la posibilidad de que se trate de un sujeto «matable», un «enemigo de la gente» al que se puede linchar o incendiarle la casa, pero no ocurre esto con otros delitos, como los vinculados a la propiedad, al mercado de las drogas o a la violencia interpersonal, que bajo ciertas circunstancias pueden resultar comprensibles, tolerables o, incluso, legítimos. Al igual que entre las clases altas, en las que, para muchos sujetos, podría resultar tolerable defraudar al fisco o evadir impuestos, aunque para ganar más dinero algunos grandes empresarios y profesionales brinden asistencia al narcotráfico o directamente participen del transporte, almacenamiento y exportación de, básicamente, cocaína, como es el caso de los denominados *narco sojeros*.³¹

En la citada entrevista, Bonomi también refiere a la legitimidad del robo mediante un ejemplo muy claro:

Yo salí en libertad en marzo del 85. El 17 de mayo empecé a trabajar en una planta pesquera y una de las primeras discusiones que tuvimos en el sindicato fue qué debía defender el sindicato.

31 Véase <https://www.montevideo.com.uy/Noticias/Ocho-anos-y-dos-meses-de-prision-para-el-productor-sojero-detenido-por-cargamento-de-droga-uc756086>.

Algunos compañeros decían: «Todo». Algunos decíamos que el robo no se podía defender, que era la solución individual a problemas colectivos y no era admisible. La resolución, por amplia mayoría, fue que no se defendía el robo. Ningún robo. Muchas veces, quienes pasamos por situaciones de ilegalidad confundimos las ilegalidades: una cosa es por motivos políticos y otra para el beneficio individual (Tagliaferro, 2016).

Es que, si seguimos a los propios Karl Marx y Friedrich Engels (1980), no es posible imaginar un cambio en las condiciones de vida de las personas que no tenga efecto en sus concepciones:

¿Acaso se necesita una gran perspicacia para comprender que, con toda modificación en las condiciones de vida, en las relaciones sociales, en la existencia social, cambian también las ideas, las nociones y las concepciones, en una palabra, la conciencia del hombre? (p. 67).

Es decir, es esperable que quienes integran a su vida prácticas de conflicto con la ley penal, en algunos casos, confundan las ilegalidades o desarrollen una ambigüedad moral en relación con el delito, como también es comprensible que quienes sufren cotidianamente ver las antiguas fábricas transformarse en lugares desistidos donde se cometen delitos y al barrio todo en un lugar afectado por prácticas delictivas de algunos de sus hijos puedan tener demandas de mayor represión hacia el delito, aunque también ambiguas, que oscilen entre la comprensión y la estigmatización descalificante implicada en el término *lumpen*.

Mujeres y hombres de este barrio, como los de tantos otros barrios de las zonas que fueron industriales en Occidente, están atravesando por procesos semejantes, sufriendo las nuevas precariedades en carne propia o viendo a sus hijos y nietos sufrirlas. Como en el caso de un interlocutor, antiguo obrero de varias fábricas de La Teja, que

hoy es jubilado y propietario de su casa, pero se encuentra cuidando y proveyendo a su sobrino adolescente para que no caiga en actividades delictivas, para que estudie, para que no atraviese por lo que él sabe que son dolores para propios y ajenos, para que no se vuelva, en su propia concepción, un irremediable «lumpen».

Así, ocurre lo siguiente:

Desde discursos socialmente validados, como el periodístico y el policial, se entiende que los usuarios de PBC [pasta base de cocaína] desarrollan prácticas ilegales —y por consiguiente ilegítimas, desde su mirada— para proveerse del consumo; ello puede corresponderse con hechos de la realidad, pero no en todos los casos, ni de forma exclusiva. [...] ciertas manifestaciones de lo ilegal pueden adquirir carácter legítimo entre estos sujetos (Albano, Castelli, Martínez y Rossal, 2015, p. 3).

Esta ambigüedad de la legitimidad de lo ilegal, pero también acerca de la represión, es un comprensible efecto de la proximidad social y afectiva entre los habitantes del barrio y una constatación central de nuestro estudio.

En este sentido es que esta etnografía puede aportar a los debates en torno a las moralidades en pugna en un mismo barrio, con énfasis en conocer la vida cotidiana y los mecanismos de subsistencia que desarrollan personas en situaciones de precariedad consideradas de extrema vulnerabilidad social.

Las formas dignas de ganarse la vida se construyen intergeneracionalmente, y así encontramos en el barrio a sujetos con una moralidad muy conectada con la del mundo del trabajo, aun cuando hace tiempo que no consiguen un trabajo formal, si es que alguna vez lo tuvieron. El pasaje de un contexto donde la forma de ganarse la vida está centrada en el trabajo, o más bien en una forma particular de trabajo, que es el asalariado y fabril, a un contexto en que el trabajo

escasea demanda a los sujetos encontrar las formas de dignificar otros modos de ganarse la vida.

En particular, dejar de lado una forma digna de sustentarse para hacerlo en algo que no se considera digno debe elaborarse simbólicamente, se debe encontrar las formas de procesarlo y justificarlo frente a uno mismo y frente a los demás.

Por ejemplo, para personas y familias que nunca vivieron de la clasificación de residuos, iniciarse en ese oficio puede resultarles un paso difícil de dar. Perelman (2021) cita el caso de nuevos recicladores que surgieron durante la crisis de 2001 en Buenos Aires, a quienes les daba vergüenza ese trabajo, lo que los diferenciaba de los antiguos *cirujas*,³² que sentían orgullo de su oficio.

Por el contrario, como mencionamos en Rossal *et al.* (2020), a las familias clasificadoras de residuos a veces les cuesta dar el paso inverso de dejar de clasificar, no porque no puedan aprender otros oficios, sino porque clasificar es lo que tradicionalmente les ha brindado no solo una forma de ganarse la vida, sino una forma digna de hacerlo.

En cambio, trabajar con basura —ya no residuos— es visto como algo no digno por otras personas, y a veces puede no ser considerado trabajo, e, incluso, en formas más extremas, quien lleva adelante esa tarea no es un reciclador ni un clasificador, sino un *pichi*. Si bien no es el único factor, la transferencia intergeneracional en las propias familias es un componente fundamental de sedimentación de lo que son formas dignas y no dignas de proveerse.

En lo que refiere a formas ilegales de ganarse la vida, al principio algunos sujetos encuentran justificaciones en que «esta es la única vez que lo hago», y luego en que «esta es la última vez», y así se

32 En Argentina, indigente que vive de distintas changas o recolección de objetos tomados de la basura.

irán reelaborando justificaciones en la medida en que se persista en actividades ilícitas.

Aníbal —hoy en situación de calle— nos contaba que por efecto de la crisis de 2002 había tenido que dejar de convivir con su mujer, la que había retornado a la casa de su madre en Paysandú, mientras él se mantenía en una pensión en la capital buscando un trabajo que les permitiera volver a alquilar y a vivir juntos. Luego de meses de no conseguir trabajo, y tras un tiempo de deliberaciones internas sobre lo que implicaba dar ese paso, comenzó a cometer rapiñas en pequeños comercios. Eso le permitió poder viajar los fines de semana al interior y reencontrarse con su compañera.

Por lo general, viajaba los viernes; enseguida después de una rapiña se iba a Tres Cruces, compraba el pasaje para el ómnibus más próximo en salir, hacía un surtido de comestibles y, si podía, guardaba dinero para darle a su compañera (porque también hay formas dignas e indignas de gastar el dinero). En Paysandú, le decía a su mujer que estaba trabajando, pero que aún no era un trabajo firme que le permitiera alquilar una casa para ambos.

Esa distancia que tomaba enseguida de la rapiña era, por supuesto, para alejarse lo más posible de la escena del delito, pero fundamentalmente era una forma de tomar distancia de lo que había hecho. De algún modo, se decía a sí mismo: «Yo no soy aquello que hice en Montevideo, yo soy esto que está acá en Paysandú», y también se decía todo el tiempo que «esta es la última vez», en tanto seguía tensionado internamente por la moralidad del trabajador en la que se había formado y la del lumpen —que siempre había rechazado— en la que se veía transformado. Finalmente fue detenido y terminó privado de su libertad.

En el caso de Aníbal, quien había sido empleado durante gran parte de su vida, no es que se «lumpenizó» porque se hizo adicto a la pasta base o porque se incorporó al «mundo del delito», sino que se «lumpenizó» porque era la forma de sostener la dignidad

en un contexto de implosión del esquema laboral tradicional para el que fue preparado (Willis, 2017). Y eso implicaba no solo mantener el rol de varón proveedor, sino mantener el nivel de vida que hasta ese momento había construido. Con la crisis de 2002 había visto cómo su mundo se desarticulaba —perdió trabajo, familia y casa—; sus delitos fueron el intento desesperado de recuperar lo que había tenido.

En el caso de muchos jóvenes del barrio en el que estamos, el cierre de las fábricas y el avance del desempleo estructural, con todos sus efectos, son preexistentes al ingreso de cualquiera de esos hijos y nietos de familias trabajadoras al mercado de las drogas o a delinquir. Pero la cuestión no es que no pueden ingresar a ese mundo obrero para el que fueron «preparados», sino que ese mundo ya no existe y, en cambio, lo que hay es un escenario que incentiva la obtención de dinero fácil, donde el esfuerzo no está bien visto, donde evadir las reglas no es un problema, sino que el problema es que te descubran haciéndolo. El varón proveedor y los mandatos masculinos se ensamblan con los nuevos mandatos, y así se vuelve aceptable y deseable asumir riesgos, «andar jugado», demostrar la fuerza, valorar poco la propia vida y la de los demás. «Estar de vivo» se vuelve algo deseable, porque a muchos que «están de vivos» les va bien, les va bien aunque sea por poco tiempo, les va bien aunque terminen mal. La emergencia de estos lúmpenes se debe entender en este contexto. Cierta sentido común dice que estos jóvenes no trabajan porque son lúmpenes, pichis, vagos, pero en realidad ya no hay aquel trabajo obrero, sino changas y empleos precarios, así como una seducción permanente por mandatos que los llevan a ser emprendedores de su propia vida, más allá de lo legal o lo ilegal.

Branko Milanovic (2020) refiere a que ya no hay una moralidad interiorizada, sino que hay una exteriorización de los mandatos morales bajo la forma de leyes o normas, lo que hace que

las personas pretendan que han actuado de la manera más ética posible por haberse mantenido apenas en el lado bueno de la ley o que, si han incurrido en alguna ilegalidad, pretendan que es cosa de los demás pillarlos y demostrar que han infringido la ley. Los controles internos, fruto de la fe que tiene uno en lo que es moral y lo que no, ya no parecen desempeñar papel alguno (p. 182).

Habría que ver hasta dónde esto es válido para ciertos sectores sociales (Milanovic lo sostiene para toda la sociedad, aunque cita algunos ejemplos, como el de políticos y deportistas que infringen las normas, que no tienen un condicionamiento *interno* para su desempeño, y queda a criterio de los tribunales —o de los árbitros— hacer cumplir la ley), pero, en el caso que nos ocupa, sostenemos que no se trata de que la moral haya sido *exteriorizada*, sino que lo que hay son moralidades tradicionales reensambladas con nuevas, a veces muy exigentes, que tensionan e interpelan a los sujetos. Claro, el resto de la sociedad puede desconocer esto, ya que lo que importa es lo que los individuos hacen y no lo que piensan, pero cualquier intento de transformación social debería considerar lo que los sujetos dicen y piensan sobre lo que hacen, porque es ahí, en la comprensión de esas moralidades —que vienen sedimentadas intergeneracionalmente, pero que todavía operan—, donde hay elementos para trabajar con algunas personas. Si en algún caso cobra sentido el término *activar*, en el sentido de ciertas políticas sociales de la gubernamentalidad neoliberal, es en activar esos valores, pero también es necesario hacerlo en el marco de una transformación total de la vida de las personas.

El destino de muchos de estos jóvenes era ingresar al mundo del trabajo, como lo habían hecho décadas atrás sus abuelos y sus padres. Pero lo que queda de las fábricas son edificios deteriorados que ahora sirven para achique de los usuarios de pasta base. Mientras, las bocas dan trabajo a algunos de estos jóvenes y concentran gran parte del dinero que entra y sale del barrio. La economía política de las drogas

ilícitas (en especial la pasta base) permea con su dinámica a gran parte del barrio. Los pequeños robos, de poco valor, como el que sufrimos en nuestra casa, no son un gran problema en sí mismos, el problema se produce cuando esos robos se vuelven sistemáticos, y cuando hay sujetos que, si no están consumiendo, están viendo qué conseguir para poder hacerlo, y cuando hay vecinos y vecinas que están cuidándose de que a ellos no les toque. Cualquier intento de parar con eso, para el sentido común punitivista, demandará más patrullaje, más penas en los delitos, más internación compulsiva. Pero no hay patrullaje ni «inflación» penal que pueda disuadir a un consumidor desesperado por obtener una dosis de pasta base que no intente subirse al techo de una casa para ver si encuentra algo. La mirada sostenida de Esther puede tener algún efecto, pero no alcanza y se va diluyendo, en tanto es lo que va quedando de una sociabilidad que se deteriora sin ser sustituida por otra mirada. Tal vez las políticas sociales de proximidad ensayaron otras formas de mirada colectiva, pero, más allá de su alcance y efectos, están siendo desmanteladas sin nada que las sustituya.

CATA, OBRERA Y MILITANTE

Sus abuelos paternos llegaron al barrio en la primera década del siglo xx desde Rincón de la Bolsa,³³ cuando su padre era niño. Su padre fue estibador en el puerto, falleció en 1956, a los 46 años. Su madre vino de Cerro Largo.

Ahora Cata tiene 76 años y es de las mayores en la cuadra: «De los vecinos más viejos, quedamos poquitos». Vivió toda su vida en

33 Actualmente Ciudad del Plata, departamento de San José, pero parte del área metropolitana de Montevideo.

el barrio y recuerda los cambios. Dos cuadras para abajo había unos zanjones que atravesaban los terrenos y un puentecito para salir que terminaban en el caño que está en Gowland. La calle terminaba en Vaillant, después no había más calle, «recién en la década del sesenta hicieron las calles».

Había gente que tenía caballos, gallinas, cerdos, vacas, ovejas, y también cultivaban. «Comprábamos la leche a vecinos que vendían, y también había muchos verduleros que pasaban con los carros y vendían.» Su familia también tuvo una pequeña chacra para el autoconsumo, pero en algunas épocas vendían parte de lo que producían.

En la década del cincuenta, el barrio en el que ahora estamos era una zona semirural, que se fue transformando debido a las necesidades de una población que iba creciendo en la medida en que llegaban más familias de distintas zonas del país al influjo del creciente desarrollo industrial. La urbanización fue avanzando hacia el norte, desplazando la frontera hasta lo que hoy es Tres Ombúes.

Cuando Cata tenía diez años, su padre falleció y eso implicó que su madre debiera hacerse cargo de mantener a la familia, por lo que comenzó a trabajar como empleada doméstica y también salía con un carro de caballo a clasificar residuos. Cata, por ser la hija mayor, debió dejar la escuela en quinto año y encargarse de cuidar a sus diez hermanos.

Por eso mismo, también debió empezar temprano a trabajar. Sus primeros trabajos fueron hacer mandados para los vecinos: iba con un carro de mano y bidones vacíos a buscar agua a una canilla que estaba a dos cuadras para traerles a los vecinos.³⁴ Luego también

34 En el libro *Se vive como se puede*, se menciona el esfuerzo que implicaba proveerse de agua potable en las canillas públicas de la OSE. En el verano, cuando la demanda crecía, se podía ver colas de vecinos hasta las dos y tres de la madrugada (Anónimo, 1969, p. 8). Si bien en el libro no se indica a qué barrio se refiere, esa situación fue

comenzó a hacer limpiezas dentro y fuera del barrio. Con su primera pareja tuvo a su única hija, pero también se hizo cargo de dos sobrinos cuando falleció su madre.

Luego comenzó a trabajar en una curtiembre a la vuelta de su casa, y más tarde en la Reciplast, una fábrica que estaba en la esquina de Ascasubi y Vaillant. Allí Cata tuvo sus primeras experiencias de trabajo fabril, hasta que en 1979, en plena dictadura, ingresó en La Aurora, una fábrica textil ubicada en el barrio Capurro.

«La Aurora para mí fue una escuela de lucha.» Había muchas personas trabajando ahí, y algunas desde hacía muchos años.

Cuando yo entré ahí, ni hablaba... A mí me abrió la cabeza. Yo hasta ese momento lo único que tenía en la mente era el lamento por lo que no había conseguido, por el fracaso de pareja, por la falta de trabajo.

Entrar a la fábrica fue entrar a un mundo que le cambió la forma de pensar. Si bien cuando entró en La Aurora ya era militante de izquierda —se había afiliado al Partido Comunista en plena dictadura—, a partir de ahí comenzó la militancia activa y participó en pintadas en la clandestinidad. Con la apertura democrática de 1985 participó del sindicato. En 1989 estuvo 14 días en huelga de hambre junto a otros seis compañeros.

Cata recuerda que fueron años muy intensos de movilización: fueron protagonistas de varias huelgas, hacían peajes para recaudar dinero, sostenían una olla popular, hacían pintadas, subían a los

común a varios barrios populares de la ciudad, y de ahí que fuera frecuente el hecho de pagarle a niños y niñas para que hicieran la cola de acceso a las canillas e incluso que acarrearán los bidones de agua hasta los hogares.

ómnibus, ella participaba semanalmente en un programa de radio del sindicato.

En La Aurora no había estabilidad laboral, se trabajaba de marzo a noviembre y después todo el mundo iba al seguro de paro. «Ahora diríamos *zafral*, pero no era *zafral*; el tema era que se exportaba, de repente eran seis meses que hacías 17 o 18 horas por día, y después estabas seis meses con extensión del seguro de paro.» En 1989 reclamaban que no se cerrara la empresa, que finalmente se cerró en 1995.

Tras el cierre de La Aurora, Cata tuvo varios trabajos, hasta que se hizo feriante, actividad que siguió llevando adelante hasta 2021, cuando, por la pandemia, decidió dejar de ir.

El cierre de fábricas afectó a muchos vecinos del barrio: «La gente pasó de trabajar treinta años en un lugar a hacer changas y a vivir de diferentes trabajos. La gente fue tomando otra modalidad de vida, pasó a hacer lo que se podía».

La trayectoria de Cata nos muestra a una mujer que desde niña debió ocuparse de cuidar a sus hermanos y poco después tuvo que salir a trabajar. Luego debió criar sola a su hija y a dos sobrinos. Pasó por distintas experiencias de trabajo en curtiembres y en fábricas de la zona, pero su ingreso a una gran textil como La Aurora y su participación en las movilizaciones y en la actividad sindical fueron fundamentales para transformar su subjetividad.

Cuando se refiere a La Aurora como «una escuela», se refiere a lo que allí aprendió trabajando, pero también a lo que aprendió en las asambleas, en las huelgas, en la calle, en la solidaridad barrial. De algún modo, si bien ya tenía una conciencia de izquierda, fue en La Aurora donde, al influjo de un momento de gran movilización social que significó la apertura democrática, vivenció ese pasaje «de clase en sí» a «clase para sí», propio del marxismo tradicional.

Desde 1985, Cata es participante activa de un comité del Frente Amplio que funciona junto a su casa, y nunca abandonó la militancia política ni la preocupación por los problemas de la comunidad. Desde

ahí desarrollaron varios proyectos de inclusión social para jóvenes del barrio y en 2021 organizaron una merienda para apoyar a los vecinos en los momentos más duros de la pandemia.

Ha visto las fábricas cerrar una tras otra, mientras los vecinos quedaban desempleados y los hijos y nietos de esa generación no lograban conseguir un empleo formal. Las perspectivas no son buenas y basta mirar alrededor para darse cuenta, pero aún cree que se pueden cambiar las cosas y que la política es el instrumento, por eso cada sábado se reúne en el comité y trabajan en el próximo proyecto.

JULIO, EL VETERANO

El Veterano, de cabello blanco y lacio, nariz colorada y grande, pantalón deportivo con billetera en un bolsillo y llaves en el otro, camiseta blanca de la que se ve solo una hilera en el cuello tapada por un buzo de abrigo azul oscuro, tiene más de 70 años y vive en el barrio desde fines de los años sesenta. De oficio albañil, emigró desde Treinta y Tres, ciudad donde nació, hacia Montevideo. Con 21 años dejó las guitarreadas y la caña blanca en el Olimar para venir a levantar cimientos en las casas que hoy con orgullo muestra que construyó.

El barrio le ha definido su vida y su hacer memoria. En la época de frigoríficos y fábricas, el barrio estaba lleno de trabajadores que vivían en la zona. Los patrones, además, los querían cerca.

El Veterano llegó al barrio cuando había más baldíos que gente, pero también cuando el trabajo obrero era la opción principal. Convivían con ello la carneada y la venta clandestina en la esquina que señala. En esa esquina comienza hoy, y ya estaba entonces, uno de los cantegriles más precarios de Montevideo.

Vive solo. Hace muchos años que se separó y tiene tres hijas, a quienes les ha construido casas en el barrio. Su relato está marcado

por el lugar, pero también por su tierra natal. En su forma de nombrarse y presentarse también está su trayectoria de hombre trabajador, de hacedor de barrios pobres en la ciudad rica.

Los caminos recorridos en los interiores del país son múltiples, van y vienen con la propia necesidad de trabajar. A veces en familia, a veces separados. A veces, los *hombres sueltos*.³⁵ Y en estos viajes, entre ciudad y ciudad en búsqueda de trabajo, los hombres se mueven y las mujeres están siempre al cuidado de los hijos, los propios y, a veces, también como forma de proveerse, los ajenos.

Hace años que el Veterano tiene un puesto en las ferias del barrio. Para él, no todas las formas de obtener dinero son admisibles. Él encarna al sujeto popular trabajador: si no trabajás, sos un bandido. El sujeto popular funda la vida digna en el trabajo y convive con la moralidad de género tradicional, en la que las ausencias de los padres y sus incumplimientos los termina resolviendo la mujer.

Parejas y familias pueden conformar negociaciones que, mal que bien, se ajustan a modelos tradicionales de amor en los que los viajes resultan en un amplio y diverso paisaje de opciones laborales y una búsqueda constante de un mejor vivir asociado al consumo, manteniendo los patrones de mujeres cuidadoras que se quedan en el hogar y hombres proveedores que salen a buscar trabajo afuera.

El trabajo se torna central, y es lo que todo avala y todo permite. Con este aval, para el hombre suele ser más sencillo desplazarse entre lugares, hacerse cargo de hijos que no son suyos, formar nuevas familias en paralelo, ausentarse, incluso ejercer violencias.

35 Gerardo Caetano (2019) se refiere a los «hombres sueltos de la campaña» como aquella mayoría de la población predecesora al surgimiento del Estado oriental que presentaba «una realidad caudillesca desafiante para las ciudades» donde se pretendía el orden en todo el territorio mediante la creación de un «país legal».

Foto 15. Paño sobre el suelo en la feria de los domingos



Fuente: Foto del equipo investigador.

PABLO

Pablo es un referente³⁶ de la cuadra, así nos lo mencionaron un par de vecinos, ambos casi en los mismos términos morales: lo describieron

36 *Referente*, en este sentido, es un concepto interesante para pensar la representatividad. Ser alguien reconocido por otros, ser una persona capaz de hablar en representación de otros más allá de lo formal, estar presente, ubicable en el barrio, incluso llegar a ser reconocido por autoridades públicas locales y técnicos de las políticas sociales. Referente no es sinónimo de *líder comunitario*, como ocurre

como un «consumidor, pero una persona de confianza», querido por todos, cuidador de los vecinos, incapaz de hacer algo malo, excepto para sí mismo con su consumo.

Pablo anda mucho tiempo caminando por la cuadra. Tiene 44 años, es alto, flaco, tiene ojos muy claros y le faltan varios dientes. Anda despacio, paciente, como cuidando la cuadra todo el tiempo, como mostrando que camina seguro de la cuadra que lo cobija, como si fuera su cuarto, su espacio. Saluda y conversa con todos.

Respecto a sus discursos sobre las drogas, Pablo ha transitado de un lugar a otro en los distintos momentos de interlocución desde que lo conocimos. Comenzó a usar sustancias de adolescente y es el alcohol lo que consume diariamente y desde la mañana, y lo que le permite seguir desarrollando sus actividades diarias de búsqueda de sustento, además de mantener sus vínculos de solidaridad y lazos sociales. También consume marihuana de forma esporádica y comenzó a usar pasta base de cocaína desde 2002, cuando ingresó esta sustancia al país.

La ampliación del mercado de las drogas y, especialmente, el aumento de los consumidores pobres de drogas con el ingreso de la PBC a Uruguay han generado un importante mercado ilícito que [...] produjo una serie de «puestos de trabajo» que proveen económicamente a unas familias que, a su vez, son puestas en mayor riesgo (Rossal, 2013, p. 64).

Antes consumía cocaína y afirma: «Dicen que es la droga de los ricos, pero no, la droga de los ricos es la pasta base; con todo lo que yo tomé, ya era para tener una Ferrari. Bueno, una Ferrari capaz que

en otros contextos, pero si hubiera líderes comunitarios en nuestro contexto, sin duda serían referentes (Fraiman y Rossal, 2012).

no, pero otro auto». Nos cuenta que en el barrio se consigue el gramo de «merca» por 100, 200 y 500 pesos, «merca, no cocaína, porque cocaína acá no hay». Su relato habla también de una normalización de su participación en el mercado de las drogas, del que ha entrado y salido en varias ocasiones. Cuando aún estábamos en el barrio y mientras compartíamos con él varias conversaciones, muchas veces le ofrecieron incorporarse a la venta de sustancias, pero él prefería mantenerse alejado de esa actividad y obtener sus ingresos diarios a partir de changas.

«Con la pasta base el efecto te dura poco, te fumás un chasqui, quedás así [gesto], pasó uno y te saludó y cuando querés acordar ya está. Entonces tenés que comprar otro más y otro más y así». Por esto dice que «quedás buscando a Nemo,³⁷ porque te pueden llamar al lado y vos estás en la tuya cuando estás bajo el efecto de la pasta».

Sujeto de ese mercado, Pablo no está «buscando a Nemo» en estos momentos. Pero sí busca modos de conseguir dinero en forma diaria y constante, muchas veces gracias a los lazos de solidaridad con vecinos.

La trayectoria de Pablo es interesante, ya que oscila entre posiciones discursivas que Mauricio Sepúlveda (2011) llama «conversos, perversos y subversos» y que se vincula con un proceso de normalización

37 Película animada infantil (2003) cuyo argumento refiere a un pez payaso naranja y blanco —Nemo— buscado por su padre, que quedó soltero y cuya única familia es este hijo con una atrofia en una de sus aletas, causada por el mismo accidente donde murió la madre y una cantidad de huevos. Acompaña al padre en la búsqueda una pez cirujana con un problema de falta de memoria a corto plazo. Es elocuente que Pablo haga referencia a esta película cuando alude al uso de pasta y a lo central que se puede volver proveerla en momentos de consumo abusivo. Con otros o solo, buscar a Nemo es buscar las formas de comprar la pasta en forma continua, porque su efecto dura poco tiempo. Sin embargo, Pablo, cuando nos cuenta de su consumo de esta sustancia en particular, relata cierto cuidado en fumar uno o dos chasquis e irse a dormir para no quedar embretado «buscando a Nemo».

respecto al uso de sustancias en el país, pero también a cierto alcance a la generación a la que Pablo pertenece: de trayectoria en un barrio urbano del oeste de Montevideo que vivió su juventud en la década de los ochenta. Este proceso también implica en Pablo la normalización de la participación en el mercado de las drogas de manera intermitente como vendedor y de manera diaria como usuario.

Por momentos se posiciona en un discurso converso y considera que el uso de pasta base es malo, plata mal gastada y moralmente interpelante (sobre todo cuando habla de mujeres madres usuarias). Sin embargo, en este marco discursivo también muestra su consumo diario de alcohol y por momentos de marihuana sin tapujos, porque estas son drogas legales.³⁸ Su discurso converso se enmarca en una legislación y un marco normativo (Sepúlveda, 2011).

El Veterano encarna este discurso, como vimos, de manera muy elocuente.

En otros momentos, Pablo pasará por un discurso perverso y nos contará las ofertas que recibe, de forma bastante seguida, para hacerse vendedor esporádico de sustancias, sobre todo de pasta base de cocaína. «Hacer la plata fácil» es, en un principio, parte de ese marco discursivo que luego abatirá al decir que en realidad no es fácil y que corre muchos riesgos por un bajo monto que costeará algunos días de consumo, pero también una compra de alimentos para su familia. Pablo nos relata algunas ocasiones de mucho consumo y exaltación

38 La Ley de Regulación y Control del Cannabis, aprobada en 2013 por el Parlamento uruguayo durante el gobierno de José Mujica, ofrece tres alternativas para el aprovisionamiento de cannabis: la compra en farmacias habilitadas, el autocultivo con registro previo o ser parte de un club cannábico. En cualquiera de las tres formas hay restricciones en la cantidad de cannabis que se puede obtener. Pablo no se encuentra en ninguna de estas tres maneras reguladas de obtención de cannabis, pero aun así tiene un discurso ligado a la legalidad de la sustancia.

del uso de drogas, no sin interpelar moralmente esas prácticas. En este plano discursivo es que siempre nos cuenta que él consume y que a veces se va «de gira», por lo que no lo vemos durante varios días.

Sin marcar una contradicción, sino mostrando los múltiples caminos que elegimos los sujetos en nuestras afirmaciones respecto a las sustancias que consumimos, Pablo nos expone un discurso también subverso, con un pensamiento crítico sobre el uso de sustancias, la criminalidad respecto a sus mercados, las moralidades familiares y los cuidados, pero que, asimismo, avala y normaliza el uso de sustancias legales a las que no impugna con una interpelación moral.

EL SUJETO POPULAR Y EL MUNDO DEL TRABAJO

Es cierto que la moralidad del trabajador es dominante entre los sectores populares, incluso entre los «bandidos» o «chorros», a los que también Pablo interpela. Con la llegada del mercado de las drogas y la capacidad de proveerse de forma más o menos inmediata, la cantidad de gente que asume el delito como forma de provisión se percibe más que antes.

La incapacidad de muchos hijos (como Pablo) y nietos de trabajadores (como sus sobrinos adolescentes) de proveerse en el mercado formal y además el rechazo por parte de la educación pública dejan ociosa su fuerza de trabajo muscular, que puede funcionar o no, en el marco de un *habitus* furibundo.

La relación con el bandido o chorro (sea entendido como lumpen o como pichi) es ambigua, dado que el honor se relaciona con el trabajo: el que roba bien, con quien no se hace explícita una violencia, porque también ese honor se vincula a la valentía y al uso de ese *habitus*, si es que hay situaciones que lo habilitan. Asimismo, se vincula con la edad y la relación con la normalización del uso-mercado de las

drogas. La relación, entonces, puede ser de comprensión, tolerancia, aceptación e, incluso, legitimidad.

Esta mirada del mercado y los usos de drogas varían con la edad del sujeto en gran medida, ya que en Uruguay el proceso de normalización respecto a las sustancias es más reciente que en otros países de la región, pero ha tenido una trayectoria no totalmente inserta en la concepción de guerra contra las drogas. Por ello, entre sujetos más jóvenes, el impacto de esta normalización produce, en general, una mirada más comprensiva acerca de los usos de drogas, pero también acerca del mercado, aunque siempre con distintas formas de ambigüedad acerca de la venta, a veces legítima, pero también demonizada por la misma persona.

Por normalización del uso de drogas se entienden cuatro sentidos: [...] el primero, la normalización sociocultural; el segundo, la normalización como banalización de los consumos de drogas; el tercero, la normalización de los drogodependientes, y el cuarto, la normalización criminológica. Cada uno de los sentidos es producto de unas situaciones sociohistóricas determinadas. La primera, estudiada por la antropología y la sociología, es el resultado del asentamiento cultural de las sustancias, donde las drogas han dejado de circular por los márgenes sociales para ser aceptadas como compatibles en determinados contextos y tiempos. La segunda constituye una reacción moral al proceso de normalización sociocultural; en las últimas dos décadas, determinados profesionales «antidrogas», especialmente del ámbito médico, al observar cómo las sustancias se normalizaban entre la población, han trabajado para alarmar sobre la peligrosidad de la normalización, aunque el motivo para el rechazo es de tipo ideológico y político. La tercera se creó en el contexto de asistencia de los drogodependientes, donde se trabajaba para sacarlos de la marginalidad e insertarlos sociolaboralmente, por tanto, este tipo

de normalización se debe entender como integración social. La cuarta procede de la criminología y considera la normalización como un proceso de práctica política mediante el cual los responsables de las políticas de drogas deben abandonar respuestas estigmatizantes y alarmantes para dar una respuesta sensata a la «cuestión de las drogas», con base en los principios y libertades propios del Estado social y democrático de derecho, a la vez que se estimula a la opinión pública para que aumente su tolerancia hacia los consumidores (Martínez Oró y Arana, 2015, p. 38).

*Foto 16. Vecino dándole de comer a un caballo.
En el carro lleva cosas para vender*



Fuente: Foto del equipo investigador.

HISTORIAS DE «HACER EL PESO» EN LA CALLE

Para algunos de nuestros interlocutores, hay formas dignas e indignas de ganarse la vida, y en gran medida eso depende de si en la forma de hacerlo se engaña o no a la gente, o si se le hace algún mal. Trabajar o pedir dinero a transeúntes son formas dignas de «hacer el peso», excepto que se hagan mediante engaños. Los engaños son inaceptables, por ejemplo, si se pide dinero a base de mentiras, aunque esto suele observarse con mayor detalle y rigurosidad en lo que hacen los otros, en tanto se es más permisivo con lo propio, «porque hay mentiras y mentiras».

Diego me cuenta que unos años atrás tenía un conocido del barrio que vivía de pedir dinero en los ómnibus. Usaba un casco de la construcción y una lata de galletitas con un cartel que decía «Desocupado». Se subía a los ómnibus, decía que trabajaba en la empresa tal y que lo habían despedido junto con otros trabajadores. Contaba «que sus hijos no sé qué, que su mujer no sé cuánto y armaba todo un argumento. Sacaba buena plata, con eso compraba unas pocas cosas para hacer un guiso y después se iba para la boca». Le pregunto: «¿Pero había trabajado ahí?». «No, nunca», me responde (Registro de campo de Gonzalo).

A Diego esto le parecía mal: por un lado, porque está mal «abusar» de la buena actitud de la gente, pero además porque en esa época había varias fábricas que estaban en conflicto y los trabajadores subían a los ómnibus a pedir dinero para sustentarse, entonces también era una manera de perjudicar a los «verdaderos» trabajadores que habían sido despedidos, que no estaban pidiendo para ellos, sino para un fondo común del sindicato.

En el caso de este hombre, Diego dice que su discurso y su presencia generaban confianza en la gente, confianza en que lo que decía era

cierto, pero, de todos modos, «siempre hay algo que te hace dudar» de lo que dicen: «A veces te das cuenta por el olor de la persona; el tipo que consume pasta base tiene un olor que lo caracteriza, lo mismo que el que consume alcohol». Otras veces Diego ha hecho comentarios que refieren a cosas que él ve o entiende de las personas y el resto no. Dice haber logrado este conocimiento porque él hizo esas cosas o las vio hacer, o simplemente porque es más perspicaz observando a la gente, todo lo cual remite a lo que se conoce como «tener calle».

Un caso que conocimos de cerca fue el de Elías, un hombre veterano que llegó un día a la puerta de nuestra vivienda ofreciendo alfajores artesanales. Está jubilado por enfermedad y se gana la vida vendiendo puerta a puerta y a los transeúntes. Una tarde pasó por nuestra casa:

Pasó por la calle un veterano que había visto un par de días atrás vendiendo alfajores caseros. Escuché que le ofreció a un vecino que enseguida le dijo que no. Cuando le ofreció le comentó «soy jubilado», pero no siguió el intercambio ya que el otro lo interrumpió con su negativa.

Al rato volvió a pasar y cuando me vio se acercó a conversar. Me dijo que estaba difícil «la cosa». Yo le dije que escuché que era jubilado y me dijo que sí, que trabajaba de chofer, pero luego de un choque quedó imposibilitado de trabajar, así que lo jubilaron por anticipado.

Me mostró el torso y tenía cicatrices de operaciones. También me mostró el recibo de lo que cobra, 15 mil pesos nominales, pero tiene préstamos por los que le descuentan nueve mil. «Te lo muestro para que veas que es cierto», me dijo el hombre, que se llama Elías.

Alquila con su esposa en Tres Ombúes; ella, que tiene una enfermedad crónica, elabora los alfajores y él los vende. La situación que están atravesando es difícil. Él a veces prefiere no comer. Me dijo que el pantalón antes le quedaba justo y ahora le baila; cuando me mostró las cicatrices del torso vi que estaba muy flaco.

Cuando se estaba por ir le compré unos alfajores, le di cien pesos y le dije que se quedara con el vuelto. Cuando Elías vio el billete se le iluminó el rostro y me dijo: «Ya con esto por hoy terminé la jornada, me vuelvo a casa para comprar comida». En ese momento pasó Diego, me saludó y me dijo que no le comprara «a cualquiera». Pensé que era en broma, pero noté que Elías se vio sorprendido, aunque enseguida sonrió y lo saludó: «¿Cómo andás, Diego?»; y este respondió: «¿Cómo andás, Elías?», pero se mantuvo serio y siguió caminando. Luego Elías me dijo que lo conoce de hace pila, que Diego es buena gente. Cuando se despidió me dijo que un día de estos pasaba para mostrarme fotos de cómo había quedado el auto cuando tuvo el accidente.

Más tarde le pregunté a Diego por qué había hecho eso y me dijo que, si bien lo que me había contado Elías era cierto, esa no era «toda» la verdad. Elías es consumidor de pasta base y parte de lo que vende se lo gasta en la boca; aunque también lleva dinero a su casa, la prioridad para él es asegurarse el consumo diario. Si bien es su mujer la que trabaja fabricando los alfajores, él se gasta parte de los ingresos en su adicción. Eso no le parece correcto y tampoco le parece bien que mienta.

Además, Diego se lo encontró en situaciones que lo hacen dudar más de la buena fe de Elías: una vez andaba con una nieta y la dejó esperando en la vereda mientras entraba a comprar a la boca. Todo eso hace que, a los ojos de Diego, la situación de Elías, si bien es

complicada, no merece respeto, y se lo demuestra tratándolo secamente o haciendo comentarios como el que hizo aquella tarde. Le muestra que no cree en lo que dice y le molesta que se haya abusado de mi confianza. No quiere que me tomen por gil, porque me considera buena gente, o porque me considera su amigo.

Otro día, mientras conversábamos en una esquina, pasó Alexis y le quiso vender un celular, pero Diego le dijo amablemente: «Me querés vender eso a mí, somos amigos y a un amigo no se lo engaña» (Registro de campo de Gonzalo).

Elías es un trabajador y sale a diario a hacer el peso; recorre cuadras y cuadras a pie, con alfajores en un bolso y su historia auestas. A efectos de la venta en calle, tiene un buen producto y una buena historia, con pruebas materiales que la sustentan: el recibo de jubilación, fotos del accidente (aunque ese día no las traía consigo) y su cuerpo, que por un lado muestra las heridas del pasado, hoy cicatrizadas, pero que le impiden seguir trabajando formalmente ya que está jubilado, y por otro lado la delgadez del presente.³⁹ Además,

39 La delgadez se transforma en un «bien corporal» en el momento de pedir dinero: primera muestra de pasar hambre. En otros momentos, se transforma en un argumento para el estigma: si se está muy delgado, puede ser que se esté abusando de sustancias (mayormente pasta base) y se vincule a esa persona con el delito, aunque su «búsqueda a Nemo» pueda derivarlo o no a ello. La delgadez es parte de un capital para pedir y argumentar hambre, así como algo que colabora con el estigma. Más adelante veremos cómo la delgadez también puede tomarse un signo de confianza y amor propio en el discurso actual de autosuficiencia en mujeres de sectores populares: si no podés mantener en línea tu cuerpo, ¿cómo vas a poder con otra cosa? ¿Cómo vas a querer estar bien si no te querés a vos misma? Discursos que, como veremos, pueden avalar los modelos hegemónicos de belleza y que muchas veces dejan a mujeres gordas y pobres fuera del mercado laboral.

es bueno contando su historia, pero tiene que captar la atención del otro y los primeros segundos del encuentro son fundamentales para eso. Algunos saben que «si lo escucho, después le tengo que dar algo para sacármelo de encima», como una vez me dijo una vecina en una parada de ómnibus cuando alguien se acercó a pedirle dinero que le faltaba para el boleto. Eso puede ser porque el relato se puede extender en el tiempo o porque la situación sea realmente crítica y uno se puede quedar con remordimiento si no ayuda a la persona. Por eso, el vecino que estaba en la vereda cuando Elías lo interceptó enseguida le dijo que no y canceló el relato, que apenas comenzaba.

Diego no empatizaba con Elías; desde su óptica, es un caso más de hombres que «están para la joda» mientras sus familias están atravesando una situación difícil. En cambio, empatiza con la situación de su mujer, que, a pesar de estar enferma, «es la que realmente trabaja». Es probable que los cien pesos que se llevó esa vez Elías se hayan transformado la mitad en un par de chasquis y el resto lo llevó para su casa.

Diego me dice: «Yo si le pido plata a un vecino, si es para comer, le digo, o pido comida, y si es para comprar medio litro de vino o para un chasqui, también le digo, porque después igual me van a ver entrando a una boca o me van a sentir aliento a alcohol» (Diario de campo de Gonzalo).

Si bien nos ha pasado que nos pidan dinero para comprar un vino, nunca nos pasó que nos interceptara alguien que no conocemos para pedirnos dinero para comprar un chasqui. La pasta base es portadora de un estigma que difícilmente logre la empatía de un ocasional transeúnte. Según esta «moralidad de ocasional transeúnte interceptado», dar dinero para comida estaría bien (aunque lo mejor sería dar directamente la comida), dar dinero para alcohol no estaría tan bien, dar dinero para fumar pasta base estaría mal. Por eso, lo que dice Diego de explicitar lo que se va a hacer con el dinero solo puede

funcionar en un lugar donde los vecinos ya lo conocen y le tienen confianza; saben que es consumidor, saben que parte del dinero que le van a dar es para consumir (no es necesario que él lo explique) y saben también que otra parte la va a utilizar para comer. Esto explica por qué para conseguir dinero Diego se mueve exclusivamente dentro del barrio y, sobre todo, en un radio de pocas cuadras. Más allá de ese límite es un consumidor más, con una historia que podrá ser «buena» o no, pero que no muchos querrán escuchar.

No obstante, alguien como Elías, que recorre la ciudad, difícilmente pueda obtener algo si, como exige Diego, cuenta «toda» la verdad, incluyendo que todo o parte del dinero se va a utilizar para comprar pasta; eso sería lo que se llama un *sincericidio*. Pero, en la moralidad de Diego, el bien triunfa sobre el mal y la verdad en algún momento sale a luz: «La mentira tiene patas cortas», es lo que parece sugerir su comentario. A Elías le puede ir bien y un día llevarse cien pesos en una venta, pero «todos nos conocemos» y al final se sabe quién es quién: al final lo van a ver entrando en la boca.

Esto lo experimentamos con la situación de Tony, un muchacho que llegó una vez al portón a contarnos su historia.

Cuando estábamos en el patio pasó un joven de unos veinte años y se acercó a la reja, pidió disculpas y nos dijo si podía hablar. Se llama Tony, hace poco que vive en Tres Ombúes, es de una pequeña localidad del interior. Se mudó acá con su compañera, de 17 años, tienen en común un hijo de dos y ella tiene otro de seis, al que Tony considera su hijo. Con María Noel después nos quedamos comentando que la chica tuvo un hijo a los 11 y otro a los 15.

Tony nos dijo que están pasando una situación difícil. Primero nos ofreció vendernos ropa que traía en la mochila y luego nos pidió si teníamos cuarenta pesos para comprar comida para los niños.

Está viviendo en una casa de bloques que se armó al lado de donde viven la madre y los hermanos de su compañera. Ellos *volquetean*;⁴⁰ él también lo ha hecho, pero entiende que no es lo más digno que le puede dar a sus hijos. «Ellos no eligieron venir al mundo y no les puedo dar eso.»

Nos dijo que no consume pasta base, pero los hermanos de su compañera, sí, y eso ha generado varios problemas. Lo más reciente es que le vendieron pañales y cosas que habían comprado con la tarjeta del MIDES. Se quedaron sin pañales y no tienen dinero para comprar. También se estaba construyendo una casa con bloques y se los vendieron. Un día llegó y los materiales no estaban: los hermanos de su compañera los estaban vendiendo o intercambiando en el mismo barrio.

Él quiere irse con su familia a su pueblo, pero la madre de su compañera dijo que no la autoriza porque ella es menor, lo que se complica aún más porque acá no consigue trabajo. Nos dijo que tiene diploma de mecánico automotriz y de carpintero, también hace trabajos de lo que sea.

Le dimos cincuenta pesos. Nos dijo que nos iba a devolver la plata. Nos pareció convincente lo de Tony, pero también abrimos un margen de dudas a su relato. Quedamos en esperar lo que sucediera en los próximos días, porque era probable que volviéramos a verlo. Así fue, otro día pasó y nos dijo que tenía que ir a la terminal de Río Branco a tomar un ómnibus para ir a su pueblo porque le había surgido un trabajo.

40 También *requechar*: buscar alimentos u objetos en las volquetas para vender.

Diego lo vio uno de esos días y nos preguntó si era pastabasero. Él no lo conocía del barrio, pero lo había visto hablar con vecinos contando la misma historia, de hecho, también le había pedido a él y quería saber si estaba diciendo la verdad o andaba engañando a la gente (Registro de campo de Gonzalo).

Tony volvió un par de veces más. Una de esas veces se ofreció a cortar gratis el pasto de la vereda de nuestra casa, aunque necesitaba algo de dinero para comprar combustible para una cortadora de césped que le prestaban, pero nosotros ya habíamos hablado con una vecina para hacer ese trabajo. Otra de las veces llegó corriendo, con el torso desnudo y en situación de desesperación. Nos dijo que alguien le disparó a su suegra y que la habían llevado en la ambulancia, entonces necesitaba dinero para un boleto para poder ir al sanatorio. Esa vez le dimos para dos boletos y también dijo que iba a volver a devolvernos el dinero, pero no lo hizo.

No sabemos cuántas de las historias de Tony eran ciertas, pero es probable que muchas no lo fueran. Posiblemente estaba en días de mucho consumo de pasta base y el dinero era usado para comprarla. Tanto en su caso como en el de Elías, decidimos darles alimentos cuando venían a pedir dinero, pero también sabíamos que esas cosas se podían transformar fácilmente en chasquis en una boca donde se intercambia mucho más que dinero a cambio de sustancias.

En el caso de Elías, como en el de Tony, es claro que su situación es difícil. En el primer caso, un hombre mayor, que ya no puede acceder al mercado de trabajo formal, con una esposa enferma, que requiere medicación y atención médica permanente, ambos con bajos ingresos fijos. En el caso de Tony, un muchacho joven, que ya tiene dos hijos que mantener, que no consigue trabajo y si lo hace, le es difícil de sostener. Que además debe lidiar con el consumo de sus cuñados, que le venden lo poco que tiene.

Es elocuente lo que decía Diego de que en cierto punto estos consumidores «quemaban» a quienes en un momento les brindaban ayuda. De ese modo, no solo se cerraban las puertas de ayuda a ellos mismos, también generaban desconfianza respecto a otras personas que igualmente necesitaban y pedían dinero o vendían objetos puerta a puerta.

Por eso, él necesitaba diferenciarse de Tony y de Elías. Loïc Wacquant (2007) sostiene que, en la marginalidad avanzada, se incrementa la denigración lateral y el distanciamiento mutuo entre los pobres (p. 277). Esto reduce las posibilidades de las alternativas colectivas y refuerza las individuales. No solo hay «buenos» y «malos» pobres, también hay «buenos» y «malos» consumidores de pasta. Estos últimos perjudican a sus familias, se aprovechan de los «buenos» vecinos y de los «buenos» pobres. En lo que dice Diego, no se enfatiza el problema común que él comparte tanto con Elías como con Tony: la pobreza, la falta de trabajo, la imposibilidad de sostener a sus familias, el consumo abusivo. Tampoco señala que los tres tienen formas de ganarse la vida que a un vecino de otra parte de la ciudad no le resultarían muy distintas. No obstante, en este punto su posición no era la de alguien que solo mira su propio interés, sino que le preocupaba cómo eso afectaba la vida del barrio y el buen vínculo entre vecinos.

LA CASA DE UNA ANTIGUA FAMILIA OBRERA

Ángel tiene poco más de cuarenta años y vivió toda su vida en el barrio, excepto seis meses que estuvo privado de libertad en el Compen.⁴¹

41 Unidad N.º 4 del Instituto Nacional de Rehabilitación con mayor población privada de libertad del país, Complejo Penitenciario Santiago Vázquez, antiguo Complejo

Vive en la casa que heredó de sus padres, que murieron hace unos años. Su padre era panadero, oficio por el que Ángel también pasó en su juventud cuando trabajó en una panadería en La Unión y por el que le dieron su apodo en la cárcel. Su madre, que enfermó y murió hace menos años que su padre, era empleada doméstica. El matrimonio tuvo seis hijos, de los cuales tres mujeres viven con sus respectivas familias en barrios cercanos, pero con quienes Ángel no mantiene relación. La muerte de su madre desató enconos familiares sobre los derechos para usufructuar la vivienda que quedaba de herencia para los hermanos. Las disputas derivaron en una separación y alejamiento de sus hermanas. En la casa quedaron sus dos hermanos y él. Uno de ellos, el mayor, ha seguido también la profesión de su padre y ha trabajado en varios lugares como pastelero. Además, en el tiempo en que vivimos en el barrio, también se dispuso a tener su propio negocio de venta de comida, al que Ángel promocionaba. Le compramos varias veces roscas saladas y dulces, que vendía a 50 pesos cada una y eran muy ricas. Para Ángel, el consumo abusivo de sustancias de su esposa alejaba a su hermano de algunas opciones laborales. Una vez nos contó que su cuñada, Fernanda, había vendido toda la mercadería que su hermano había comprado para cocinar. Ángel interpreta esto desde una moralidad de género tradicional, recriminando que ella era una mujer incapaz de cuidar su familia y que su comportamiento no era propio de una mujer con dignidad.

El hermano de Ángel y su esposa tienen dos hijos, uno de 14 años y otro de nueve. Esta familia vive en la parte de adelante de la

Carcelario (Comcar). Para abril de 2022, según el informe anual del Comisionado Parlamentario Penitenciario (2021), la cantidad de población privada de libertad en Uruguay era de 14.347 personas, de las cuales 13.293 eran varones, 1023 mujeres, siete varones trans y 24 mujeres trans. La tasa de prisionización es de 404 personas por cada cien mil habitantes, ubicándose entre las 15 más altas del mundo.

casa. Hacia un costado de la entrada a la vivienda, pero con entrada independiente, vive el otro hermano de Ángel con su esposa y sus dos hijos: una niña de 11 años y otro de tres. Esta familia se mantiene distanciada de la otra y sostiene una fuerte moralidad tradicional: hombre proveedor y mujer cuidadora de forma extrema. Esto impide que los niños (primos) se junten a jugar con frecuencia y los padres mantienen ciertas medidas estrictas de circulación por el barrio. Ángel vive solo en el fondo de la casa con algunas intermitencias de compañías: a veces su pareja, que lo viene a visitar, y a veces otros hombres a los que les brinda alojamiento por un tiempo.

Caminamos con Ángel hasta su casa y entramos por la puerta que está más a la derecha, no la otra que se ve, que es la principal y tiene unas ventanas con cortinas rojas. En esa casa vive uno de sus hermanos con su esposa y sus dos hijos. Por la puerta que entramos vive el niño de nueve años con sus padres, y más atrás Ángel y otro muchacho más que ha pasado alguna vez a vender trapos de piso.

Luego de subir unas escaleras de hormigón, entramos a la casa. Al entrar veo un sillón a la izquierda de un marrón desgastado. En el suelo, un charco de agua traspasa un piso sin baldosas. Pasada esa pequeña entrada, veo hacia atrás un lugar oscuro y un fondo de luz detrás que parece ser un patio. El olor a humedad me invade y me queda impregnado en la nariz por un tiempo (Registro de campo de María Noel).

FAMILIA Y MORALIDADES

Fernanda es una mujer muy flaca, con la piel del rostro arrugada. No llega a los cuarenta años, pero su apariencia denota mucha más edad de la que tiene. Ángel nos ha contado de su consumo de pasta base

y de su «mal comportamiento» como madre. En algunas ocasiones, él también atribuye la responsabilidad de los cuidados a su hermano, padre del niño, pero siempre bajo una moralidad de hombre proveedor y madre cuidadora: «Yo le dije a mi hermano que haga algo por su hijo, pero también que le diga algo a ella que haga algo: te dije que no miraras la mugre cuando entramos a casa porque ella no es capaz ni de limpiar».

Cuando Ángel ha hablado de Mariela, su compañera de hace más de veinte años con la que tiene tres hijos, pero con quien no convive, ha dicho que ella a su hijo de 15 años lo ha criado muy bien, muy educado, que él no tiene nada que decir de esa madre. Ahora su hijo está de novio con una adolescente de 15 años y contó Ángel hace unos días que él le dijo que le diera algún nieto: «No seas malo —le decimos—, son muy chiquitos». «Sí, pero así se acomodan», dice.

Este hijo adolescente de Ángel hace poco estuvo en su casa y quería vender marihuana, lo que hizo enfurecer a su padre porque eso «es justo» lo que no quiere que su hijo haga. Por eso cuando vio que se había puesto de novio se alegró, como si esto formalizara una moralidad hegemónica de varón proveedor y cuidador que no pasara por la ilegalidad en las formas de provisión y fuera la consolidación de un hombre por tener una familia a la que proveer.

MATERNIDADES

Tanto Fernanda como la otra cuñada que comparte vivienda con Ángel tienen una fuerte interpelación moral con relación al ejercicio de su maternidad y, si bien a simple vista pueden parecer opuestas, en la práctica no resultan tan disímiles. Comparten la precariedad de su vivienda, la informalidad de sus trabajos o la búsqueda intensa de uno de mayor formalidad con la crianza de sus hijos expuestos a los riesgos de la disponibilidad y el alcance de redes violentas de

intercambio. En una primera visión pudimos ver cómo ambas estaban distanciadas por ser una de ellas «botona»⁴² del comportamiento maternal de la otra, pero con el paso del tiempo etnográfico pudimos ver cómo ambas tienen fuertes presiones morales sobre cómo ser madres en su contexto de extrema pobreza cotidiana.

En un caso, tenemos una usuaria de pasta base que hace convivir su consumo con la maternidad. En el otro, una madre con un fuerte discurso moral a los y, particularmente, las usuarias de pasta base y madres, en las que incluye a su concuñada, con la que convive en el mismo predio, pero en habitaciones separadas. Ambas, sin embargo, comparten la precariedad de sus viviendas y la búsqueda de un trabajo con características similares desde una experiencia similar ya vivida: limpiar en alguna institución o casa familiar, también cuidar ancianos o personas dependientes. En todos los casos, el trabajo que buscan (y al que pueden aspirar, debido a una escasa formación) parece ser el referido a los cuidados, trabajos mayoritariamente femeninos, de histórica informalidad y profunda violencia estructural de género respecto, por ejemplo, a los salarios.

Asimismo, es claro que quien más sufre el estigma y la violencia continua en su cuerpo de mujer madre es la usuaria, cuyo consumo por momentos puede abandonar, pero el juicio moral hacia el ejercicio de su maternidad es constante.

En un trabajo etnográfico sobre maternidad y uso de pasta base, Castelli (2015) nos muestra las exigencias morales sobre las mujeres, que no pueden ser colmadas debido a las condiciones precarias en las que viven:

42 El término *botón* se refiere comúnmente a la Policía, pero en este caso alude a una actitud de *buchona*, de contar algo fuera del ámbito de lo privado a personas que no lo integren, moralizando cierto comportamiento.

Si entre los hombres suele interpelarse el honor y la valentía, la agresión hacia las mujeres se configura principalmente a través de la subordinación, física y simbólica, de su sexualidad —por transitiva de la agresión a sus cuerpos— y su rol social en tanto madres. La violencia se construye con base en un sistema sexo/género en el que los cuerpos de las mujeres son hipersexualizados y moralizados, reafirmandose así el régimen androcéntrico de las redes del mercado ilícito (p. 95).

Foto 17. Mural en una pared de una fábrica cerrada en La Teja



Fuente: Foto del equipo investigador.

DE AMORES⁴³

Ángel y Mariela están en pareja hace veinte años. Tienen una hija de veinte y un hijo de quince, pero hace unos años que viven en casas separadas. Mariela vive con sus padres en un barrio del oeste, aún más alejado del centro de la ciudad, pero todas las semanas viene a visitar a Ángel y se queda un par de días en su casa.

Ambos viven distintas cotidaneidades, pero vienen de una trayectoria común que los hace familia, con una moralidad de fuerte carga tradicional según la cual el hombre debe proveer y la mujer cuidar. Sin embargo, esto puede manejarse en el discurso, pero convertirse en algo difícil de mantener en la práctica. Sobre todo, para Ángel. El cuidado fue tomado por Mariela, quien se ha encargado de criar a sus hijos, que cada tanto visitan a Ángel, pero sin exigirle la provisión económica, al menos en la práctica, porque es una pareja que vive separada. Aun así, Mariela siguió por este tiempo viendo en Ángel la posibilidad de rearmar una familia con valores tradicionales de heterosexismo, papeles claros asignados a cada uno y convivencia. Es Mariela quien ha insistido con casarse, volver a vivir juntos y en la posibilidad de tener otro hijo. Ángel, inmerso en la economía diaria de la inmediatez y el consumo de sustancias, ve con reticencia estas ideas, pero termina cediendo y en su discurso de pareja refleja esa multiplicidad moral que en general tenemos: muchas veces queremos hacer cosas que sabemos muy difíciles de sostener, y a veces las hacemos nomás.

Jarrett Zigon (2013) dice:

El amor aquí es un evento que, una vez que ocurre, da forma a la manera de pensar y vivir sus vidas. En este sentido, el amor es,

43 Sobre este tema el semanario *Brecha*, en una edición especial, publicó un artículo escrito por María Noel Curbelo (2021).

como todas las experiencias morales, singular y particular, y debe ser sostenido por medio de una fidelidad a la trayectoria de vida establecida por su exigencia de acontecimiento fundador. De igual forma, el amor implica lucha y riesgo, y por lo tanto el amor es la experiencia moral quintaesencial. Porque en su singularidad y particularidad, el amor conlleva la lucha para rehacerse a sí mismo frente a una demanda inevitable, cuya respuesta tiene consecuencias tanto para uno mismo como para los otros (p. 201).

Así, vemos también cómo el amor puede darse en cortos períodos de tiempo con cierta intensidad y puede dejar consecuencias en los cuerpos de las personas.

Ángel enumera las veces que se enamoró mostrando sus tatuajes: la materialidad del amor romántico que expone con pruebas, con su cuerpo marcado con los nombres de cada una de sus novias, de sus amores. Dice que su primer amor fue su madre y después el de la pierna, la mano, el brazo, que no lo pudo borrar «porque sale caro y entonces me corté» y lo muestra con marcas de cuchillo de un lado a otro, como callecitas imborrables. Su brazo también muestra su tiempo en la cárcel.

La eternidad del tatuaje es más fácil de llevar adelante que la idea de amor eterno. A pesar de que en Ángel cada tatuaje representa un amor, también representa un breve período de tiempo en el que se exigió cierta subjetividad moral de rehacerse mediante una pareja, de rearmarse en un continuo de violencia estructural y simbólica que se hace en su cuerpo.

AMORES Y MUJERES

El incumplimiento de estos patrones morales de género dominantes en las parejas también lleva a constantes separaciones y nuevos

ensamblajes familiares con otras personas que ubican otra vez estas posibilidades desde el inicio de la relación.

El amor como acontecimiento transforma la cotidianidad y la economía moral que atraviesa las moralidades tradicionales de varón proveedor y mujer cuidadora a la que Mariela, por ejemplo, aspiraba con Ángel.

El tiempo entre «salir con alguien» y que pase a ser «el marido» es corto e indispensable para lograr esta posibilidad de reestablecerse moralmente (Zigon, 2013).

No solo se vuelve necesario colmar los deseos de «mujer realizada», sino también continuar con la reproducción del modelo de cuidadora y hombre proveedor instaurado, en el que la economía se vuelve un tema sustancial en la forma de armar y estar en pareja.

La pareja de Ángel y Mariela mantuvo constantes desencuentros en los últimos meses que estuvimos viviendo en el barrio y se separaron unos meses luego de irnos.

Para Mariela, esto supuso una fuerte «crisis moral», que en términos de Zigon (2013) se define como «una experiencia de autorreflexión durante la cual las personas deben trabajar éticamente en sí mismos para transformar su subjetividad moral, aunque muy ligeramente, para que puedan volver a la cotidianidad de su trayectoria de vida» (p. 211).

Sus lazos sociales logran definirse en relación con un hombre. Al ponerse de nuevo en pareja, Mariela vuelve a tener una moralidad que cumplir y, con ello, ciertas posibilidades económicas que surgen cuando el hombre es capaz de proveer.

Mariela, fuerte interpelante del consumo de Ángel, de su falta de provisión y ayuda para la crianza y manutención de sus hijos, recurrió rápidamente a la construcción de otra pareja con un hombre que, «aunque toma alcohol, lo hace con la comida y me da todo para la casa, me ayuda con todo».

Constituir una pareja y volverse una madre cuidadora se percibe como un logro moral en estos contextos de adhesión profunda a los valores tradicionales de los vínculos amorosos, y esto claramente choca con una frecuente idea de generar vínculos de otras maneras. «Chonguear»,⁴⁴ por ejemplo, salir con alguien, con varios o varias, el ejercicio del llamado *poliamor*, entre otras formas de vincularse que cuestionan las relaciones heteronormativas y asimétricas; son ejercicios difíciles de llevar adelante en estos espacios de precariedad extrema. Incluso el término *chongo* (o *chango* para las mujeres) en estos contextos se asocia al ejercicio de la prostitución (tanto de hombres como de mujeres), donde el discurso moral emerge de la dicotomía de género, porque si te prostituís para darles de comer a tus hijos, está bien, pero no se justifica si lo hacés para comprar drogas; otra exigencia moral que se carga a quienes menos pueden satisfacerla.

MUJERES EN EL GIMNASIO

En este apartado trataremos algunas de las relaciones entre estética, cuidados y dimensión de género en un gimnasio del barrio al que María Noel, integrante del equipo investigador, comenzó a ir en enero de 2021 y al que solo asisten mujeres. Las implicancias que tiene la posición social de las mujeres, sus trabajos y sus moralidades de género se relacionan con las prácticas en torno a su cuerpo y cómo esto se

44 El término *chongo* es interesante: en el Montevideo de los años noventa se equiparaba al de *taxiboy*, el equivalente a *miché* brasileño: trabajadores sexuales masculinos de San Pablo, que estudió Néstor Perlongher (1999) en la década del ochenta en sus investigaciones de antropología en Brasil. Actualmente, *chongo* se refiere a cualquier pareja sexual masculina no regida bajo la idea clásica de amor romántico.

vincula con las posibilidades de acceso a ellas. El involucramiento en una rutina de ejercicios físicos está ligado a concepciones de género, cuidados de sí y de otros u otras, estéticas y accesos particulares que veremos en una aproximación de trabajo etnográfico que aún está en desarrollo.

En enero de 2021, pasadas las fiestas de fin de año, comencé a ir a un gimnasio exclusivo para mujeres a unas siete cuadras de la casa y que queda por la principal avenida del barrio. En ese entonces, no cobraban matrícula y el costo mensual era de 1.100 pesos, el costo por tres meses de 2.400 y de seis meses valía 4.600 pesos. Actualmente, casi un año después, los costos han subido doscientos pesos en cada precio. En todos los costos, el pase al gimnasio es total, a menos que quieras hacer también la actividad de boxeo, que tiene un costo aparte que se acumula a la cuota mensual.

En el gimnasio hay clases en la mañana, de 9 a 14 horas, y en la tarde, de 17 a 21. Yo he preferido ir en la tarde a clases de aeróbica todos los días de 18 a 19 horas, y los martes y jueves me quedo a la siguiente clase, de zumba,⁴⁵ de 19 a 20 horas. Es un espacio de encuentro de mujeres y varias de ellas son de La Teja y algunas de Tres Ombúes (Registro de campo de María Noel).

Podemos preguntarnos qué lugar tienen en la actividad diaria de muchas de estas mujeres las dimensiones morales en torno al género como estructuras que configuran sus experiencias cotidianas

45 Conocida también como fiesta *fit*, la zumba es una disciplina creada en 1990 que combina ritmos latinos (salsa, reguetón, bachata, música brasileña) con ejercicios aeróbicos.

con sus cuerpos y sus lógicas de cuidado domésticas, además de sus espacios laborales. Si el hecho de que sea un gimnasio exclusivo para mujeres puede colaborar o no en el involucramiento de mujeres que de otra forma no podrían estar y sentirse cómodas en un contexto de moralidades de género tradicionales.

La dueña, Laura, tiene algo más de cuarenta años y abrió este gimnasio hace cinco en un local que alquila y que durante la pandemia se le ha dificultado mucho mantener. Cuando yo comencé a ir, había estado cerrado por meses, cuando estaba prohibido que abrieran por una medida del gobierno. Luego la medida se flexibilizó, con varias manifestaciones de quienes trabajan en estos establecimientos, pero también por medio de un discurso sobre la salud. Abrió con varias medidas sanitarias y luego, en abril de 2021, volvió a cerrar por casi dos meses. En esos meses, las cuentas que la dueña tenía que pagar subieron exponencialmente, ya que no tenía ningún ingreso de cuotas que las solventara.

Además de mantener el gimnasio, Laura vende ropa femenina en un cuartito dentro del establecimiento, pero también, hace poco, empezó a sacar percheros con remeras, ropa interior y trajes de baño a la entrada del lugar, dando acceso a las personas que pasan por allí y no necesariamente asisten al gimnasio.

Para cuando reabrió teníamos nuevos profesores y habían pintado varios lugares del gimnasio. El profesor de zumba, conocido en el ámbito de esa disciplina y de los gimnasios en general, llevó a que muchas mujeres comenzaran a ir a sus clases, y otro profesor de aeróbica, también conocido en ese ámbito, tuvo igual efecto.

Hay mujeres que van desde que el gimnasio abrió, hace cinco años. Mujeres del barrio, madres en su mayoría y trabajadoras.

Una de ellas, con quien entablé una relación más cercana, vive a tres cuadras de mi casa. Tiene 46 años, tres hijos grandes que ya no viven con ella y un compañero que vivió toda su vida en el barrio. Como la han robado varias veces en el camino a su casa, intenta

que él vaya siempre a buscarla cuando sale a la noche del gimnasio. Varios días, como yo iba en bicicleta y en menos de cinco minutos ya estaba en casa, la acompañaba hasta su hogar y seguía. En ese tránsito caminábamos y conversábamos. Trabaja en una confitería en un barrio lejano, por lo que le lleva más de dos horas ir y volver del trabajo. Dice que el gimnasio la salva y que va todos los días mientras pueda porque le hace bien, «no solo para adelgazar».

Otra mujer, Analía, tiene 36 años, un hijo de 12 y otra de tres. Vende ropa en la feria de La Teja los domingos y entre semana estudia enfermería. Lleva adelante el cuidado de sus hijos y por momentos deja de ir al gimnasio porque no tiene quien cuide al pequeño. Su esposo es chofer de ómnibus.

Carla tiene más de 45 años y tiene un puesto de fiambres en la misma feria a la que va Analía y en otra de los sábados por la avenida principal del barrio. Herencia de su padre, se ganó muchos clientes por mantener el puesto abierto, donde vende, sobre todo, una gran variedad de quesos. Va al gimnasio con mucha frecuencia y vive también en La Teja.

Marta tiene cerca de cincuenta años, trabaja en una panadería de la zona y tiene tres hijos, dos de ellos en la adolescencia. Va al gimnasio con mucha frecuencia y dice que para ella es lo mejor, ya que hace tres años tuvo un accidente que la dejó en la cama inmovilizada por seis meses y, cuando empezó a hacer ejercicio, sintió que se recuperaría. Y lo hizo.

Los lunes, me cuenta una tarde, es difícil que vaya a clase porque trabaja todo el día. Los fines de semana se va a Atlántida y cuando llega, a la tarde, tiene que dedicarle tiempo a su casa. Algo así había visto en Marisol, parecida a Ana en edad, que ha justificado su salida temprano de clases porque tiene que hacer de comer.

En el gimnasio pudimos ver algunas cuestiones interesantes: a) la conformación de una importante red social de mujeres, en su mayoría pertenecientes a lo que podemos llamar *clases populares*,

b) el involucramiento de sus dimensiones de género y estéticas en juego con estereotipos de cómo debe ser un cuerpo femenino y c) cómo se desarrolla eso con las prácticas de cuidado y las formas de provisión que llevan adelante estas mujeres, en su mayoría madres y trabajadoras.

Si bien las mujeres que asisten al gimnasio conforman un grupo heterogéneo, podemos vincularlas con sectores medios y medios bajos, en su mayoría de barrios del oeste de Montevideo y que oscilan entre los 35 y los cincuenta años. Unas pocas con trabajos formales (vinculados a la gastronomía, el cuidado de enfermos y la atención al cliente en supermercados y farmacias). La mayoría sin secundaria completa y muy pocas con experiencias universitarias, pero sí de tecnicaturas (como el caso de la dueña del gimnasio). Una gran mayoría son hijas de padres obreros de la época fabril del barrio y la gran mayoría tiene madres que fueron empleadas domésticas y amas de casa. Ellas también se encargan del trabajo doméstico de sus hogares.

El espacio ha tejido una red de mujeres que pueden dividirse entre quienes van con mucha asiduidad y quienes van por cortos períodos de tiempo y abandonan la actividad física que allí se desarrolla. En este sentido, también podemos ver una heterogeneidad entre quienes van a conseguir un «cuerpo de verano» y quienes van todo el año porque les hace bien.

Sobre los ejercicios, también hay una heterogeneidad de prácticas entre quienes van a ejercitarse en solitario (máquinas, pesas, bicicletas fijas, sala de musculación) y quienes asisten a clases grupales (aeróbica, aerobox, boxeo y zumba).

En esta multiplicidad de prácticas vemos la importancia que estas mujeres le dan al ejercicio físico y a la asistencia al gimnasio en busca del potencial cuerpo hegemónico al que aspiran, pero también a un involucramiento en un espacio único de mujeres y de sociabilidad diaria.

CUERPOS QUE NO VAN AL GYM

Pensamos, junto con Judith Butler (1990), que

que el cuerpo sea un conjunto de posibilidades significa: a) que su aparición en el mundo, para la percepción, no está determinada por ninguna suerte de esencia interior y b) que su expresión concreta en el mundo se debe entender como el poner de manifiesto y el volver específico un conjunto de posibilidades históricas (p. 299).

Así, pondremos en relación con el anterior apartado otras formas de ser mujer en las clases populares, pero en condiciones de mayor precariedad económica. Poder pagar la cuota del gimnasio, la ropa deportiva, las dietas para adelgazar, el acceso a ciertos alimentos son cuestiones que interceptan no solo la capacidad económica de las mujeres, sino también la disponibilidad para hacer de esto una experiencia diaria.

En el barrio también pudimos compartir momentos con mujeres que no tenían la posibilidad de acceder a estas prácticas de autocuidado y eso no significa que las concepciones sobre el cuerpo y sus posibilidades, así como la idea de cuidado que reproduce patrones hegemónicos, no interpelen sus configuraciones en torno a sus cuerpos y la posición social.

Estoy yendo al barrio, donde, al llegar, me encuentro con Fede, un niño de diez años que me cuenta que está mal del estómago, que estuvo vomitando porque en la tarde anterior había tomado mucha leche chocolatada. Horacio, su padre, me dirá luego que fue porque comió panchos con mayonesa y que en verdad era mayonesa con panchos.

En las mañanas veía a Horacio ir a buscar el pan y algún fiambre, como leonesa o paleta. A Fedé la mortadela no le gusta y Horacio lo ha bromeado diciendo que es «un exquisito». La mortadela es uno de los embutidos más baratos.

Ese día ambos me acompañan a la parada y cuando estamos allí llega Fabiana, la pareja de Horacio, que, según sus propias palabras, es gorda y no le gusta serlo (Registro de campo de María Noel).

El cuerpo de Fabiana es un «cuerpo improductivo» para este mundo: es gordo y pobre, parte de este «neoliberalismo magro» que autores del activismo gordo postulan. Nos referimos a lo que traen Laura Contrera y Nicolás Cuello (2016):

... explicitan la conexión entre el cuerpo gordo entendido como una corporalidad improductiva, que molesta y que no sirve para nada. También es el cuerpo de los pobres (ser flaca y tener todo firme cuesta un montón), que encima derrochan: además de ser pobres tienen el descaro del exceso. Al mismo tiempo que dejan en claro el componente clasista de la gordofobia, muestran también el valor moral que nuestra sociedad le adjudica a la delgadez, incluso en términos políticos: una persona gorda no inspira confianza ni para ejercer un cargo público ni en una entrevista de trabajo. «Si no puede con su cuerpo, mirá si va a poder con otra cosa» (Tenenbaum, 2019, p. 57).

En el gimnasio relucen en las paredes los mensajes de superación: vos podés, sacrificio, sudor, éxito, «bajar la pancita», dice la profesora cuando vamos cada vez más rápido subiendo y bajando del *step* mientras escuchamos un reguetón motivador. Las redes sociales son, también, las paredes del gimnasio hablando.

Discursos que se reafirman en los cuerpos de las mujeres, a quienes se nos exige mucho más la delgadez y la belleza, porque también por ahí pasa su valor mercantil.

En la tarde llego al gimnasio y las chicas conversan sobre sus nuevos tratamientos en el pelo. Dos de ellas asumen que se han teñido el pelo color champán (como dice el Mago en uno de sus tangos) porque es el color que se usa. Me pregunto cuánto cuestan estos tratamientos, en tiempo, en dinero, en disponibilidad. ¿Hacerlo sería quererse, valorarse, aumentar el amor propio? ¿Hacerlo sería parte de una cuestión de salud que puede esconder algún que otro estándar de ser cuerpo en el mundo? (Registro de campo de María Noel).

La grasa como cosa que se extiende por los cuerpos populares y la gordura como pandemia a exterminar deben ser vistas desde una perspectiva de clase. Siempre la gordofobia tiene como latencia la criminalización de la pobreza, el devenir gordo pobre (Contrera y Cuello, 2016, p. 128).

Si en clases medias y medias bajas hay mujeres que pueden costear los gastos del gimnasio y tienen la disponibilidad de hacerlo, mujeres de clases bajas y muy bajas podrían no tener la posibilidad de involucrarse, no solo por la materialidad que eso implica, sino porque también hay cierta moralidad de género que reafirma que la mujer pertenece al ámbito de lo doméstico y que su rol marcado es seguir siendo cuidadora y jefa de hogar.

El cuerpo de Fabiana no solo está devaluado, sino también el más exigido ante un mundo discursivo que parece proponer una ingenuidad: si te querés, podés lograr lo que quieras, aun en la pobreza. Incluso logrando esto, la discusión se ampliaría. ¿Desaparecen con ese amor los estándares de belleza y el cuerpo esculpido?

En el caso de Karina que proponemos a continuación, vemos otro uso del cuerpo, como herramienta de trabajo, parte de su forma de provisión diaria y parte también de la biografía de las cosas que dialoga con las posiciones sociales que estas mujeres van transitando.

KARINA

Karina tiene 39 años. Es una mujer alta y flaca, con una espalda caída como si tuviera una cuerda que la cinchara hacia abajo y la condenara a estar encorvada. La vimos cortar el pasto por la cuadra y le dijimos que viniera a hacerlo en nuestra vereda. Varios hombres se habían arrimado estos días ofreciéndonos cortarlo, pero nosotros decidimos que le diríamos a ella. La vimos cortar el pasto de la vereda de enfrente y ahora habían pasado varios días de lluvia, por lo que supusimos que no pudo hacer ese trabajo por un tiempo. El clima constituye un factor determinante en estos modos de conseguir dinero.

Antes de venir a cortar el pasto, vendría a ver las dimensiones y ahí podría poner un precio. Cerca de las 21.30 oigo su moto que llega a la vereda de casa y salgo. Mira el pasto y me dice que serían 400 pesos, no solo el corte, sino carpir lo que hay entre el cemento de la vereda. Queda en venir al otro día a las diez de la mañana.

La esperamos a la mañana siguiente con dinero en efectivo para pagarle y armamos una bolsa con ropa que María Noel ya no usaba: un par de remeras, un vestido de verano, un short de jean, un par de championes que están en buen estado y algo de ropa interior sin usar.

Karina tiene una hija comenzando la adolescencia y dos niños en edad preescolar.

Llega a las 11.45 y nos pide disculpas por la demora porque estaba haciendo otro corte. Al mediodía, el sol atraviesa la tierra como una mordida intensa que traspasa la piel. A Karina esto no le impide trabajar. ¿Cómo evitaría replegarse de los rayos del sol y no hacer un

corte de 400 pesos? ¿Cómo decirle a Karina que por recomendación médica no trabaje en ese horario?

Karina viste un vaquero rasgado, una remera blanca y una especie de suecos negros. Vino en su moto roja sin asiento acolchonado. Comienza a cortar el pasto, que al desprenderse de la máquina levanta un poco de vuelo por el impacto y vuelve al piso, que ahora lo ve morir. El ruido de la máquina es ensordecedor, pero Karina no cubre sus oídos. Solo se pone unos lentes transparentes que la protegen de ese pasto que vuela y un gorro blanco y fucsia con una inscripción que resalta dos palabras que nos dicen que viene de una fiesta de despedida de soltera y que lo mandaron a hacer específicamente para esa ocasión única: el gorro dice en grande y en mayúsculas: «ME CASO».

Sara Ahmed (2019), en su propuesta de «analizar los mecanismos por medio de los cuales la felicidad hace que ciertas cosas sean buenas» (p. 40), dice que, aún en este mundo, donde la importancia del matrimonio ha sido relativizada, «uno de los principales indicadores de felicidad es el matrimonio» y el gorro del momento feliz que le pertenecía a otra persona lo promociona de esa forma, como una manera de causar felicidad, en un momento en el que la propia felicidad parece volverse un deber para uno y para los demás: «que sean muy felices» o «tu felicidad es la mía» son casi una exigencia moral en este momento en el que parece difícil complejizar la felicidad.

Dice Ahmed (2019) que «la felicidad puede funcionar como una economía moral: un modo de hacer que lo bueno se instale en cosas que puedan circular como bienes» (p. 290). En esta interpretación utilitarista, dice la autora, se considera que maximizar la felicidad constituye la medida del bien social.

Es en estos intercambios que se instauran lazos sociales y los objetos fluyen; va en ello la promesa de que un objeto puede hacerte feliz. Pero estos dones son bienes heteronormativos, blancos y con privilegios de clase: el gorro de la despedida de soltera fue usado por

una y precisa noche o día (el festejo también suele hacerse de día, alquilando casas afuera y mostrando fotos de todas las invitadas en la piscina, en contraposición a la tradicional despedida de soltería masculina, de noche). Al llegar este gorro a las manos de Karina, luego de quedar inhabilitado como elemento con valor como parte de esa fiesta, en su cabeza se transforma en un objeto valioso para su cuidado y un elemento de su trabajo: un bien que no promete felicidad, sino que ayuda a que pueda seguir trabajando y le otorga un estado saludable para seguir cortando el pasto al sol a horas en que hacerlo no sería recomendable. En la fiesta el gorro tenía valor por su inscripción, en Karina tiene valor como gorro.

«Sucede que, si las formas de felicidad más elevadas son aquellas que se siguen de ser determinada clase de ser, no cuesta demasiado reconocer que ese ser de la felicidad es burgués» (Ahmed, 2019, p. 38).

Karina se va un rato y vuelve. Vive a la vuelta de casa y viene ahora con sus dos niños chiquitos, que juntan el pasto con una pala y con las manos, a modo de juego. Estar con ellos, traerlos a su trabajo es también una forma de cuidarlos. Luego de eso, nos cuenta que el más chiquito tiene fonaudiólogo y el otro, psicólogo. Había ido a darle de comer a su abuela, que vive con ella. «Soy sola», nos dice. Y no le preguntamos nada al respecto, pero sabemos a qué se refiere con eso: no tiene pareja, compañero o marido. La soledad es referida al estado de sus vínculos amorosos y no a la compañía o convivencia con otras personas: tiene tres hijos y, además, su abuela vive con ella.

Nos cuenta que «hace feria», además de cortar el pasto. La máquina es de ella y la compró con una de las pensiones de su marido. «Soy viuda», nos dice, como reafirmando la soledad de su estado anterior dicho con un estado civil, con una formalidad: está sola porque es viuda. Me dice que la plata no le alcanza y que consigue los trabajos porque la gente la conoce y sabe que ella los hace.

El valor que se le da a esos bienes varía para las personas dependiendo del momento de la «vida social» del objeto: una mercancía

que tiene su valor económico y su vida social. Por ello, «debemos seguir a las cosas mismas, ya que sus significados están inscritos en sus formas, usos y trayectorias» (Appadurai, 1986, p. 19).

El gorro de la despedida de soltera que ahora usa Karina para cortar el pasto, así como los championes y la ropa que le dimos, tienen, como vimos, un valor económico y una vida social. La situación de estos objetos varía en sus intercambios, se vuelven bienes con implicaciones diversas en las formas de uso y según el momento de vida que acompañan, como uniéndose a una trayectoria y variando su valor, entendiendo que lo que nosotros podemos asimilar con determinado uso, valor económico o significado varía al llegar a otras manos y más aún en clases precarizadas donde el universo de las cosas se vuelve objeto de trabajo, mercancía, feria, comida: la vida social «como la situación en la cual su intercambiabilidad (pasada, presente o futura) por alguna otra cosa se convierta en su característica socialmente relevante» (Appadurai, 1986, p. 29).

En estos intercambios que hacen a las biografías de las cosas y las personas, «no todas las partes comparten los mismos intereses en ningún régimen de valor específico, ni los intereses son idénticos para cualquiera de las dos partes involucradas en un intercambio determinado» (Appadurai, 1986, p. 78).

Como vemos con el gorro y las cosas que le hemos dado a Karina para que intercambie en la feria o use, los «regímenes de valor» varían en los distintos momentos por los que pasan en su «biografía»: «El individuo con frecuencia está atrapado entre la estructura cultural de la mercantilización y los esfuerzos personales por establecer un orden de valor en el universo de cosas» (Kopytoff, 1986, p. 103).

En la vida de Karina, las máquinas, como su moto y la cortadora de pasto, son esenciales para trasladar a sus niños, llevar sus herramientas, ir de un lado a otro, cuidar, trabajar, proveer, cumplir con sus exigencias maternas y laborales de la mejor forma posible, dejando su propio cuerpo en un plano secundario.

Noches después, vamos al almacén de la vuelta de nuestra casa y pasa Karina en la moto, con un cigarro en la mano, y hablamos de que quizás ahí esté su momento feliz, tal vez liberada de un mundo que le exige materner, trabajar y cuidar en la soledad de su viudez cuando se quita el gorro de su cabeza porque no es su despedida de soltera ni su casamiento.

Ante las exigencias de ser feliz de determinada forma, Karina ejerce una práctica de libertad individual en una moto sin asiento, desteñida, sin luces, ni hijos, ni abuela, y quizás sea esa la soledad que le guste, y no la que la obliga a justificar que está sola porque su marido falleció, aunque su cabeza al sol diga que se casa.

VANESA, UNA EMPRENDEDORA

Vanesa es una vecina de Cantera del Zorro que conocimos a principios de 2019, cuando era parte de un grupo de mujeres de Tres Ombúes que estaban formando una cooperativa de trabajo. El origen fue una convocatoria de dos técnicas sociales (una psicóloga y una trabajadora social) a personas del barrio para conversar sobre distintos temas. Quienes concurrieron fueron mujeres y así se conformó un grupo que se reunía todas las semanas en el Centro Cívico; de allí surgió la idea de desarrollar un emprendimiento productivo.

Si bien el rubro principal era el *catering*, elaboraban bandejas de alfajores, ojitos y pastafrola, y lo alternaban con otras actividades, como la venta de ropa en las ferias del barrio. El emprendimiento contó con el apoyo de los vecinos, que les llevaban ropa para vender o les decían que pasaran por sus casas a retirarla. Cuando había actividades barriales, siempre llevaban una mesa para vender las bandejitas. Luego incorporaron la venta de tortas fritas, que al principio hacían por pedidos y las llevaban a domicilio, hasta que consiguieron una esquina en el barrio para venderlas.

Con el espacio que brindaba el Centro Cívico para las reuniones y el acompañamiento de las dos técnicas sociales, el grupo fue avanzando en la conformación del proyecto. Se turnaban para cuidar a los hijos, se apoyaban en todo lo que podían, por ejemplo, en situaciones de violencia de género que sufrieron algunas de las integrantes. No obstante, en la medida en que el grupo fue dejando de ser un espacio de reuniones para ser un emprendimiento productivo, se produjeron algunas deserciones.

Un año después, cuando estábamos buscando casa para mudarnos al barrio, fuimos a visitar a Vanesa. Era plena pandemia, así que salió a recibirnos a la vereda, con el tapabocas puesto, y nos saludó con el codo. Del lado de adentro, junto a la cerca, estaba uno de sus hijos.

Vanesa tiene 39 años. Su padre trabajó en la fábrica Codarvi hasta que se jubiló y compró el terreno donde viven. La casa está bastante retirada del frente, sobre el costado hay otra casa que ella definió como galpón, luego una casa más, donde viven sus padres, y al fondo hay otra, que es donde vive ella con su compañero y sus dos hijos.

Tuvo varios trabajos, uno de ellos fue en una empresa financiera. Allí ingresó en el *call center*, pero llegó a un punto en que le faltaban estudios para ascender de puesto, entonces se propuso terminar el liceo (hizo nocturno en el Dámaso) y luego estudió Administración. Más adelante, entró a trabajar en una importadora de alimentos; ahí se decantó hacia la parte de ventas, así que estudió Marketing, pero la despidieron poco después de que naciera su hijo menor porque en la empresa tercerizaron los servicios.

Sumarse a la cooperativa fue una alternativa para conseguir un ingreso en un momento en que se vio con dificultades para reintegrarse al mercado laboral. No obstante, cuando la fuimos a ver, ya nos había adelantado por Whatsapp que la cooperativa no existía más. Hasta marzo de 2021, venían trabajando muy bien, pero al comenzar la pandemia, su marido y su hijo se enfermaron de tos convulsa y

tuvieron que hacer cuarentena. El resto de las integrantes del grupo no quisieron seguir y se separaron. Nos contó que del proyecto original, que era formar una cooperativa social, terminaron optando por que cada una tuviera un monotributo social. El requisito de un número mínimo de integrantes y otras exigencias de la cooperativa las hicieron optar por esta vía.

Vanesa nos contó que después de la cuarentena tuvo distintos trabajos vinculados con lo gastronómico, en organizaciones sociales de la zona y además comenzó un emprendimiento que nos describe por Whatsapp como «una tienda *online second hand*, pero no es solo ropa, vendo de todo un poco». Nos dijo que le está yendo bien con el proyecto y ha logrado varias ventas: «Hoy vendí un cuatriciclo y una caminadora, un éxito. Soy como un Mercado Libre más personalizado». Ese día nos mostró el cuatriciclo, que estaba en su jardín porque todavía no lo habían ido a buscar.

Más adelante vimos que continuó avanzando con su emprendimiento, aceptando pagos por débito y crédito. La venta *online* fue un acierto cuando las condiciones de la pandemia exigían reducir la presencialidad.

Si bien la experiencia de Vanesa nos muestra que pudo sobreponerse al fracaso del proyecto grupal y reconvertirse en un momento difícil como ha sido la pandemia, su trayectoria laboral y educativa evidencia que estaba en una situación distinta que la de otras integrantes del grupo. Vanesa ya había negociado en su hogar la posibilidad de trabajar afuera y estudiar de noche.

La experiencia para otras integrantes del grupo fue muy distinta, en algunos casos desmotivante, y podría llevar a que no vuelvan a intentar formar parte de un proyecto así. Eso no implica que el fracaso del proyecto colectivo necesariamente sea asumido como un fracaso individual (dependerá de cada caso e incluso puede suceder lo contrario), pero las formas en que se procesan los fracasos en estas iniciativas colectivas deberían ser un asunto a considerar.

Si bien el grupo consideró que algunas bajas se debían a compañeras que no veían colmadas sus expectativas o que «antes de enfrentar un problema preferían irse» —en lo que refiere a las dificultades para afrontar lo grupal o la organización del trabajo—, las causas de que la cooperativa no se haya podido consolidar son varias y muchas exceden al grupo.

Las distintas alternativas de formalización que se ofrecen para los sectores más pobres (cooperativas sociales, monotributo social, etc.), aun cuando tienen menores exigencias y ofrecen ciertas facilidades, constituyen obstáculos y constriñen las formas más creativas de organización y funcionamiento que se dan en los grupos. Por otra parte, representan la posibilidad de contar con capital para comprar materias primas para elaborar los productos y, finalmente —y sobre todo—, la importancia de lograr un ingreso en dinero que justifique el trabajo y todo lo que implica ser parte del grupo.

SUJETAS Y EMPODERADAS

Podemos llamar *empoderadas* a las mujeres que

desafían las construcciones y determinaciones de la estructura. Sin embargo, el poder de expresión y libertad de estas mujeres a la vez puede ser ilusorio, ya que no son elecciones totalmente independientes, sino que obedecen a una serie de factores e influencias sociales, culturales y mercantiles (Garton e Hijós, 2018, p. 40).

En el caso de Vanesa, su formación educativa y su acceso a políticas del Estado que intervinieron en su trayectoria la convierten en un sujeto válido para el mercado: hoy tiene un negocio donde vende artículos variados de segunda mano por vía virtual. Parecido a este

«empoderamiento empresarial» (Tenenbaum, 2019) encontramos el caso de muchas de las chicas que van al gimnasio o de la propia dueña, que no solo tiene su cuerpo como valor al dar clases y enseñar, sino también su venta de ropa para mujeres, tanto en el gimnasio como en ferias de la ciudad.

Respecto a las asistentes al gimnasio, vemos una especie de empoderamiento físico por el que gran cantidad de mujeres salen de sus espacios domésticos y de trabajo para ir a un lugar que les es propio, ajeno a la presencia masculina sobre sus cuerpos, pero inmersas en un relato de autosuperación según el cual «con voluntad podés lograr el cuerpo terso, joven, flaco y suave que deseamos».

Vinculado a ello, encontraríamos en Karina un empoderamiento de proveedora (que sostiene en buena medida gracias a sus relaciones vecinales) que se suma a su obligación instalada de cuidadora (no solo de sus hijos, sino de su abuela).

En Mariela, quizás, podemos pensar en un empoderamiento respecto a sus vínculos amorosos: pasó de una relación a otra sin mayor interpelación moral.

Todas ellas transitan, en mayor o menor medida, la precariedad, así como lo que podemos considerar una individuación empoderada, propia del imaginario de una era neoliberal que obligaría a un (auto)gobierno de los cuerpos y produciría sujetos supuestamente autosuficientes.

V. LAS MERCANCÍAS

COMERCIOS

Hacia el norte de Carlos María Ramírez, zona comercial formalizada, existen pequeños comercios informales, principalmente almacenes que funcionan en domicilios y que cuentan con poca variedad de productos y un escaso *stock*. Estos comercios venden solo en efectivo.

Algunos han implementado algún tipo de defensa para evitar los robos, por ejemplo, atienden detrás de una reja. También desarrollan estrategias de autocuidado para el ingreso de mercadería, como cuando llegan los proveedores —aunque muchos de estos almacenes gestionan por sí mismos su abastecimiento—, ya que es una circunstancia que suele ser aprovechada por los asaltantes. A veces un determinado producto ya no se consigue en un almacén porque «el proveedor no viene más, se cansó de que lo robaran»; otros, en cambio, ingresan y asumen el riesgo.

Además de los productos que traen los proveedores, los almacenes incorporan otros de elaboración propia, en particular los que tienen que ver con el rubro alimentación: tartas, milanesas, pasteles, etc., que suelen ser muy económicos con relación al precio que tendrían en otros lugares de la ciudad.

Otras veces los almaceneros fraccionan los productos para su venta, por ejemplo, cigarrillos, vino, yerba y fideos. El fraccionamiento de productos es una forma que comerciantes y vecinos han encontrado para hacer posible la venta y el acceso a esas mercancías. De esta forma, las monedas y los billetes de escaso valor se pueden transformar en un almuerzo o en un trago.

Foto 18. Una casa cercana a la avenida principal del barrio ofrece masas, pastafrolas y alfajores



Fuente: Foto del equipo investigador.

Foto 19. Una casa cercana a Tres Ombúes ofrece ñoquis todos los días 29. Ambos negocios (fotos 18 y 19) surgieron en nuestros meses en el barrio.



Fuente: Fotos del equipo investigador.

Foto 20. Además de lavado de autos y otros medios de transporte, esta casa tiene venta de muebles y electrodomésticos usados



Fuente: Foto del equipo investigador.

El comercio informal posibilita el consumo microlocal, no solo por la cercanía, sino por la forma en que se adapta al dinero en efectivo con que cuentan los vecinos y las vecinas del barrio. Esto nos recuerda a lo que Sol Tax (1963) denominó «capitalismo del centavo» (*penny capitalism*). De este modo, las pocas monedas y billetes que los vecinos hicieron en la jornada se quedan en el barrio y hay toda una dinámica económica en torno a ello, de la que viven muchas familias.

Con estas estrategias, los pequeños almacenes no solo posibilitan que los vecinos obtengan productos de primera necesidad, también

garantizan su propia supervivencia como comercios y la de las familias que están por detrás.

En esos almacenes, también existe la venta a crédito, pero es selectiva y restringida a vecinos y vecinas con quienes se mantienen vínculos desde hace mucho tiempo y con quienes se ha construido confianza. En parte debido a esos lazos de confianza preexistentes o surgidos a partir del intercambio, algunos de estos pequeños comercios logran fidelización de parte de los vecinos y las vecinas.

El pequeño comercio de barrio compite en inferioridad de condiciones con la diversidad y los precios de los productos que ofrecen los comercios más grandes, en particular las grandes superficies comerciales. En años recientes, las transferencias monetarias del MIDES (Tarjeta Uruguay Social y Cupón Canasta de Emergencia) han recibido el interés de parte de los grandes comercios, que comenzaron a desarrollar acciones para captar al público beneficiario de estas prestaciones, por ejemplo, ofreciendo promociones. En algunos lugares también se ven comercios medianos y pequeños formalizados, que colocan carteles que indican que reciben la tarjeta del MIDES.

Los pequeños comercios familiares que están en el barrio se ven impedidos de captar esa porción del ingreso de las familias del barrio, debido a que, por su informalidad, no están en condiciones de acceder a la llamada *inclusión financiera*.

No obstante, la proliferación de pequeños comercios familiares en el interior del barrio da cuenta de que existe un público que necesita de sus servicios, en parte por la proximidad a los domicilios, en parte por su adaptación a las necesidades de consumo y a la capacidad de compra de los pobladores.

Foto 21. Carnicería del barrio



Fuente: Foto del equipo investigador.

Foto 22. Entrada a taller que repara bicicletas en el barrio



Fuente: Foto del equipo investigador.

Entramos por primera vez a la granja: un almacén bastante completo, pero que no llega a ser un supermercado. En la granja hay dispuestos cajones de frutas y verduras afuera. También varias heladeras donde lucen refrescos y cervezas variadas: algunas de fabricación nacional y otras brasileñas y argentinas.

Compramos algunos tomates, una lechuga, unas galletas saladas, pan, queso, manteca y vamos a la caja mientras entra un señor.

—No puede entrar sin tapabocas, señor —le dice la cajera.

—Quiero solo unos cigarros sueltos —dice el hombre mientras muestra un billete que tiene en la mano—. ¿Cuánto salen? —agrega.

La mujer duda y pregunta a otro señor. Sacan una caja del dispensador de cigarros.

La granja dispone de cosas que la hacen más abastecedora que otros almacenes más chiquitos del barrio, pero también convive con ciertas prácticas de venta de negocios, como la venta de cigarros sueltos.⁴⁶ A unos metros de nuestra casa, un kiosquito ofrece en su cartel dos cosas: cigarrillos y vino. Adentro, una señora espera en la puertita de una especie de galpón verde de plástico (hemos visto esa estructura en Mercado Libre, que se vende como galpón armable para guardar herramientas, como un depósito). En este caso, es un kiosco.

46 La ley n.º 18.256, sobre control del tabaquismo, aprobada en 2008, en el gobierno de Tabaré Vázquez, prohíbe la venta de cigarros sueltos o de cajas que contengan más de diez unidades.

A la vuelta, hay un almacén muy pequeño donde un hombre atiende detrás de una reja. Nos dijo que le habían robado muchas veces. No cuenta con la opción de pagar con débito y tiene de cada cosa una marca. A una cuadra, yendo hacia la avenida principal, otro almacén sí tiene débito, pero una variedad muy limitada de productos. Más arriba, está el Macromercado, un supermercado que tiene convenio con varios trabajos y si conseguís por ello la tarjeta del Macro, obtenés todos los productos a un precio descontado, como si fuera una compra al por mayor. El Macromercado es el lugar donde convergen variadas personas que, en busca de mejores precios, van hasta allí y compran en cantidades mayores. Cuando hemos ido, con frecuencia hay gente haciendo grandes surtidos.

Foto 23. Pequeño almacén del barrio que aclara dos formas de pago



Fuente: Foto del equipo investigador.

La calle Carlos María Ramírez, además de variados comercios, tiene muchos puestitos de venta de distintas cosas en las veredas: allí conseguíamos algunos productos a menor precio que lo habitual en almacenes y supermercados: la pasta de dientes grande a un precio de 150 pesos dos de ellas, un paquete de café brasileño para hacer en máquina o en cafetera a 200, un champú y un acondicionador a 300 y un paquete de 16 rollos de papel higiénico a 200 pesos. Precios habituales de feria todos los días en esos puestitos (Diario de campo de María Noel).

Foto 24. Cartel que anuncia la reapertura de un depósito de materiales reciclables, donde figuran los precios que pagan por kilo en cada caso



Fuente: Foto del equipo investigador.

LAS FERIAS

Las ferias dinamizan la vida barrial y eso es algo que se percibe incluso viviendo a varias cuadras del lugar donde se desarrollan. Los sábados y los domingos de mañana, el trayecto hacia el otro lado de Carlos María Ramírez es más intenso. Desde temprano se escuchan los carritos que pasan cargados de mercadería y un poco más tarde vemos a los vecinos salir a pie con sus chismosas. Después del mediodía, primero los clientes y luego los vendedores desandan el camino a sus hogares.

Silvia es una vecina que tiene un empleo, y vende artesanías y ropa. En su caso, la feria es un complemento del ingreso que percibe en el otro trabajo. Karina, que, como dijimos, trabaja cortando el césped, hace feria los fines de semana, donde vende ropa y otros objetos que recibe en donación. Para ella, la feria también es un complemento de su trabajo, pero es más importante en su economía que para Silvia. Por su parte, Jenny, una vecina que es ama de casa, vende ropa los sábados y los domingos, lo que es un complemento del ingreso que su compañero obtiene trabajando en un remise.

Silvia recibe donaciones de ropa y las lleva a vender, de hecho, me dijo que hace tiempo que no se compra ropa porque usa la que le dan, es ropa buena. Dice que cada vez que va saca unos mil pesos. No tiene ningún gasto, así que lo que vende en la feria «es todo ganancia».

Me estuvo contando sobre las diferencias entre ambas ferias. La feria de los sábados es mejor, hay buen vínculo entre feriantes. Ella llegó un día y le dijeron que se podía ubicar, le indicaron que había un lugar libre y desde entonces ahí se quedó. La feria de los domingos es distinta y la primera vez que fue le hicieron pagar por el puesto (Registro de campo de Gonzalo).

Para otras personas, las ferias constituyen la única oportunidad de obtener un ingreso. Así, las vemos poner un paño en el suelo y vender dos o tres objetos que es difícil pensar que alguien quiera comprarlos, o exhibir libros amarillos que casi con seguridad llegaron hasta ahí luego de haber pasado por varias manos que los fueron desestimando. Si los objetos son pequeños, en lugar de establecerse en un lugar, pueden caminar ofreciendo su producto, sean curitas, atados de perejil o tapabocas.

Para algunos varones, madrugar es una oportunidad para conseguir una changa en el armado de puestos y también lo es esperar hasta última hora para el desarmado. Para ellos es importante hacerse conocer, transmitir confianza en el puestero de que el próximo fin de semana estarán ahí para bajar cajones cargados de verduras y, por supuesto, tener rapidez para el trabajo. Es una tarea para la que hay muchos oferentes en la vuelta, así que es mejor destacarse.

Otros aprovechan que es un lugar concurrido para la mendicidad y piden dinero a transeúntes y puesteros. También están quienes aprovechan los descartes de los puestos de frutas y verduras para llevarse algo de comer a sus casas. Como pudimos ver, son varias personas las que recorren los puestos una vez que se levantan y cargan las cosas que se hayan tirado.⁴⁷

Una vecina que es feriante desde hace décadas nos dijo que con la pandemia se empezaron a ver situaciones que dan cuenta de lo difícil que está todo, hay más gente pidiendo o vendiendo comida, y «van mujeres que se ve que están vendiendo su guardarropas; además, tienen cara de demacradas. ¿Después de eso qué van a vender?».

47 En Arguiñarena *et al.* (2019b), relatamos una observación de personas que recuperaban descartes de puestos en las ferias de Larravide, Piedra Alta y Tristán Narvaja.

De mañana fui a la feria, estuve recorriendo más por las calles laterales. Se veían muchos puestos con ropa, fierros, de todo. Poca gente comprando. Vi algunas personas que se arrimaban a ver algo y enseguida quienes vendían les decían: «Agarre, vecino», «está barato», «pregunte lo que quiera». En los puestos pude ver de todo, hombres solos, mujeres solas, familias, grupos de mujeres con niños, algunos de ellos, muy chicos. Todos esperando que apareciera alguien a comprar; era la hora pico y se veía poca gente comprando. Por la calle principal de la feria (Giralt), la situación es distinta, está lleno de gente, los puesteros se mueven de un lado para otro para atender con rapidez. Hay puestos de frutas y verduras bien surtidos, hay otros puestos que son como pequeños supermercados (Registro de campo de Gonzalo).

Durante los momentos más críticos de la pandemia de covid-19, la reducción de la movilidad social tuvo un impacto negativo en las ferias. Ya al principio de la pandemia, las intendencias suspendieron las ferias no alimentarias y establecieron una serie de protocolos a cumplir por parte de las que venden productos alimentarios. Una nota del diario *El Observador* del 23 de marzo de 2020⁴⁸ daba cuenta de que se habían producido aglomeraciones en algunas ferias. Desde la Intendencia de Montevideo sostenían que era difícil hacer cumplir los protocolos, pero que estaban en contacto con la Asociación de Feriantes del Uruguay para alcanzar acuerdos, aunque también afirmaban que había muchos feriantes que no eran parte de esa asociación. En la nota se señalaba que varios feriantes que comercializaban productos alimenticios se estaban organizando para ofrecer sus servicios a domicilio y así mitigar el impacto económico de la reducción de público en las ferias.

48 Recuperado de <https://www.elobservador.com.uy/nota/imm-sobre-ferias-que-in-cumplieron-decreto-por-coronavirus-estamos-atados-de-manos--2020323191539>.

LA SALUD Y LOS INTERCAMBIOS

Con varios de nuestros interlocutores mantuvimos —y mantenemos— una relación de afecto mediada por los *dones* y los *contradones* (Mauss, 1971) que cualquier relación personal supone, pero en la que se hacía evidente (y nos los hacían saber) la ausencia de *dones envenenados* (Rossal, 2013). Con Pablo, en particular, nos dijimos siempre las cosas con honestidad y respeto: desde nuestras cercanías morales, pero también en las diferencias, los intercambios que teníamos eran de índole personal, pero muchas veces versaron sobre cuestiones vinculadas al ejercicio de la ciudadanía, como veremos en el siguiente fragmento:

Hace unos días encontré a Pablo y estaba con un jean y una remera de manga larga. La vestimenta ya había cambiado para estos días en los que estaba refrescando y en que la llegada del otoño se hacía sentir.

La agenda para darse las vacunas del covid-19 estaba abierta y pensé que estaría bien preguntarle si quería vacunarse y anotarlo porque había pensado en las posibilidades que tenía de hacerlo y me di cuenta que a él le sería muy difícil.⁴⁹

Converso con él del asunto:

—Pablo, ¿vos te querés vacunar?

49 Para acceder a la vacunación contra el covid-19 había que agendarse a través de una página web y era necesario ingresar, además de un número de cédula, un número de celular o un correo electrónico en el que las personas recibían la fecha y la hora que se les había asignado.

—¡Sí! Justito hoy un compañero que fuma, ¿viste?, me dijo que él se había vacunado ya y que estaba esperando la segunda dosis. Pasa que yo no tengo cédula.

—No importa. Dame el número y yo te anoto.

Me da su número de cédula, el del celular no lo recuerda. Le pregunto si quiere que ponga mi celular y yo le aviso, y me dice entusiasmado que sí, que mucho mejor.

—Buenísimo, yo te agendo ahora y te aviso. Van a demorar en darnos fecha, también me agendé y no me han dado.

—Sí, sí. Yo después veo dónde voy a vacunarme y si total tengo a veces para drogarme, para ir a vacunarme consigo.⁵⁰

—No te preocupes, lo arreglamos de alguna forma.

—Muchas gracias, de verdad, sin palabras, muchas gracias (Registro de campo de María Noel).

En el espacio del barrio y de nuestra cuadra, Pablo despliega sus redes de intercambios personales, las propias de ser un sujeto del mercado y las que se vinculan a su ser ciudadano. Como plantea Rossal (2013), Pablo puede verse como

un actor inmerso en distintas redes, unas basadas principalmente en el intercambio-don (redes personales, basadas en una moralidad del don), otras basadas en el mercado (redes de individuos), otras propias al Estado, a las formas de gubernamentalidad contemporánea y al espacio público (redes en las cuales las normas, los discursos sobre lo público, la política y las políticas cobran

50 Se refiere a conseguir dinero para trasladarse hasta el lugar de vacunación.

sentido y resitúan en otra posición a cada sujeto). Todo ello ensamblado complejamente en cada sujeto (p. 87).

La creencia que equivale la compra de sustancias a plata mal gastada y, en oposición, la que equipara el gasto en cuestiones de salud —como ir a vacunarse o adquirir medicamentos— a plata bien gastada es corriente en Pablo.

En el trabajo de campo vimos también una serie de conversiones que circulaban por las redes del mercado de sustancias ilícitas: un muchacho con el torso desnudo llegó un domingo a nuestra casa con su cuerpo castigado y notoriamente *fisurado*⁵¹ a pedir para un boleto: un boleto de ómnibus es también una medida de valor.

Las bocas también pueden ser lugares del mercado donde se intercambian objetos —incluso alimentos— por sustancias. Pero también tienen otras utilidades, como hacer cambio, convertir billetes en monedas para poder tener mejor manejo de un dinero escaso, que puede comprar azúcar por 100 gramos, cigarros sueltos, un cuarto litro de vino y dos chasquis de pasta base, entre muchas otras cosas que son «necesarias» para la vida. Este hipermenudeo, que hace muy caras las cosas, paradójicamente permite el acceso a ellas. Como nos han dicho muchos usuarios de pasta base, se trata de una droga muy cara, en la que se gasta mucho dinero a lo largo de los días, meses y años, pero al chasqui es posible acceder. En este hipermenudeo también son caros pero accesibles el azúcar, los cigarrillos, el vino. Así, los muchos pequeños comercios que existen en los barrios populares, así como las propias bocas de venta de drogas, ofrecen acceso a las mercancías a precios muy altos mediante fraccionamientos ínfimos. Este mercado se reproduce y resulta sostenible a base de transacciones repetidas que tensionan confianzas y estresan las relaciones personales.

51 Deseo de consumo equivalente a *craving*. Véase Rossal y Suárez (2014).

VI. ESTADO, SOLIDARIDAD, POLÍTICA

Entre las formas de provisión económica de quienes viven en el barrio, las transferencias monetarias desde el Estado —sean bajo la forma de Tarjeta Uruguay Social, de asignaciones familiares, de pensiones, de Cupón Canasta de Emergencia, entre otras— ocupan un lugar importante, aun cuando no siempre constituyan el mayor ingreso de los hogares.

La creación del MIDES, en 2005, significó un cambio en las políticas sociales, lo que implicó no solo el desarrollo de programas específicos para abordar las problemáticas de los sectores más pobres de la sociedad, sino también un nuevo encare en la forma de abordarlas.

En 2012, la creación de los llamados *programas de proximidad* (Uruguay Crece Contigo, Jóvenes en Red y Cercanías) implicó una inversión de los mecanismos tradicionales de atención del Estado, que ahora «salía al encuentro» de las personas y las familias que se encontraban en las situaciones más difíciles (Filardo y Merklen, 2019; Rossal *et al.*, 2020).

A partir de ese año, la implementación del Plan Siete Zonas, que tuvo como uno de sus territorios de intervención la Cantera del Zorro y parte de Tres Ombúes, contribuyó con la construcción de infraestructura, como el Centro Cívico, la plaza Tres Ombúes y centros educativos, en una importante transformación del espacio barrial. Con ese plan, que enfatizaba el abordaje territorial, los programas de proximidad priorizaron la zona, destinando equipos técnicos para trabajar allí.

En marzo de 2020, asumió un nuevo gobierno, con una orientación política distinta a la del gobierno anterior. A su vez, esta nueva gestión implicó un cambio en la orientación de las políticas sociales, que, entre otras cosas, definió el cierre de algunos programas, así como la apertura y la reformulación de otros. A poco de asumir, la nueva gestión del MIDES debió enfrentarse a la situación social creada

por la pandemia de covid-19, que motivó ajustes y la definición de protocolos para que no hubiera atención presencial o para que fuera mínima, así como la implementación de ayudas específicas dirigidas a quienes habían sido más afectados por la baja en la movilidad social.

En el período en que hicimos este estudio, la presencia de equipos técnicos en el barrio se vio disminuida por la pandemia. Los equipos en el Centro Cívico siguieron funcionando con restricciones. Lo mismo pasó con la oficina del MIDES que funciona en Belvedere y que es referencia para gran parte del oeste montevideano. Por varios meses, se atendió con agenda previa y se priorizó la atención en las oficinas a través de modalidades no presenciales como Whatsapp y por vía telefónica con respuesta automática.

Una de las medidas adoptadas por el MIDES durante la pandemia fue la del Cupón Canasta de Emergencia: una transferencia de dinero a través de una aplicación (TuApp) que se descarga en el celular. Quienes no cuenten con un celular, o su celular no sea un *smartphone*, pueden optar por recibir una canasta física que contiene alimentos. Para ser beneficiarias de la prestación, las personas no debían tener actividad registrada en el Banco de Previsión Social (BPS) por salarios, jubilaciones o pensiones y tampoco contar con otros ingresos, como la Tarjeta Uruguay Social.

Las políticas que el Estado destina a los más pobres entre las clases populares son recursos que se vuelcan al barrio y que circulan entre las personas y los comercios. Esos recursos, como las transferencias monetarias, son parte importante de las formas de provisión y contribuyen a que muchas familias puedan tener su sustento. Las fechas de cobro suelen ser esperadas con expectativa, ya que a veces es el único ingreso fijo con el que se cuenta.

Como señalamos antes, los comercios de mediano y pequeño porte han ido incorporando estas formas de pago, que antes solo se utilizaban en grandes comercios, y de este modo logran captar parte del dinero que perciben los vecinos y las vecinas del barrio.

No obstante, persiste un importante sector de pequeños almacenes que están por fuera de este sistema.

En los supermercados de la zona vimos a muchas personas comprar con TuApp. En algunos momentos eran tantas que se destinaron cajas específicas para su atención. Otras veces vimos que al llegar a la caja les decían que tenían que gastar todo el monto que tenían, entonces las personas empezaban a buscar cosas para completar el saldo del que disponían en la aplicación. Esto ocasionó algunas molestias en clientes que estaban esperando para pagar y comentarios por lo bajo referidos a que quienes generaban las demoras eran «los del MIDES».

La incorporación de trámites *online* en organismos públicos que atienden a los sectores más empobrecidos, así como la automatización de las respuestas, han tenido un rápido incremento durante la pandemia. En muchos casos constituyen alternativas que les facilitan a las personas poder evacuar una consulta o acceder a una determinada prestación. Si bien es verdad que la mayoría de las personas cuentan con posibilidades de acceder a esas modalidades, en el barrio pudimos observar las dificultades de algunos vecinos y vecinas para interactuar con ellas, ya fuera por no tener un celular, por no tener un *smartphone* o por no tener saldo ni datos móviles para conectarse a internet. Pero, aun cuando se cuente con todo eso, pueden existir dificultades para interactuar con estas herramientas, por ejemplo, en el caso de personas que no saben leer o que no saben manejar los aparatos. Una vez más se confirma que las brechas tecnológicas no se saldan solamente con la incorporación de dispositivos ni con la conectividad, también debe existir una capacidad de interactuar con esos dispositivos.⁵²

52 Un temprano estudio en favelas de Río de Janeiro mostró que la exclusión digital es un fenómeno multifacético y no se reduce a tener computadoras y conexión a

En algunas oportunidades, ayudamos a personas con estos trámites; en un par de casos, debimos hacer el trámite por ellas: a una vecina de cuarenta años le hicimos el registro para que su hija pudiera renovar su cédula de identidad ya que, si bien contaba con un *smartphone*, no tenía datos para acceder a la página web de la Dirección Nacional de Identificación Civil ni sabía cómo hacerlo. Lo había intentado otras veces a través de la internet pública en la plaza Tres Ombúes, pero tuvo dificultades y desistió. A un vecino lo registramos para la vacunación contra el covid-19. En su caso, contaba con un celular, pero no tenía saldo ni sabía cómo hacer el registro.

Pudimos ver además cómo circula un conocimiento de las políticas sociales y aun de las lógicas burocráticas asociadas cuando, por ejemplo, alguien de la familia o alguna vecina —generalmente se trata de mujeres— es consultada por una fecha de cobro o qué prestación se puede tramitar y en qué consiste el trámite. La capacidad de lidiar con las distintas oficinas del Estado se adquiere en la práctica. No se trata solo de conocer que existe una prestación y cuáles son los requisitos, sino de cómo acceder de la manera más sencilla: poder trasladarse a una oficina que está distante o contar con una determinada documentación se puede volver una gran dificultad para algunas familias.

Como se señaló antes, los sistemas de gestión automatizada facilitan el acceso a respuestas preexistentes. Existe un conjunto

internet (Sorj y Guedes, 2005). En el barrio pudimos ver las dificultades de algunos niños para poder seguir las clases virtuales durante la pandemia, aun teniendo dispositivos y conectividad pública, debido a las condiciones múltiples de su hogar. No obstante, entendemos que contar con las herramientas tecnológicas (sea con computadoras o con el acceso a internet) es un paso fundamental, como en Uruguay se hizo con el Plan Ceibal. Este plan permitió la continuidad de las clases en forma virtual de gran parte de los escolares y liceales durante la emergencia sanitaria.

de prestaciones y las personas deben acceder a ellas en la medida que les correspondan, según los criterios en cada caso, o pueden consultar sobre una determinada prestación o servicio. Pero estos sistemas dificultan un abordaje de la complejidad de la situación de la persona y de su hogar. La entrevista con un técnico o una técnica del área social no puede ser reemplazada con estos sistemas, ya que en la entrevista se puede comprender la situación de manera integral, se puede preguntar y repreguntar, y, a su vez, se pueden identificar emergentes a abordar que no son los que la persona inicialmente fue a plantear. En función de ello, se pueden definir estrategias de trabajo y, para ello, establecer consentimientos que contemplen las especificidades de la situación identificada.

En la medida en que la situación de algunas familias se agrava, como sucedió durante la pandemia de covid-19, pero también en contextos de incremento del desempleo y de la pobreza, las respuestas automatizadas pueden resultar una tentación para abordar con rapidez esas situaciones, pero sin abordarlas en sus aspectos sustanciales y acarreado otros problemas, como la obtención de datos de las personas. Como sostiene Virginia Eubanks (2021), «las tecnologías de gestión de la pobreza no son neutrales» (p. 21), y en realidad ninguna tecnología lo es, pero estas tecnologías en particular se están imponiendo de forma tan rápida como acrítica, tomando por buenas todas sus supuestas virtudes y sin la participación ni el consentimiento de quienes son sus destinatarios.⁵³

53 Si bien en este caso nos estamos refiriendo a las tecnologías en su rol de mediación y no en la toma de decisiones, la incorporación de algoritmos para la gestión de la pobreza es un fenómeno que crece en la región. Para un análisis más detallado sobre las implicancias e impactos de las tecnologías de automatización de la pobreza, véase Eubanks (2021).

Asimismo, los sistemas de respuesta automatizada presuponen la existencia de una ciudadanía que está informada de las prestaciones y los servicios, pero esto no siempre es así. En algunos intercambios con vecinos y vecinas del barrio pudimos constatar que las prestaciones y otras políticas sociales muchas veces resultan confusas para las personas. No siempre les queda claro a quién le corresponde una determinada prestación ni por qué, y esto se ve agudizado porque los criterios de esas prestaciones y políticas sociales suelen cambiar cada tanto y esos cambios no siempre se anuncian o esos anuncios no siempre resultan claros. De igual forma, la existencia de distintos programas y prestaciones complejiza esto y puede ocurrir que no se sepa bien qué se está tramitando e incluso qué se está cobrando.

A su vez, pudimos ver cómo las lógicas burocráticas realmente se vuelven obstáculos que afectan la vida de las personas y las familias. El hecho de no poder resolver un determinado trámite puede ser motivo de gran frustración. Esto se refuerza para el caso de familias que, desde su óptica, están en igual condición que otras que son beneficiarias de prestaciones sociales, pero desde la óptica del Estado no lo están; entonces, el hecho de que una prestación le corresponda a una familia y a otra no puede generar desconfianza —tanto respecto al sistema como respecto a las familias que sí lograron acceder— e incluso frustración cuando se adjudica el hecho de no obtener esa prestación o servicio a no haber sabido presentar su caso o a no haber efectuado correctamente el trámite.

De este modo, para quienes acceden a las transferencias se da una inversión de la deuda social que los transforma en «población MIDES» y con ello pasan de ser víctimas de un sistema que genera pobreza a beneficiarios del esfuerzo generado por otros sectores sociales, que son los que trabajan y pagan impuestos. La pandemia ofreció una oportunidad para marcar un cambio en las políticas dirigidas a la pobreza y en cierta medida esto se hizo, pero, en lugar de aumentar la presencia de equipos técnicos de proximidad, se recortaron programas.

SABERES LOCALES Y PARTICIPACIÓN VECINAL

Una tarde me sumo a una conversación entre vecinos y aprovecho para contar que estamos haciendo un estudio en el barrio. A partir de eso, la conversación deriva en la historia del barrio. Varios nacieron aquí o están hace muchos años y se ofrecen para ayudar. La conversación va conectando temas del pasado y del presente.

Las monjas de Montserrat⁵⁴ tuvieron un rol importante «al principio», allá por los años ochenta y noventa. Ellas proporcionaron gran ayuda, sobre todo en Tres Ombúes y en Cantera del Zorro. Luego las organizaciones sociales del barrio tuvieron un protagonismo importante, «de 2000 para acá». Pero con la creación del MIDES la cosa cambió, «ya no era asistencialista». Con el Plan Siete Zonas, la creación del Centro Cívico y el despliegue de los programas de proximidad, dicen que la situación fue mejorando, pero también entienden que un problema fue que se cortó el diálogo con los comités y con las organizaciones barriales, «hubo mucha distancia entre las autoridades y la base». Y así se produjeron «injusticias», porque «venían técnicos de otros lados que no conocían el barrio en el que trabajaban». Entienden que «le daban al que no había que darle y no le daban al que había que darle».

54 Se refieren al colegio Nuestra Señora de Montserrat, perteneciente a la congregación teresiana, que se encuentra ubicado en la calle Alaska esquina Ascasubi. Desde su fundación, en la década del sesenta, el colegio ha tenido una participación activa en la vida barrial. Vecinas veteranas de Cantera del Zorro recordaban el trabajo que hacían las monjas y vecinos del lugar han estado becados en el colegio (Arguiñarena *et al.*, 2019a).

Algunos de quienes están presentes en la conversación participan del comité del Frente Amplio, pero tienen una postura crítica respecto a algunos aspectos de los gobiernos progresistas, en particular, en el último período «no se trabajó bien en el barrio». No se tuvo en cuenta a los comités y a las organizaciones barriales, que son los que conocen las problemáticas de los vecinos (Registro de campo de Gonzalo).

En la conversación hay una tensión entre quienes, desde su lugar de vecinos, pero en algunos casos también como militantes, conocen de primera mano una realidad y quienes poseen un saber que viene de afuera, sostenido por personas que vienen de afuera, que no necesariamente significa que les parezca mal, pero que no es suficiente para entender de manera cabal la realidad del barrio. Ese saber puede ser muy calificado, pero termina provocando errores, incluso torpezas, dado que los vecinos aprenden a interactuar con los técnicos: «Algunos aprendieron a mentir y los técnicos les creían».

Una vecina comenta que hace unos años fue un intendente con su equipo a Canteras del Zorro y había unos niños comiendo naranjas, y a los integrantes de la delegación les pareció simpática la imagen, pero ella enseguida se acercó y les comentó que esas naranjas eran descartes de empresas que tiraban productos ilegalmente en el lugar. La imagen de los niños con las naranjas daba cuenta de una situación de fondo, que era un problema endémico del asentamiento, como lo eran los volcados ilegales de residuos por parte de empresas que, de ese modo, evitaban pagar por la disposición de sus residuos en un vertedero municipal.

El problema es que lo que los vecinos reclaman —es decir, que se tengan en cuenta los saberes locales— puede redundar en prácticas clientelares, algo que no ha sido ajeno a los vínculos entre política y pobreza en la historia del país. Pero a veces ha ocurrido que el celo por evitar caer en esas prácticas terminó por desestimar los saberes

locales, cuando no terminó en algo aun peor, como la desmotivación y el abandono del involucramiento de los vecinos en los espacios de participación.⁵⁵

En una conversación con vecinos un sábado de tarde, me cuentan sobre varias iniciativas en las que están o estuvieron trabajando. Unas vecinas están apoyando varias ollas populares del barrio juntando donaciones para llevarles.

En 2012 se juntaron varias vecinas y lograron poner un FPB [programa de formación profesional básica] en un antiguo salón de fiestas que funcionaba en Ascasubi casi Carlos María Ramírez. Eso después terminó siendo una UTU que actualmente funciona en el lugar.

Comentan lo difícil que fue lidiar con toda la burocracia de ANEP [Administración Nacional de Educación Pública] para que el proyecto se concretara. Otra vecina recuerda el deterioro en que se encontraba ese lugar, que hacía años que estaba abandonado; ellas tuvieron que ir a limpiar. Marianela, otra vecina que también está presente en la conversación, fue parte de la primera generación que egresó de esa UTU.

55 Raúl Zibechi analizó cómo, a partir del primer gobierno progresista (2005), con el despliegue de distintas iniciativas territoriales —en particular, los SOCAT— se introdujo un saber técnico y con disponibilidad de recursos llegado «desde fuera» del «territorio», que sostiene espacios de participación social, lo que implicó una subordinación de las comisiones barriales y otros espacios preexistentes (Zibechi, 2007, pp. 262-271).

En 2013 hicieron un proyecto educativo para jóvenes en el Club Vencedor, ubicado junto a la Cachimba, en Inclusa y Heredia. En otro proyecto que tuvo lugar en el Club Tricolor, se dictaron cursos de UTU de Albañilería y de Introducción a la Mecánica. Además llegaron a entregar ochenta computadoras refaccionadas (Registro de campo de Gonzalo).

Esos son algunos proyectos que recordaron en ese momento, pero hubo muchos más. En ese grupo con el que conversamos aquel sábado, la mayoría eran mujeres veteranas, que venían de años de experiencia de militancia barrial, así como en sindicatos y en organizaciones políticas (algunas de ellas eran parte del comité del Frente Amplio).

En muchos de esos proyectos, no se trató solamente de trasladar una idea a un organismo o a una institución, se encargaron de lidiar con la burocracia para que esa idea se concretara, se encargaron de convencer a jóvenes del barrio para que se inscribieran, luego buscaron los medios para que efectivamente concurrieran a las clases, a veces yendo a buscarlos a sus casas o hablando con sus padres, incluso se ocuparon de que algunas veces a esos jóvenes no les faltara alimentación.

En la forma en que describen estos proyectos se deja ver que todos ellos requirieron de tiempo y, sobre todo, de mucho esfuerzo. La militancia barrial para lograr ciertas concreciones debe aprender a moverse en espacios y lógicas que trascienden el ámbito barrial. Y si bien eso implica entender ciertas lógicas de las instituciones —e incluso de la política—, no significa subordinarse a ellas. Como lo puntualizó una vecina: «Hay que insistir, hay que ser rompepelotas, si no, las cosas no salen», pero también adelantarse a posibles obstáculos que puedan hacer que una iniciativa se pare o fracase.

Por los distintos proyectos que han surgido por parte de vecinos y vecinas del barrio pasaron decenas, tal vez cientos de jóvenes; las experiencias han sido muy variadas, incluso muchos quizá

desconozcan el esfuerzo que implicó conseguir el docente con el que tuvieron clase una tarde.

DOCENTE Y VECINA: PATRICIA Y LOS GURISES DEL LICEO

Patricia tiene cincuenta años, es docente de un liceo de La Teja, barrio en el que vivió durante toda su vida, excepto en la adolescencia, que pasó en el exilio de su familia durante la dictadura. En 1985 regresa al país y vuelve a vivir al barrio. Recuerda la fábrica Bao, una fábrica de pinturas que cree que ahora es una maderera, el supermercado que estaba antes del Macromercado, que ahora queda cruzando el liceo. Asegura que cuando volvió del exilio, con 17 años, el barrio no había cambiado mucho. Recuerda el liceo donde ahora trabaja: era una casona antigua, los salones eran de chapa, no había ventilación y, según ella, era un «sauna gratis». Trabaja allí desde que tiene 18 años y en 2021 cumplió treinta años de trabajo.

Asegura que la docencia es su vocación. Al hablar de los estudiantes se refiere a «la gurisada» y asegura que siempre fueron hijos de obreros y luego, desde los noventa, hijos de vendedores, de clasificadores, provenientes de diversos barrios, como Santa Catalina, Casabó, Cerro, Cerro Norte, Tres Ombúes, Paso Molino. Patricia cuenta que de La Teja hay muy pocos alumnos.

La pandemia le ha recordado los años noventa, cuando con otros docentes armaban una olla de leche con cocoa y los gurises hacían fila para poder recibir su vasito. Se juntaba dinero entre los profesores y se compraban hasta bizcochos, que en ese entonces no eran tan caros como ahora. «Hoy eso sería un lujo», dice.

Actualmente asegura que los gurises van con hambre al liceo. Hace unos días, una alumna se sintió mal y le dijeron que se fuera a su casa. Patricia la interceptó para ver si le sucedía algo en particular y la alumna le dijo que no se quería ir, que se sentía mal porque tenía hambre.

A Patricia esa situación la erizó y asegura que ella vivió eso cuando tenía veinte años, pero volver a vivirlo ahora con cincuenta es otra cosa, dice con sus ojos llenos de lágrimas. Pensó en ir al supermercado para comprarle algo, que saldría también de su bolsillo, pero había una comida de tutoría en el liceo: esa comida es de los gurises que van la mitad del turno para una tutoría y reciben algo de comer. «Y, la verdad, estoy segura de que fue lo que esa gurisa comió en todo el día», dice Patricia.

Cuenta que, luego del año de educación virtual por la emergencia sanitaria, los estudiantes volvieron con más ganas de socializar y no tanto de estudiar. Que ese año fue muy duro para muchos que no solo no tenían a sus compañeros para hablar, sino a sus profesores, muchos de los cuales son sus adultos referentes, ya que hay padres que trabajan todo el día afuera: hay muchos hijos de padres que venden en la calle, en los ómnibus, que alimentan a sus familias en las ollas populares.

LOS DE AYER Y LOS DE HOY

Cuando se habla con vecinas y vecinos mayores sobre la actualidad, un tema recurrente es la situación de los jóvenes. De algún modo la juventud es identificada como un problema que debería requerir una atención especial.

Para hablar de juventud(es), es necesario generar lazos con las concepciones de género, con la clase y la posición social de nuestro universo de investigación. El espacio de la juventud es un espacio amplio y heterogéneo, y el barrio donde estamos no escapa a eso, aunque en algunos casos veamos que, desde la perspectiva adulta, la juventud puede ser algo homogéneo y problemático.

Pero no es lo mismo una transición de la niñez a la adultez con ciertas estructuras económicas y educativas estables que impliquen

una moratoria social efectiva que cubra entera la adolescencia que la transición basada en un «capital cultural» de la calle o incluso esa estructura incorporada que, como se mencionó, Bourgois *et al.* (2013) llaman «*habitus* furibundo» y que muchos varones forjan desde niños.

Tampoco es lo mismo una niña en este tránsito que un niño: se forjan moralidades de género distintas con base en las distintas trayectorias sociales que atraviesan, en la moratoria social que tienen. En esos años en los que hay algún nivel de protección contra las exigencias de la vida adulta, la moralidad tradicional de mujer cuidadora (adolescentes mujeres que empiezan a desvincularse de la enseñanza media para dedicarse a cuidar) y hombre proveedor (esos adolescentes varones que anhelan tener dinero en el bolsillo y mayores niveles de autonomía) modelan en buena medida, moral y corporalmente, sus trayectorias hacia la adultez.

En todo caso, las moratorias sociales son diversas y son varias las etnografías que indagan sobre la asociación entre juventud, abandono escolar, vida en la calle e incluso delitos en los universos de mayor precariedad (Fraiman y Rossal, 2009, 2011; Castelli, 2019).

Los vecinos y vecinas de mayor edad nos refieren que en su época tuvieron un pasaje rápido a la adultez, que se dio al final de la niñez o durante la adolescencia, cuando debieron abandonar la escuela y empezar a trabajar o alternar los estudios con otras actividades vinculadas al mundo del trabajo. Esto estaba muy marcado por el género: las mujeres aprendían temprano que el ámbito doméstico era su espacio, y así colaboraban con las tareas domésticas, como el cuidado de hermanos menores, la limpieza del hogar y la preparación de la comida. Los varones podían ayudar a sus padres o colaborar en tareas que requerían estar más lejos del hogar, como llevar a pastar a los caballos, pero también solían ser los primeros en trabajar para otros a cambio de una remuneración, con lo cual tempranamente comenzaban a manejar su propio dinero, aun cuando tuvieran que aportar parte de lo que ganaban al hogar.

Si bien esto se daba tanto en los sectores que provenían de familias de asentamientos como en las familias del barrio obrero, estas últimas podían retrasar algunos años ese ingreso al mundo laboral. Testimonios como el de Mechoso —citado antes— dan cuenta de que había en el barrio una demanda de mano de obra barata (y joven) para pequeños comercios y otros rubros vinculados a servicios. Desde el punto de vista de los hogares, esos trabajos, aun cuando fueran de baja remuneración, cumplían un doble propósito: proporcionar ingresos al hogar y preparar a los jóvenes para una vida de trabajo formal. Así, al ver a sus referentes adultos, pero sobre todo en la propia experiencia del trabajo, era como se forjaban hombres y mujeres como trabajadores.⁵⁶

Para los mayores, son frecuentes las referencias a los jóvenes como «el hijo de fulana» o «la nieta de fulano»; en las conversaciones es más fácil identificarlos de ese modo antes que por sus nombres o apodos, que no necesariamente conocen o recuerdan. A la mayoría de ellos los vieron crecer y, en muchos casos, vieron un ciclo que se repite y que comienza con el abandono educativo, el consumo de sustancias, alternado con algunas experiencias de trabajo precario y

56 Paul Willis (2017) analizó para el caso de la Inglaterra de fines de la década del setenta la transformación de jóvenes provenientes de familias de clase obrera en trabajadores. En ese proceso encontró la relación entre el pasaje de los jóvenes por las instituciones educativas, su relación con sus pares y con las autoridades y docentes, así como su temprana incorporación al mercado de trabajo y su relación con los trabajadores mayores, todos elementos centrales en la formación de su subjetividad de clase trabajadora. A diferencia del caso que aquí nos ocupa, en la Inglaterra de los setenta, los jóvenes de esas familias tenían como destino casi inexorable trabajar en algunas de las fábricas en las que también habían trabajado o aún lo hacían sus referentes adultos; en tanto, en el barrio en el que estamos las posibilidades de encontrar trabajo formal son inciertas.

eventualmente en la incursión en la venta de drogas, o en la perpetración de hurtos, arrebatos e incluso rapiñas y el encarcelamiento.

Así se refería Sonia, una vecina veterana, a un joven que vio crecer en el barrio y que hoy «anda robando para la pasta»:

Lo conozco desde que nació, y ahora lo ves flaquito, consumido por la pasta base, te da lástima... No sabés, era un niño tan lindo..., pero a mí me trata con mucho respeto, me saluda, incluso si me ve de noche, me acompaña para que no me pase nada.

Sonia pone la responsabilidad en los padres que no condujeron a sus hijos por el buen camino: «A mí que me disculpen, pero ahí los que fallaron son los padres; yo a mis hijos los eduqué y salieron bien».

Como sostiene Norma Fuller (2018), «el orden de los géneros se encarna en el cuerpo a través de la fuerza, porque la autoridad y el dominio emanarían de los cuerpos fuertes» (p. 31). Si los cuerpos y la vestimenta son «el indicador más preciso y común de la posición de los sujetos en la escala social», algo así como «vitricas del prestigio y del valor social» (p. 34), los cuerpos flacos, desarreglados, deteriorados por el consumo de PBC son testimonio de vidas precarias. Jóvenes y adultos que viven en el barrio son fácilmente identificables porque se los ve entrando a bocas, consumiendo, yendo de un lado a otro procurando hacer dinero para pagar una dosis. Luego esto se hace identificable en el cuerpo, más allá de lo que el sujeto haga.

A veces, las deudas, los conflictos por drogas, la búsqueda de un mejor lugar para consumir o incluso para dejar de hacerlo hacen que se vayan del barrio. Como observan Fraiman y Rossal (2011), «la “fisura” marginaliza, los fisurados queman los espacios» (p. 77).

Muchos de estos jóvenes dejan de ser visibles solo para el barrio y pasan a ser visibles en otros barrios cuando se desplazan a zonas céntricas para vivir en la calle o pernoctar en un refugio. Así, se da un desplazamiento de ser el hijo de fulana o de fulano a ser un «persona

en situación de calle», a volverse un «ocupante del espacio público», a ocasionar «problemas de convivencia», a ser o no —según la valoración externa— capaz de decidir por sí mismo en qué lugar quiere estar. Desde esta perspectiva, la «producción» de personas en situación de calle es también una forma de invisibilización de todo un trasfondo de pobreza y desempleo estructurales que están particularmente instalados en algunos barrios, de los que habitar la calle y consumir PBC son lo visible y sobre lo que se actúa (o se dice que se debería actuar).

Cada tanto, estos jóvenes vuelven al barrio, achican por un tiempo, vuelven a sus casas o vuelven a restablecer sus redes. Pero el barrio cambia rápido sin cambiar mucho, y no suelen encontrar ahí algo que les permita cambiar su vida, entonces vuelven a la calle con la experiencia adquirida de haber estado allí.

Por su parte, Celeste, otra vecina del barrio, se refiere a un joven que «ya de niño te dabas cuenta de que no iba a terminar bien»; y así fue, ahora está en prisión por cometer varias rapiñas. Pero, en este caso, «¿los padres qué iban a hacer? No podían con él». Y la cárcel «tampoco es solución; cuando vuelven están en la misma o están peor».

En las tardes del comité del Frente Amplio muchas veces se intercambia sobre la situación del barrio. A veces el disparador es algún acontecimiento cercano en el tiempo, otras veces alguien trae un tema. Quienes participan de las reuniones son principalmente mujeres y el promedio de edad es de unos sesenta años, la gran mayoría nacieron en el barrio o llegaron a una edad temprana con sus padres.

Se trata de un barrio que han visto deteriorarse y ponen la responsabilidad sobre todo en la falta de trabajo y de oportunidades para los jóvenes; y en la droga, la droga como un problema en sí mismo y como un problema que agrava todo lo demás, ya que provoca la ruptura familiar, es un obstáculo para estudiar y trabajar, al tiempo que propicia «malos vínculos» y la comisión de delitos para seguir consumiendo.

Suelen ser los mayores quienes están preocupados por los temas barriales y por los asuntos políticos, o al menos quienes los expresan en intercambios de forma pública.

Un sábado, al salir del comité, ya era de noche, gran parte de la tarde soleada la pasamos ahí adentro, compenetrados en una discusión que transcurrió entre el informe del último congreso y los problemas actuales del barrio. A media cuadra, dos jóvenes consumidores de PBC revisan un contenedor de residuos.

En la reunión, Ricardo había dicho que había que trabajar para cambiar las cosas, aunque era algo difícil y que llevaría mucho tiempo, y que por su edad —más de setenta años— él no iba a llegar a ver los resultados.

Mientras los veteranos del comité se iban a sus respectivas casas pensando en que se volverían a ver al día siguiente en una actividad en la plaza Tres Ombúes, en el barrio se empezaban a ver las siluetas de jóvenes que iban y venían. La preocupación de Ricardo por el futuro contrasta con la preocupación de los jóvenes del contenedor, más compenetrados en la inmediatez de conseguir algún objeto para vender que les permita seguir consumiendo (Registro de campo de Gonzalo).

La militancia política es una herramienta que obliga a pensar el futuro, lleva a planificar, a poner el deseo en el colectivo, es un remedio contra ese aspecto de la precariedad que es vivir permanentemente sin futuro. Pensar el futuro desprecariza, pero no se trata de pensar meramente, sino del vínculo inevitable con prácticas cotidianas, puesto que concebir futuros es una práctica del pensamiento, pero con la necesidad extrema (el hambre, la adicción, las deudas, las amenazas) el futuro es siempre inmediato

y el pensamiento se ocupa en la táctica (Aguiar, Montealegre, Pérez y Rossal, 2021).

TRANSITANDO POR LAS OLLAS POPULARES

Tanto La Teja como Tres Ombúes —aunque más el primero que el segundo— son barrios donde hay una importante presencia de distintos espacios de participación: organizaciones sociales, clubes barriales, comisiones, sindicatos, etc. Todos ellos tuvieron su momento de auge y en los últimos años tal vez algunos de ellos hayan decaído, aunque no fue así en todos los casos. De todos modos, durante la pandemia del covid-19, esas organizaciones y espacios de participación tuvieron un rol protagónico en estructurar rápidamente una red de solidaridad barrial para brindar ayuda a las personas que estaban en una situación más comprometida. Eso demuestra, como también pasó en otros barrios, que cuando el Estado no está, o cuando lo que hace es insuficiente, hay vecinos y vecinas que están dispuestos a destinar tiempo y esfuerzo en construir espacios colectivos que aborden las problemáticas más urgentes de la comunidad.

Los sábados de tarde se brinda una merienda en el Centro Cívico de Tres Ombúes. Llegué poco después de las 16, que es la hora en que se comienza. La plaza estaba concurrida, había varones jugando al fútbol, mientras otras personas estaban sentadas conversando, aprovechando que la tarde de abril estaba muy agradable. También vi que la gente iba llegando al Centro Cívico a levantar su merienda, no había una cola, pero llegaban todo el tiempo cargando recipientes para llevarse la cocoa.

Me senté sobre un costado de la plaza para observar y enseguida llegaron dos varones, uno de cerca de cuarenta años y otro de

veintipocos. Los dos venían con una botella con leche y bolsas con cosas para comer, recién habían levantado sus meriendas. El mayor (Germán) le preguntó al otro (Darío) si quería sentarse ahí, a la sombra, o ir al sol. Darío dudó, pero al final se quedaron ahí y me saludaron cuando se sentaron.

Mientras comieron intenté mirar hacia otro lado y concentrarme en mi celular para no incomodarlos. Estábamos a metro y medio de distancia. En un momento llegó un perro con una botella de plástico en la boca, aparentemente estaba buscando a alguien que le tirara la botella para luego ir a buscarla. Ellos sonrieron con la llegada del perro y empezaron a interactuar con él y lo acariciaron. Darío intentó sacarle la botella, pero el perro rezongó, entonces Germán le dijo que tuviera cuidado, y enseguida me preguntó si sabía de qué raza era el perro, porque no se acordaba. Le dije «labrador». Luego me dijo que me conocía de algún lado, que creía que ya me había visto por ahí. Le dije que vivía hacia el lado de La Teja-Tres Ombúes, pero que a veces andaba por ahí. No supimos qué quería el perro, pero nos dio pie para empezar la conversación.

Me dijo que hacía 35 años que vivía en el barrio. Luego nos pusimos a conversar sobre la plaza y el Centro Cívico; él no recordaba cuánto hacía que estaba, me dijo que capaz estaba ahí desde los noventa, pero le dije que el Centro Cívico había sido inaugurado en 2013. Se sorprendió de que hiciera «tan poco», pero después me dijo que sí. Darío también comentó que de niño se trepaba a uno de los ombúes de la plaza, que daban buena sombra y a los que era fácil trepar.

Luego nos pusimos a hablar de las ollas. Ellos van a la olla que está frente al Centro Cívico que funciona un par de días a la

semana. También van a otras ollas de la zona, hay una en el [Estadio Parque] Salus, pero les queda un poco lejos. Estuvieron yendo a la de Liverpool, aunque les queda lejos, pero la calidad de la comida bajó notoriamente: al final era solo polenta con un poquito de tuco, entonces dejaron de ir. Además, en la cola a veces hay problemas porque van muchas personas que viven en la calle o que son consumidoras de pasta base. También fueron a otras ollas que ya cerraron.

Germán estaba preocupado por la situación de la gente que vende en la calle, que no puede laburar por la pandemia. Me dijo que le preocupaba la gente en las ferias. Le pregunté si trabajaba y me dijo que no, que hacía mucho que estaba sin trabajo. Su madre y su tío murieron hace unos años y a él le vino una depresión que le llevó mucho tiempo superar. Lo que lo ha salvado es que vive en un apartamento en las viviendas de Luis Batlle Berres, pero sabe que en un tiempo lo van a desalojar. De momento subalquila una habitación a un hombre «que tiene una pensión a la vejez, o algo así, debe ganar como 15 mil pesos». Luego me dijo: «Sabés cómo me vendría esa plata a mí...». Su único ingreso son los tres mil pesos que le paga el hombre por la habitación; pero lo que pasó fue que el hombre le pagó 1.500 al comenzar el mes y le dijo que le iba a dar los otros 1.500 al terminar el mes. Germán me dijo que, en ese momento, «me bloqueé, estuve lento, porque además precisaba la plata, así que le agarré, pero después le voy a decir que no me sirve, porque si no, me está pagando 1.500 por mes».

Me dijo que está «colgado» de la luz porque tiene una deuda muy grande con la UTE, así que no le van a restablecer el servicio: «No sé cómo voy a pagar eso». Dice que la pandemia «de última» le vino bien porque se retrasó lo de su vivienda, ya le han llegado avisos por la deuda que tiene y que quieren que se presente en

un lugar para eso. Pero es evidente que no va a poder pagar, así que en algún momento probablemente lo desalojen.

Le pregunté en qué había trabajado antes, pero me dijo que hacía mucho que no trabajaba y que la última vez había sido en una imprenta, pero no pareció interesado en hablar sobre eso.

Le pregunté si tenía algún otro ingreso y me dijo que solo recibía la canasta del MIDES. Él no tiene celular, pero en el Centro Cívico se la tramitaron (Registro de campo de Gonzalo).

La historia de Germán y Darío es la de muchos hombres y mujeres que transitan por distintas ollas y meriendas para garantizar su alimentación diaria. A veces caminan 25 o 30 cuadras para obtener su plato. Con otras personas que también concurren a las ollas se conocen y se pasan la información sobre cuál está mejor, o a cuál conviene ir más temprano porque está yendo mucha gente. En su caso, van a procurar la cena para cada uno, pero hemos visto personas cargando viandas para toda una familia. En muchos casos son las mujeres, incluso los niños, quienes van a retirar la comida.

En Germán identificamos a una persona que atraviesa problemas de salud mental; tal vez no haya superado la depresión que dice que tuvo cuando falleció su tía. Por su forma de expresarse y por algunas palabras que utiliza, nos damos cuenta de que tiene un capital cultural mayor que el de otras personas con las que hemos hablado en el barrio. Pero, a pesar de eso, las posibilidades de reinserirse en el mercado laboral son cada vez menores a medida que pasa el tiempo. Sus ingresos son mínimos y es casi seguro que en un futuro más o menos próximo lo desalojen del lugar donde vive.

La deuda que arrastra lo lleva a resignarse en su condición de «hombre endeudado» (Lazzarato, 2013). Esa deuda, que es principalmente con el Estado —con la UTE, con la OSE, con el BPS—, es

una deuda económica y también moral.⁵⁷ Su imposibilidad, no ya de mejorar, sino de sostener lo que ha heredado, que en definitiva es sostener lo que su familia ha conseguido, lo deja en una situación difícil ante sí mismo y ante la memoria de sus seres queridos; más difícil aún por su dificultad de cumplir con el mandato de hacerse «emprendedor» (más allá de lo formal, lo legal o lo ilegal del emprendimiento), incluso diríamos de «activarse», usando una expresión corriente en ciertas políticas de combate a la pobreza. Mientras tanto, se sostiene en la solidaridad barrial y la ayuda que recibe del Estado. En un momento comentó que estaba contento porque en esos días habían dado la noticia de que el MIDES iba a dar apoyo a las ollas populares. Eso podía significar que mejorara la comida, que no tuvieran que caminar tanto para conseguir un buen plato o que se postergara el momento en que el regreso a la «normalidad» hiciera que se cerraran las ollas.

MEMORIA Y SOLIDARIDAD

Cada 20 de mayo, la organización Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos durante la última dictadura civil-militar en el país convoca a una movilización llamada Marcha del Silencio.

57 «Uno debe pagar sus deudas.» La razón por la que [esa frase] es tan poderosa es que no se trata de una declaración económica: es una declaración moral. Al fin y al cabo, ¿no trata la moral, esencialmente, de pagar las propias deudas? Dar a la gente lo que le toca. Aceptar las propias responsabilidades. Cumplir con las obligaciones con respecto a los demás como esperaríamos que los demás las cumplieran hacia nosotros. ¿Qué mejor ejemplo de eludir las propias responsabilidades que renegar de una promesa, o rehusar pagar una deuda?» (Graeber, 2014, pp. 10-11).

En mayo de 1996 fue la convocatoria pública de Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos y otras organizaciones a la Primera Marcha del Silencio: «Por verdad, memoria y nunca más marchamos en silencio el día 20 de mayo en homenaje a las víctimas de la dictadura militar y en repudio a las violaciones de los derechos humanos. Nos concentraremos a las 19 horas en la plaza a Los Desaparecidos en América, en Jackson y Avenida Rivera, para desde allí partir hacia la plaza Libertad con flores y el pabellón nacional. El homenaje a las víctimas no puede ser otro que el reconocimiento a través de la verdad de los hechos, la recuperación de la memoria y la exigencia de que en Uruguay nunca más existan la tortura, las ejecuciones y la desaparición forzada de personas...». Desde entonces, cada 20 de mayo, miles de personas comparten la Marcha del Silencio en Montevideo y también en ciudades del interior.⁵⁸

En 2020, debido a las restricciones en las aglomeraciones para impedir la circulación masiva del covid-19, la convocatoria fue a realizar por primera vez una marcha virtual donde cada persona que quisiera asistir publicara en sus redes alguna consigna, imagen, video o proclama alusiva. También se incentivaban intervenciones alusivas en las casas y las plazas como forma de expresar el apoyo en forma pública.

En 2021, con una pandemia que ya venía de alguna forma normalizándose en los espacios públicos, la convocatoria fue a continuar con la vía virtual, pero integrar actividades descentralizadas y que cada barrio tuviera una actividad en la fecha.

En Tres Ombúes, la convocatoria fue en el Centro Cívico.

58 Recuperado de <https://desaparecidos.org.uy/marcha-del-silencio/>.

Vamos con Gonzalo hasta la plaza Tres Ombúes por el 20 de Mayo. Cuando llegamos, vemos una pared pintada de colores donde hay dibujada una olla y dice «Olla popular Tres Ombúes». Hay algunas señoras sentadas a la derecha tomando algo y veo cómo algún hombre sale con una botella de dos litros de lo que fue un agua nativa, con leche con cocoa dentro. En la mesa hay pastafrola de dulce de membrillo, un cartel del 20 de Mayo y muchos para firmar en apoyo al referéndum para anular los 135 artículos de la Ley de Urgente Consideración (LUC).⁵⁹ La mesa está cubierta por un gazebo azul que la colorea del mismo color. Enfrente, en la plaza, muchas margaritas sin un pétalo, tal como la imagen representativa de Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos.

Donde están las señoras, un grafiti debajo, en un muro blanco, dice «Memoria, Verdad y Justicia» y al costado un nailon grande cuelga de una cuerda sosteniendo fotos de detenidos desaparecidos (Registro de campo de María Noel).

59 La LUC fue aprobada en marzo de 2020 como la primera ley del gobierno de coalición recién asumido, liderado por Luis Lacalle Pou. A dos años de esta iniciativa, el 27 de marzo de 2022 se celebró el referéndum para derogar 135 artículos de dicha ley luego de que se juntaran casi ochocientas mil firmas para lograr que se llegara a esa instancia electoral. Varias organizaciones sociales y la fuerza política opositora del Frente Amplio llevaron adelante esta campaña. Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos se sumaron también en contra de esta ley y apoyaron la juntada de firmas para llegar al referéndum. El 20 de mayo que aquí se relata se dio en ese contexto de juntada de firmas. Finalmente, la ley resultó ratificada en el referéndum.

Fotos 25 y 26. El 20 de Mayo frente a la plaza Tres Ombúes



Fuente: Foto del equipo investigador.

Estamos en la casa de Sandro, hijo de Adalberto Soba, de quien hay un monumento sobre la calle Carlos María Ramírez en La Teja.

Sandro y su familia tuvieron que irse a Buenos Aires en 1972, y en 1976, cuando comenzó la dictadura en Argentina, detuvieron a su padre y lo llevaron al centro de detención y tortura Orletti. Sandro tenía ocho años cuando pasó esto y dice que no se acuerda de caras, pero que tiene imágenes de lo más jodido.

La casa en la que vive era de su madre. Antes de comprarla, nos cuenta que ahí asesinaron a dos compañeros,⁶⁰ cuyas fotos se pueden ver pegadas en algunas columnas y Sandro se encarga de pasarnos un par de ellas: un hombre y una mujer.⁶¹ La mujer es la fotocopia que me toca en la repartida de Sandro y veo que tiene 23 años y se llama María Luisa. Sandro dice que ahí militares los fusilaron a ambos y que lo increíble fue que uno de ellos, el jefe de ese operativo, se quedó un tiempo en la casa hasta que uno de sus hijos se suicidó. Luego de esto, el hombre vendió y se fue.

Sandro quiere que esta historia se sepa, que sea algo que el barrio tome como propio. Dice que esto aún no ha sucedido, que no se conoce la historia de los dos compañeros asesinados allí. También, y lo recalca, dice que los gobiernos no han hecho nada por la memoria en el barrio.

La olla está los lunes y los jueves. Nos cuenta de las ollas que hay en la vuelta: la merienda de los sábados en el Centro Cívico, la de la murga Diablos Verdes en La Teja, que es los sábados, la de una señora en Ameghino y Vaillant que da una merienda y que es una señora sola que arrancó a hacer la olla por su cuenta.

60 Véase en <https://sitiosdememoria.uy/prensa/2113> y <https://sitiosdememoria.uy/smlg-uymo-69>.

61 Para más información véase <https://sitiosdememoria.uy/karaian-zibdjoglumaría-luisa>.

Foto 27. Un cartel que anuncia la olla popular en la entrada de la casa de una vecina



Fuente: Foto del equipo investigador.

Al bajar hacia Cantera del Zorro, encontramos el cartel que anuncia una olla popular en una esquina. El local funciona como almacén y depósito, también hay maquinitas tragamonedas. Un señor está afuera sentado y nos saluda. Una señora sale y nos ponemos a hablar con ella. Susana nos cuenta que esta olla comenzó a funcionar hace poco con su propio dinero. Cuenta que al principio eran cerca de treinta personas las que asistían, pero que la última vez que dio fueron trescientas, en su mayoría niños. Cuenta que le sorprende mucho la pobreza que hay, que ella, sin tener mucho, tiene para un plato de comida, pero no imagina

cómo llegan a esa comida los demás. Nos invita a pasar a su casa. Hacia la izquierda está el almacén y nos muestra una olla gigante donde hace la comida. La olla funciona lunes, miércoles y viernes y hace meriendas también, con un vaso de leche y un pan. Dice que lo que más le falta es leche y que vienen niños a pedirle con frecuencia que haga comida (Registro de campo de María Noel).

En momentos de crisis económica como los que acarrea la pandemia por el covid, las ollas han proliferado en los barrios populares, cubriendo la necesidad alimentaria de miles de personas que se quedaron sin formas suficientes de proveerse alimentos. Las ollas tienen su heterogeneidad y varían en recursos, personas que las gestionan y ayudas económicas, pero han sido organizadas por vecinos y colectivos sociales donde el Estado no estuvo lo suficientemente presente.⁶² Para el caso de la merienda en el Centro Cívico Tres Ombúes, la llevan adelante, sobre todo, vecinas del barrio y personas que trabajan o trabajaron en alguna institución local. Reciben la colaboración del municipio y cocinan allí desde días antes para recibir cada sábado a más de trescientas personas, representantes de familias enteras.

62 La presencia del Estado se ve en toda su ambigüedad con las ollas populares. Las ollas muestran desde la sociedad civil un déficit del Estado, pero el propio Estado, en distintos niveles de gobierno, con distintos partidos políticos al mando, colabora para que las ollas puedan desarrollarse. Esta relación de crítica y colaboración entre Estado y sociedad civil se produce en distintos niveles y con diferentes asuntos. Por otra parte, un gobierno de lo social donde la comunidad y los individuos se ocupen de sí mismos es un postulado central de la llamada *gubernamentalidad del liberalismo avanzado* (Rose, 2007), así como la participación y la autogestión son postulados tradicionales de buena parte de la izquierda política.

En la cancha frente al Centro Cívico, donde están repartiendo la merienda solidaria, niños juegan al fútbol en distintas canchas. Más acá, algunas mujeres buscan su merienda, la de sus hijos y la de sus casas. Al rato, algunos hombres. Otras personas llegan con bolsas y botellas de dos litros de refresco o agua que se van cargando con leche y cocoa. Dos mujeres más esperan la fila de la merienda de cocoa y bizcochos, y de bolas de fraile que están cocinando otras dos mujeres que se mantienen hacendosas detrás de la mesa improvisada (Registro de campo de María Noel).

Sin embargo, la demanda aumenta y la pobreza cada vez se hace más presente en la cantidad de gente que va a pedir su alimento a las ollas, así como en el trabajo, de mujeres, en su amplia mayoría, que llevan adelante la tarea de gestionar y cocinar en grandes cantidades.

En la plaza también nos encontramos con Patricia, una guardaparques que nos cuenta que han agregado un día más de merienda solidaria. Además de los sábados, sumaron los días miércoles.

Patricia es parte de una cooperativa que lleva adelante los cuidados de varias zonas verdes de Montevideo. Ella, además, colabora en el armado de las ollas populares. Los sábados termina su turno a las 14 horas, pero se queda a colaborar con la cocina de la merienda, que comienza a las 16 y que está llegando a dar más de trescientas meriendas, una por familia. Nos cuenta que el sábado pasado hizo cien tortas fritas porque se quedaron sin pan. Reciben donaciones del municipio sobre todo y otras donaciones que se reparten con otras ollas del barrio, porque es muchísimo lo que ha crecido esa demanda. Cuenta que han pedido las cédulas de cada integrante de la familia que pide comida, ya que ha ocurrido que se han llevado varias porciones, más de las personas que hay para

comer. Pero asegura que no lo hacen de manera estricta porque eso no estaría bien, sino más bien para saber a cuántas personas está cubriendo esa merienda (Registro de campo de María Noel).

Como planteamos en Curbelo, Gutiérrez Nicola y Rossal (2022),

las ollas populares son una estrategia de protección para las personas que viven en el mercado informal, que son las más afectadas por las medidas tomadas durante la pandemia. Ofrecen una alternativa al dilema de cómo garantizar la alimentación ante la imposibilidad de trabajar y obtener un ingreso.

Para los sectores populares que viven del mercado informal, quedarse en casa no es una alternativa, pero la movilidad en gran medida se ve reducida y ahí es cuando la solidaridad del barrio cobra relevancia. No se sale a «buscar el peso» afuera, sino que el peso, cada vez más escaso, circula en forma muy restringida entre los más pobres (p. 58).

VII. CONCLUSIONES

LA PRECARIEDAD COMO SIGNO DE NUESTROS TIEMPOS

En nuestro trabajo, *precariedad* no solo refiere a la falta de formalización en la organización laboral: nuestros interlocutores, por lo general, no pueden asociarse a un sindicato ni luchar por mejores condiciones laborales, como entienden algunos teóricos de la precariedad y el proletariado (Casas-Cortés, 2021). De todas formas, en la precariedad surgen otras asociaciones, como una olla popular o producir un colectivo, como Ni Todo Está Perdido (NITEP),⁶³ de personas en situación de calle (Aguiar *et al.*, 2021). La solidaridad produce sujetos de intercambios que van más allá del mero utilitarismo y junto con las cosas que se comen o a las cosas que abrigan circulan afectos y sentido social.

Pero la precariedad se vuelve extrema cuando las personas quedan «caminando solas» (Rossal y Suárez, 2014) no únicamente a merced de riesgos y daños, sino también con la «identidad deteriorada», el estigma, para Erving Goffman (2006), y los lazos sociales desgarrados.

Algunos de nuestros interlocutores viven en la precariedad que les produjo, entre otras cosas, una formalización del mercado laboral y unas políticas sociales de las que quedaron fuera. Hay una precariedad masculina que se ve en la calle, en las cárceles y en el mercado informal. Hombres que trabajan con sus músculos, a los que se puede ver aún estibando cajones en las ferias, arrastrando carritos con variados objetos recolectados en las calles o como esmirriados bolseros que van a la boca. Mientras trabajan en las ferias, están bien

63 El colectivo NITEP nuclea a personas en situación de calle y se formó en 2018.

alimentados, cuando arrastran objetos por la calle, suele sumarse el efecto del mal dormir, de la pasta base, de la soledad. Otros hombres precarios suelen poner un kiosco, vender cosas en sus casas o poner un paño en una feria para vender cualquier objeto obtenido de formas diversas. Hablamos de hombres que son hijos y nietos de la nueva clase obrera surgida en los cuarenta o de la vieja o nueva pobreza, esa que nunca terminó el liceo y que tampoco cuenta con el capital para comprarse un auto y hacerlo Uber, y a veces ni siquiera una moto para ser repartidor. Esos hombres están en el umbral más extremo de la precariedad, en la posibilidad cierta de quedarse sin casa, sin la libertad ambulatoria u obligados a andar y andar para obtener el sustento día a día.

El muchacho veinteaño tensa sus músculos bajo un pesado pedazo de columna. Camina sonriente atrás de la carcasa de la vieja fábrica. Otros tres jóvenes le festejan su fuerza. No sé qué valor económico tendrá ese objeto, pero lo lúdico parece ser lo central en ese momento: se juega y se gana el sustento con el cuerpo, pero de la fábrica solo queda una carcasa y están la esquina, la boca, las infinitas deudas y unas ganas de vida que no pueden parar ni esperar. Las cosas se trasmutan en la chatarrería, esos pequeños emporios del reciclaje al que acuden los más precarios. Y los objetos tornados dinero se van en bocas que comen las sobras y no se quejan y en bocas que saben cobrar sus deudas a los cuerpos más castigados (Registro de campo de Marcelo).

Hemos visto que no hay un tipo ideal de trabajador o trabajadora. La persona que vive en la precariedad encarna una multiplicidad de aspectos que van más allá de las condiciones de trabajo formal.

El número de trabajadores informales parece mayoritario en el barrio, hay toda clase de emprendimientos pasajeros y changas diversas por doquier, por ello, consideramos la precariedad como una

de las expresiones más claras de la sociedad contemporánea. En tal sentido, no es que caigamos en la precariedad, la amplia mayoría de los ciudadanos vivimos en ella, en sus distintos niveles y nos relacionamos en formas cada vez más precarias. Esa otra expresión de la sociedad contemporánea que es el individuo resulta una expresión extrema de la precariedad, aunque sea, la mayor parte de las veces, una imagen. Pero la precariedad de nuestros interlocutores más pobres no suele ser individual más que cuando el sujeto ha perdido sus lazos, cuando ha quedado caminando solo.⁶⁴

La precariedad en las clases populares activa una multiplicidad de acciones: desde gente que tiene el impulso de migrar en busca de experiencias laborales favorables hasta otros que están en permanente movimiento, pero sin salir de los confines de su zona, como Pablo o Karina, que abordan su vida cotidiana en el barrio y obtienen su sustento con sus allegados y vecinos. Es que no hay otra opción que proveerse. Para los hombres, es una cuestión moral, para las mujeres, también, aunque a ellas se les suma el cuidado. En los varones, con proveer alcanza, pero muchos de los más precarios no alcanzan a proveerse a sí mismos, algo moralmente inadmisibles que extrema prácticas de riesgo.

La precariedad también permite un espacio de «oportunidades fluidas» en la experiencia cotidiana de muchas de estas personas, cuyos medios de vida se mantienen en una constante incertidumbre (Casas-Cortés, 2021).

El sujeto popular convive con otro, dentro de sí mismo: una suerte de individuo utilitario, neoliberal. A este sujeto le puede resultar más fácil asumir nuevos arreglos de familias y parejas, nuevas fugas y alianzas, obtener el dinero de una forma u otra. En este punto,

64 En una forma extrema, el suicidio es muchas veces el punto final de estas versiones extremas de precariedad, como muestra Víctor Hugo González (2014).

quienes escribimos el grueso de estas palabras también tenemos encarnada esa multiplicidad: actuamos impelidos por formularios y plazos, recibimos fondos a término y carecemos por completo de capacidad de ahorro, tener una vivienda propia está muy lejano a nuestros salarios, mucho más lejos de lo que estaba a aquellos obreros que construyeron sus casas en Tres Ombúes o La Teja. Y si no tenemos resuelta la vivienda, el alquiler se llevará una porción sustantiva de unos ingresos que varían en función de proyectos inciertos, que podremos ganar en fondos concursables, o no. Buena parte de estas páginas se han escrito de manera precaria y de prisa: algunas llevan un año y medio de trabajo y otras se escribieron al ritmo de nuestros corazones, que se aceleran al leer los materiales del trabajo de campo, al sacar fotos en el barrio o al leer las noticias dolorosas que confirman hallazgos e interpretaciones de esta investigación.

Como dijimos, la precariedad es signo de nuestros tiempos; nuestros interlocutores están signados por la precariedad. No tener vivienda propia ni ingresos regulares definibles a futuro permite apreciar un primer umbral. Luego, los umbrales de precariedad se extreman a medida que no hay un capital educativo significativo ni acceso al mercado laboral formal, a medida que hay enfermedades o consumos problemáticos y participación en el mercado ilegal. Lo que provee económicamente también puede ser un factor de precarización. Según Guy Standing (2013), asistimos al advenimiento del *precariado* en tanto una nueva clase sufre pérdida de derechos con relación al proletariado urbano, a pesar de que, en general, tiene mayor capital educativo que el proletariado del siglo xx.

Es necesario aclarar que en este trabajo no se parte de una concepción nostálgica de la vida social, más allá de los recuerdos dulcificados de nuestros interlocutores veteranos del barrio, que contrastan con un presente cargado de violencias y consumos que son una amarga novedad para ellos. Añorar la bocina de la fábrica supone olvidar los versos de José Carbajal en «Grillo cebollero»: «A

buscar jornales/ salen mis viejitos/ Se termina el hombre/ cuando suena el pito».

Una perspectiva nostálgica, además, llevaría a olvidar que generaciones de niños quedaron marcados por la contaminación de ese tiempo industrial (Renfrew, 2011). En nuestro presente tenemos más derechos que antes, la desigualdad y la violencia de género son parte de la agenda pública y nuevos intolerables incluyen el abuso contra niños, niñas y adolescentes, así como el trabajo infantil. Por otra parte, el mercado laboral formal nunca fue tan grande como en los años que pasaron, más allá de la pérdida de tantos trabajos industriales en las últimas décadas del siglo xx. Es cierto que la precariedad marca nuestro tiempo, que son muy pocas las personas que, fuera de una parte de los empleos públicos, puede imaginar su vida en la seguridad de un futuro predecible, con una carrera pautada por escalones esperables. También es cierto que hay precariedades más totales, que abarcan todos los planos de la vida del sujeto, especialmente cuando el sujeto vive al día la experiencia del desgarro de sus relaciones personales: cuando hombres y mujeres quedan desacreditados ante sus colectivos.

Para las mujeres, la precariedad tiene tensiones diversas que las atan a quienes deben cuidar. Vanesa o Karina no tienen la opción de huir, deben obtener los recursos para proveerse y cuidar a sus familias, y en general lo logran. Es cierto que las políticas sociales se han enfocado en ellas, puesto que son, por amplia mayoría, las encargadas de la infancia y la familia. Las mujeres que cometen delitos violentos quedan viviendo en la calle, desarrollan usos de drogas incapacitantes o se suicidan son muchísimas menos que los varones (la relación está en el entorno de nueve a uno en todos estos casos). Pero empezamos a observar que muchas mujeres tienen una participación creciente en la formalización y el encarcelamiento por comercio de drogas.

El mercado de drogas ilícitas ha traído posibilidades de provisión a muchas familias, pero, debido al hipermenudeo de las bocas de venta de drogas, viven en una precariedad constante, a merced de la Policía, de robos y otras agresiones. Y también la sufren sus clientes, los deudores más precarios, que solo cuentan con sus cuerpos como garantía.

En estos contextos de precariedad, las moralidades (valores) más tradicionales resisten en unos planos (la masculinidad violenta, útil para ciertos trabajos) y sufren cambios en otros (especialmente en el plano del género y las disidencias sexuales), y las éticas locales (los códigos) se alteran y rompen en función de utilitarismos evanescentes. Es claro que el contexto que incluía la posibilidad de desarrollar un trabajo corporal desde la adolescencia llevaba a muchos varones a creer sin ambages en la moralidad del trabajo y a rechazar con claridad la el delito como forma de ganarse la vida. En tiempos en que los adolescentes no tienen esas oportunidades de obtener provisión económica en forma legal, las ambigüedades con relación a hacer el dinero mediante delitos van haciéndose cada vez más presentes. Las moralidades cambian, inevitablemente, en vínculo con las estructuras socioeconómicas.

La persona o los grupos de personas del delito precario y el individuo solo que hurga en el contenedor son tal vez los más precarios entre los precarios. Proveerse de esas formas, sea en abundancia o en la más extrema escasez, lleva a una inseguridad permanente que dificulta alzar la mirada, pensar futuros y desarrollar colectivos que trasciendan el reino de la necesidad.

VIII. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABELLA LÓPEZ, F. (2019). *Adiós a las chimeneas. Memorias obreras, sociales y colectivas bajo los efectos de la desindustrialización en Juan Lacaze* (Tesis de maestría inédita, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Montevideo).
- AGUIAR, S., MONTEALEGRE, N., PÉREZ, L., y ROSSAL, M. (2021). Violencias institucionales, estrategias individuales y respuestas colectivas de personas en situación de calle en Montevideo. *Ichan Tecolotl*, 32(349). Recuperado de <https://ichan.ciesas.edu.mx/16621-2/>.
- AHMED, S. (2019). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Buenos Aires: Caja Negra.
- ALBANO, G., CASTELLI, L., MARTÍNEZ, E., y ROSSAL, M. (2015). Legal, ilegal, legítimo. Usuarios de pasta base de cocaína en Montevideo. *Gazeta de Antropología*, 31(1). Recuperado de http://www.gazeta-antropologia.es/wp-content/uploads/GA-31-1-08-GiancarloAlbano_-y-otros.pdf
- ANICHINI, J. J. (1969). *El sector industrial*. Montevideo: Nuestra Tierra.
- ANÓNIMO. (1969). *Se vive como se puede*. Montevideo: Alfa.
- APPADURAI, A. (1986). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. Ciudad de México: Grijalbo.
- ARGUIÑARENA, A., CASTELLI, L., GUTIÉRREZ NICOLA, G., ROSSAL, M., y ZINO, C. (2019a). *Estudio cualitativo: inclusión social en territorios vulnerables de Uruguay. Resumen ejecutivo e informe final de investigación*. Manuscrito inédito. Ministerio de Desarrollo Social-Banco Mundial, Montevideo.
- ARGUIÑARENA, A., GUTIÉRREZ NICOLA, G., MATTO URTASÚN, M., y ROSSAL, M. (2019b). Desechos. El uso y recuperación de objetos entre personas sin techo. En S. Aguiar, V. Borrás, P. Cruz, L. Fernández Gabard, L. y M. Pérez Sánchez (Coords.), *Habitar Montevideo: 21 miradas sobre la ciudad* (pp. 577-603). Montevideo: Intendencia de Montevideo-Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República-Fundación Friedrich Ebert en Uruguay.
- ARNABAL, R., BERTINO, M., Y FLEITAS, S. (2011). *Una revisión del desempeño de la industria en Uruguay entre 1930 y 1959. Serie Documentos de Trabajo*. Montevideo: Instituto de Economía, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, Universidad de la República.
- BARCA, S. (2012). On Working-class Environmentalism: A Historical and Transnational Overview. *Interface*, 4(2), 61-80.
- BARRIOS PINTOS, A. (1971). *Montevideo. Los barrios I*. Montevideo: Nuestra Tierra.

- BARROW, C. (2020). *The Dangerous Class. The Concept of the Lumpenproletariat*. Michigan: University of Michigan Press.
- BOLAÑA, M. J. (2018). *Cantegriles montevideanos 1946-1973*. Montevideo: Rumbo.
- BON ESPASANDÍN, M. (1963). *Cantegriles*. Montevideo: Tupac Amaru.
- BOURDIEU, P. (1999). *La miseria del mundo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- BOURDIEU, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- BOURGOIS, P. (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- BOURGOIS, P., MONTERO CASTRILLO, F., HART, L., y KARANDINOS, G. (2013). *Habitus furibundo en el gueto estadounidense*. *Espacio abierto*, 22(2), 201-220.
- BURY, J. (2009). *La idea del progreso*. Madrid: Alianza Editorial.
- BUTLER, J. (1990). Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. En S. -E. Case (Ed.), *Performing Feminisms: Feminist Critical Theory and Theatre* (pp. 296-314). Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- CAETANO, G. (2019). *Historia mínima de Uruguay*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- CASAS-CORTÉS, M. (2021). Precarious Writings: Reckoning the Absences and Reclaiming the Legacies in the Current Poetics/Politics of Precarity. *Current Anthropology*, 62(5), 510-538.
- CASTELLI, L. (2015). Mujeres-madres-usuarias de pasta base. Maternidad y consumo en contextos de pobreza. En M. Moraes Castro, G. González Rabelino, L. Castelli Rodríguez, E. Umpiérrez y C. Sosa Fuertes, *Consumo de pasta base de cocaína y cocaína en mujeres durante el embarazo* (pp. 77-136). Montevideo: Espacio Interdisciplinario, Universidad de la República.
- CASTELLI, L. (2019). *Una etnografía de Pueblo Gallinal. Juventudes rurales y vínculos generacionales: entre el desarrollo agroindustrial, MEVIR y las transiciones a la adultez*. Montevideo: Comisión Sectorial de Investigación Científica, Universidad de la República.
- COMISIONADO PARLAMENTARIO PENITENCIARIO (2021). *Informe anual. Versión preliminar. Situación del sistema carcelario y de medidas alternativas*. Montevideo: Parlamento del Uruguay.
- CURBELO, M. N. (2021, marzo 5). Las cosas del querer. *Brecha*. Recuperado de <https://brecha.com.uy/las-cosas-del-querer/>.
- CURBELO, M. N., GUTIÉRREZ NICOLA, G., y ROSSAL, M. (2022). El país modelo y su sombra. La gestión de la pandemia en Uruguay. En E. Bosco, R. Lemos Igreja y L. Valladares (Coords.), *A América Latina frente ao governo da covid-19*.

- Desigualdades, crisis, resistências* (pp. 45-67). Brasilia: FLACSO Brasil-UAM Iztapalapa-Colégio Latino-americano de Estudos Mundiais.
- CONTRERA, L., y CUELLO, N. (Eds.) (2016). *Cuerpos sin patrones: resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne*. Buenos Aires: Madreselva.
- DA ROCHA, A. L. C., y ECKERT, C. (2008). Etnografía: saberes e prácticas. *Iluminuras*, 9(21), 1-23.
- DAVERIO, A., GEYMONAT, R., y SÁNCHEZ, A. (1987). *Bases de la Historia Uruguaya: n.º 12. La población. De quiénes provenimos. Cómo nos formamos.*, (12). Recuperado de <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/59291>
- DESCOLA, P. (2010). *Las lanzas del crepúsculo. Relatos jíbaros. Alta Amazonia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- DI PAULA, J., y ROMERO, S. (2008). *Producción familiar, intergeneracional e informal de vivienda. Estudio interdisciplinario*. Montevideo: Red de Asentamientos Humanos, Hábitat y Vivienda, Universidad de la República.
- ESTEBAN, M. L. (2004). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- EUBANKS, V. (2021). *La automatización de la desigualdad*. Madrid: Capitán Swing.
- FANON, F. (1983). *Los condenados de la tierra*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- FEDERICI, S., y COX, N. (2013). Contraatacando desde la cocina. En S. Federici, *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* (pp. 51-69). Madrid: Traficantes de Sueños.
- FILARDO, V., y MERKLEN, D. (2019). *Detrás de la línea de la pobreza*. Buenos Aires-Montevideo: Gorla-Pomaire.
- FONSECA, C., y CARDARELLO, A. (2005). Derechos de los más y menos humanos. En S. Tiscornia y M. V. Pita (Eds.), *Derechos humanos, tribunales y policías en Argentina y Brasil. Estudios de antropología jurídica* (pp. 9-41). Buenos Aires: Antropofagia.
- FRAIMAN, R., y ROSSAL, M. (2009). *Si tocás pito te dan cumbia. Esbozo antropológico de la violencia en Montevideo*. Montevideo: Ministerio del Interior-Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo-Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.
- FRAIMAN, R., y ROSSAL, M. (2011). *De calles, trancas y botones. Una etnografía sobre pobreza, violencia y solidaridad urbana*. Montevideo: Ministerio del Interior, Banco Interamericano de Desarrollo.
- FRAIMAN, R., y ROSSAL, M. (2012). Violencia estatal y construcción de la(s) juventud(es). Conocimiento etnográfico de algunos continuos de violencia. En R. Paternain y Á. Rico (Coords.), *Uruguay: inseguridad, delito y estado* (pp. 153-171).

Montevideo: Comisión Sectorial de Investigación Científica, Universidad de la República-Trilce.

- FRAIMAN, R., y VISCARDI, N. (2014). Entre fierros y plata dulce: consideraciones acerca de las trayectorias de adolescentes privados de libertad. *Diálogos Possíveis*, 13(1), 216-246. Recuperado de <https://revista.grupofaveni.com.br/index.php/dialogospossiveis/article/view/373/363>
- FULLER, N. (2018). El cuerpo masculino como alegoría y como arena de disputa del orden social y de los géneros. En *Difícil ser hombre. Nuevas masculinidades latinoamericanas* (pp. 25-45). Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- GARREAUD, Á., y MALVENTI, D. (2006). Viaje al centro de la ciudad opaca. Diálogos con Philippe Bourgois. *Alteridades*, 16(32), 93-110.
- GARTON, G., e HIJÓS, N. (2018). «La deportista moderna»: género, clase y consumo en el fútbol, running y hockey argentinos. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, (30), 23-42.
- GATTI, G. (2022). *Desaparecidos. Cartografías del abandono*. Madrid: Turner Noema.
- GEERTZ, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- GILIO, M. E. (2001, julio 27). Con Juan Carlos Mechoso. «Los anarquistas eran más combativos». *Brecha*, pp. 22-23.
- GOFFMAN, E. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GONZÁLEZ, V. H. (2014). *Suicidio y precariedad vital en Montevideo. En busca de una vida digna de ser vivida. 2002-2010* (Tesis de maestría en Psicología Social, Facultad de Psicología, Universidad de la República, Montevideo).
- GORBÁN, D. (2014). *Las tramas del cartón. Trabajo y familia en los sectores populares del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Gorla.
- GRAEBER, D. (2014). *En deuda. Una historia alternativa de la economía*. Barcelona: Planeta.
- GRAVANO, A. (1995) *Miradas urbanas. Visiones barriales. Diez estudios de antropología urbana sobre cuestiones barriales en regiones metropolitanas y ciudades intermedias*. Montevideo: Nordan-Comunidad.
- GUNDER FRANK, A. (1973). *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo. Dependencia, clase y política en Latinoamérica*. Buenos Aires: Ediciones Periferia.
- HINKELAMMERT, F. J. (1998). *El grito del sujeto. Del teatro-mundo del evangelio de Juan al perro-mundo de la globalización*. San José de Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- JAPPE, A. (2011). El «lado oscuro» del valor y del don. En *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos* (pp. 135-164). Logroño: Pepitas de Calabaza.

- JAURENA, E. (1962, octubre 6). La sucia historia de los criaderos clandestinos. *Marcha*, XXIV(1127), p. 9.
- JUNG, M. E., y RODRÍGUEZ, U. (2006). *Juan Carlos Mechoso, anarquista*. Montevideo: Trilce.
- KATZER, L., y SAMPRÓN, A. (2011). El trabajo de campo como proceso. La «etnografía colaborativa» como perspectiva analítica. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, 1(2), 59-70.
- KESSLER, G. (2006). *Sociología del delito* amateur. Buenos Aires: Paidós.
- KEUROGLIAN, L., RAMÍREZ, J., y SUÁREZ, H. (2019). Desarmando tramas: aproximaciones cuantitativas. En L. Castelli, M. Rossal, L. Keuroglan, J. Ramírez y H. Suárez (Coords.), *Desarmando tramas: dos estudios sobre consumo de drogas y delito en población privada de libertad. Aproximaciones cuantitativas y etnográficas* (pp. 15-136). Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República-Secretaría Nacional de Drogas.
- KOPYTOFF, I. (1986). La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso. En A. Appadurai (Comp.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (pp. 89-122). Ciudad de México: Grijalbo.
- LAZZARATO, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- LEFEBVRE, H. (1978). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- LECOMTE, L., REBELLA, C., y SUÁREZ, A. (1987). La economía nacional. Su evolución histórica. *Bases de la Historia Uruguaya*, (14), 1-36.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1961). *Antropología estructural*. Buenos Aires: Eudeba.
- MALINOWSKI, B. (1986). *Los argonautas del Pacífico occidental*. Barcelona: Planeta-De Agostini.
- MARTÍNEZ ORÓ, D., y ARANA, X. (2015). ¿Qué es la normalización en el ámbito de los usos de las drogas? *Revista Española de Drogodependencias*, 40(13), 27-42.
- MARX, K., y ENGELS, F. (1980). *Manifiesto del Partido Comunista. Obras escogidas, tomo 1*. Moscú: Progreso.
- MAUSS, M. (1971). *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos.
- MILANOVIC, B. (2020). *Capitalismo, nada más. El futuro del sistema que domina el mundo*. Barcelona: Taurus.
- MINISTERIO DEL INTERIOR (2022a). *Homicidios (2020-2021)*. Montevideo: Observatorio Nacional sobre Violencia y Criminalidad, División de Estadísticas y Análisis Estratégico, Ministerio del Interior. Recuperado de https://www.minterior.gub.uy/observatorio/images/pdf/2022/HC_-_31_de_Diciembre_2021.pdf.

- MINISTERIO DEL INTERIOR (2022b). *Denuncias de rapiña y hurto (2020-2021)*. Montevideo: Observatorio Nacional sobre Violencia y Criminalidad, División de Estadísticas y Análisis Estratégico, Ministerio del Interior. Recuperado de https://www.minterior.gub.uy/observatorio/images/pdf/2022/RAPIAS_y_HURTOS_2020_vs_2021.pdf.
- MISSE, M. (2005). Sobre la construcción social del delito en Brasil. Esbozos de una interpretación. En S. Tiscornia y M. V. Pita (Eds.), *Derechos humanos, tribunales y policías en Argentina y Brasil* (pp. 117-132). Buenos Aires: Antropofagia-Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- MOSLEY, S. (2010). *The Environment in World History*. Nueva York: Routledge.
- PERELMAN, M. (2021). Más allá de lo económico. Abordajes etnográficos sobre las formas de ganarse la vida. En A. Pérez Castro, R. Contreras Román y J. Contreras Vargas (Eds.), *Ganarse la vida. La reproducción social en el mundo contemporáneo* (pp. 239-261). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO-PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL MEDIO AMBIENTE (PNUD-PNUMA) (2010). *Montevideo 2010: la dimensión ambiental de la pobreza urbana*. Montevideo: PNUD-PNUMA.
- PERLONGHER, N. (1999). *El negocio del deseo. La prostitución masculina en San Pablo*. Buenos Aires: Paidós.
- PORRINI, R. (2005). *La nueva clase trabajadora uruguaya (1940-1950)*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.
- RENFREW, D. (2011). Uruguay: el plomo y la justicia ambiental. *Ecología Política*, (41), 82-89. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/41488802>.
- ROSE, N. (2007). ¿La muerte de lo social? Reconfiguración del territorio de gobierno. *Revista Argentina de Sociología*, 5(8), 111-150.
- ROSSAL, M. (2013). *Dispositivos estatales, moralidades y dones envenenados: aproximaciones etnográficas a las relaciones de intercambio de pasta base de cocaína* (Tesis de la Maestría en Ciencias Humanas, Opción Antropología de la Cuenca del Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Montevideo).
- ROSSAL, M. (2018^a). El Uruguay progresista: entre la soberanía y el biocontrol. *Athenea digital*, 18(1), 71-89.
- ROSSAL, M. (2018b). Social Effects of Prohibitionism in the Americas and New Drug Policies. En T. M. Ronzani (Org.), *Drugs and Social Context* (pp. 27-45). Cham: Springer Nature.
- ROSSAL, M. (2017). *Tutelar a los pobres. Entre el paternalismo y la gubernamentalidad del liberalismo avanzado en la atención y tratamiento a personas que usan pasta base de cocaína en Montevideo* (Tesis de Doctorado en Antropología, Facultad

- de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Montevideo).
- ROSSAL, M., BAZZINO, R., CASTELLI RODRÍGUEZ, L., GUTIÉRREZ NICOLA, G., y ZINO GARCÍA, C. (2020). *La pobreza urbana en Montevideo. Apuntes etnográficos sobre dos barrios populares*. Buenos Aires-Montevideo: Gorla-Pomaire.
- ROSSAL, M., y SUÁREZ, H. (2014). *Fisuras. Dos estudios sobre pasta base de cocaína en el Uruguay. Aproximaciones cuantitativas y etnográficas*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República-Observatorio Uruguayo de Drogas, Junta Nacional de Drogas.
- SEPÚLVEDA, M. (2011). *El riesgo como dispositivo de gobierno en el campo de las drogas: exotización, vicio y enfermedad* (Tesis doctoral, Departamento de Antropología, Filosofía y Trabajo Social, Universidad Rovira i Virgili, Tarragona).
- SORJ, B., y GUEDES, L. (2005). Digital Divide: Conceptual Problems, Empirical Evidence and Policy Making Issues. En G. Lovink y S. Zehle (Eds.), *Incommunicado Reader* (pp. 30-49). Ámsterdam: Institute of Network Cultures.
- STANDING, G. (2013). *O precariado. A nova classe perigosa*. Belo Horizonte: Autêntica Editora.
- TAGLIAFERRO, G. (2016, junio 14). En guardia. Eduardo Bonomi canto las 40. *Montevideo Portal*. Recuperado de <https://www.montevideo.com.uy/Noticias/Eduardo-Bonomi-canto-Las-40-uc311318>.
- TAX, S. (1963). *Penny Capitalism. A Guatemalan Indian Economy*. Chicago: The University of Chicago Press.
- TENENBAUM, T. (2019). *El fin del amor*. Buenos Aires: Paidós.
- TENENBAUM, G., FUENTES, M., VISCARDI, N., SALAMANO, I., y ESPÍNDOLA, F. (2021). *Relatos de muerte. Homicidios de jóvenes montevideanos en ajustes de cuentas y conflictos entre grupos delictivos*. Montevideo: Observatorio del Sur, Agencia Nacional de Investigación e Innovación-Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.
- TRUSCELLO, M. (2020). *Infrastructural Brutalism. Art and the Necropolitics of Infrastructure*. Cambridge: Massachusetts Institute of Technology.
- VANDENBERGHE, F. (2010). O real é relacional: uma análise epistemológica do estruturalismo gerativo de Pierre Bourdieu. En *Teoria social realista: um diálogo franco-britânico*. Belo Horizonte-Río de Janeiro: Universidad Federal de Minas Gerais-Instituto Universitario de Pesquisas de Río de Janeiro.
- VIDART, D. (1969). *Tipos humanos del campo y la ciudad. Serie Nuestra Tierra 12*. Montevideo: Nuestra Tierra.
- WACQUANT, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

- WILLIS, P. (2017). *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*. Madrid: Akal.
- WEEKS, K. (2020). *El problema del trabajo. Feminismo, marxismo, políticas contra el trabajo e imaginarios más allá del trabajo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- WOLF, E. (2005). *Europa y la gente sin historia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- WORSLEY, P. (1972). Frantz Fanon and the «Lumpenproletariat». *Socialist Register*, 9, 193-230.
- WRIGHT, P., y CERIANI, C. (2007). Antropología simbólica: pasado y presente. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 32, 319-348.
- ZIBECHI, R. (2007). *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- ZIGON, J. (2013). On love: remaking moral subjectivity in post-rehabilitation Russia. *American Ethnologist. Journal of the American Ethnologist Society*, 40(1), 201-215.

LOS AUTORES

María Noel Curbelo Otegui: Antropóloga. Estudiante del Doctorado en Antropología. Becaria de doctorado de la Comisión Académica de Posgrados. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE). Universidad de la República (Udelar).

Gonzalo Gutiérrez Nicola: Antropólogo. Estudiante de la maestría en Ciencias Humanas. Opción Antropología de la Cuenca del Plata. FHCE, Udelar.

Marcelo Rossal: Antropólogo. Docente en régimen de dedicación total de la Universidad de República. Integrante del Sistema Nacional de Investigadores.



Este libro recoge los resultados de un cuidadoso trabajo etnográfico llevado a cabo en un barrio de Montevideo por un equipo que desde hace ya varios años desarrolla investigaciones sobre las condiciones de vida de los sectores populares urbanos capitalinos. Su trabajo, con una perspectiva novedosa y a la vez profunda, aporta a la comprensión de las desigualdades económicas y sociales de la sociedad uruguaya.

Dos de los tres investigadores que escribieron este libro residieron durante un año en una zona límite entre La Teja y Tres Ombúes. Allí, participaron de la vida del barrio de diversas formas, intercambiaron con los vecinos, compraron en los comercios locales y las ferias vecinales, fueron al gimnasio, entre otras acciones. En síntesis, desplegaron actividades que les permitieron apreciar de cerca las múltiples facetas de la vida cotidiana de la zona, de la cual, sin intención alguna de mimetizarse, formaron parte a lo largo de esos meses. Según sus autores, «esta investigación es una etnografía basada en la máxima inmersión posible en el terreno de investigación, en el abandono a las circunstancias cotidianas de la vida en una comunidad», pero, advierten, «sin amplificarla y sin procurar una pornografía de la precariedad». El resultado es una aproximación vívida al entramado de moralidades sobre la precariedad, la forma como se vive la mezcla de lazos de solidaridad, mandatos sociales y múltiples privaciones, ejemplificadas en la insuficiencia y la inestabilidad de ingresos, las viviendas inadecuadas, las carencias médicas, la presencia del delito o la contaminación ambiental. [...]

Desde el contexto de un barrio que enfrenta numerosas privaciones, esta investigación también contribuye a visibilizar los logros y los límites de la caída de la pobreza monetaria que experimentó Uruguay en las últimas dos décadas y el posterior efecto de la crisis económica originada en la pandemia, particularmente en las trayectorias vitales de adultos y jóvenes. Las experiencias de estos sectores traducen los límites de la caída de la pobreza sobre el bienestar que muestran numerosos estudios: si bien se aliviaron privaciones en el corto plazo, las vulnerabilidades frente a contextos de menor crecimiento económico no se redujeron de manera sustancial. Al presentar un caso de compartimentación del espacio urbano actual, el estudio jerarquiza la importancia de la perspectiva territorial, que muchas veces no se considera en el análisis de las desigualdades económicas.

Del prólogo de Andrea Vigorito

